



LINEAGE ANCESTRAL

ADRIAN TCHAIKOVSKY

REDKEY
BOOKS

Sinopsis

Un mundo gobernado por la magia. Un expedicionario espacial perdido en un planeta lejano.

Un relato a dos voces en el que fantasía y ciencia ficción se unen de forma magistral para crear una historia épica.

Lynesse Cuarta Hija es una princesa rebelde menospreciada por su madre. Ahora el reino se ve amenazado por un terrible demonio que está sembrando el pánico y el horror allá por donde pasa. Su madre, la Regente, no da crédito a sus advertencias, pero ella está decidida a derrotar al monstruo. Para ello invocará el antiguo pacto con el Ancestro Nyrgoth, el gran hechicero que habita en la torre de la cima de la montaña.

Pero Nyr no es un hechicero, y tiene prohibido ayudar a las gentes del lugar. Además, sus conocimientos científicos le dicen que no puede tratarse de un demonio... Sin embargo, todo esto se viene abajo cuando una princesa guerrera llama a su puerta para pedirle ayuda, convencida de que su magia puede salvar su mundo.

Lo que han dicho de *Linaje Ancestral*

«[La narrativa de Tchaikovsky] tiene una elegancia al estilo de Ursula K. Le Guin en cuanto al cambio de las cadencias. Todo este libro sugiere un cuidado deliberado a la hora de unir la inmersiva construcción del mundo de la fantasía épica con los agudos y dislocantes estallidos de la alta ciencia ficción... Diez sobre diez».

The New York Times

«Un relato épico de una tierra gobernada por la magia o el sobrio registro de un mundo colonizado por la ciencia... La doble visión integrada en la historia funciona de maravilla».

The Wall Street Journal

«Una combinación perfecta de ciencia ficción y fantasía... Recomendada para los amantes de la fantasía de portales, de la ciencia ficción de colonias perdidas y de las historias fronterizas entre ambos géneros».

Library Journal

«Tchaikovsky lleva los tropos más apreciados a lugares nuevos y emocionantes de la mano de personajes memorables y una prosa inteligente. Esto demuestra una vez más por qué Tchaikovsky es un maestro de la mezcla de géneros».

Publishers Weekly

«Linaje ancestral es una novela realmente divertida, que muestra la aguda prosa característica de Tchaikovsky y las grandes ideas transmitidas de forma interesante».

GrimDark Magazine

**LINAJE
ANCESTRAL**

LINAJE ANCESTRAL

ADRIAN TCHAIKOVSKY

TRADUCIDO POR JESÚS JIMÉNEZ CAÑADAS



Linaje ancestral

Título original: *Elder Race*

Copyright © 2021 by Adrian Czajkowski. All rights reserved.

© de la traducción, Jesús Jiménez Cañadas, 2022

© de la edición española, Red Key Books, 2023

Calle Pere IV, 51, 4º 4ª, 08018 Barcelona

www.redkeybooks.com

Primera edición: abril de 2023

Diseño de portada: Andrés Sáez

Diseño y maquetación: Claudia Andrade

ISBN: 978-84-125896-5-8

Todos los derechos reservados:

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, incluidas la reprografía, tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, la difusión a través de Internet y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*Dedicado a Gene Wolfe, uno de los grandes maestros,
cuyo relato Trip, trap fue de gran inspiración para este libro*

Lynesse

Nadie subía la montaña más allá del santuario de la guerra. Los elevados pasos no conducían a ningún lugar y el terreno era traicionero. Hacía una eternidad, toda aquella ladera de la montaña estaba desconchada, formando enormes terrazas, y las leyendas contaban que una soberbia ciudad había quedado enterrada bajo milenios de escombros, castigada por poderes olvidados a causa de crímenes olvidados. Lo que quedaba era un sendero zigzagueante que subía hasta las cumbres por un terreno agreste incluso para los animales más ágiles, y repleto de nieve mortal en las estaciones frías. Y estos no eran los únicos motivos por los que nadie subía.

Lynesse Cuarta Hija estaba excluida de esos «nadie». Cuando era una niña, la gran procesión de la corte de su madre hizo el peregrinaje que se realizaba cada década hasta el santuario de la guerra para recordar las victorias de sus ancestros. Aquellas batallas habían sido libradas en lugares lejanos, pero había un motivo por el que el santuario se situaba en la falda de la montaña. Allí era donde el linaje real acudía en tiempos de desesperación, para hallar ayuda desesperada. La joven Lyn conocía aquellas historias mejor que nadie, y había convertido en un juego intentar escalar la montaña a la cual su familia y los mitos engrandecían tanto. Los criados salieron tras ella en cuanto se dieron cuenta de que no estaba, y mandaron *cerkitts* a rastrear su paso hasta que la encontraron a medio camino del vetusto sendero. Aquello le causó más problemas que cualquier cosa que hubiera podido hacer en sus cinco años anteriores. El visir de su madre se enfadó mucho y la denunció, y fue expuesta ante toda la corte, embajadores, siervos y quien anduviera por allí. Tuvo que quedarse quieta como una estatua de piedra en penitencia con un vestido y una ilustración colgada del cuello donde se representaba lo que había hecho. El mayordomo de su madre, que todavía le guardaba rencor de aquella vez que le quitó la peluca, supervisó toda la humillación. Y sus hermanas se burlaron de ella y estuvieron cuchicheando bien cerca de Lyn, para que pudiera escucharlas decir que era una vergüenza para el noble linaje y que qué se podía hacer con alguien tan tremendo como ella.

Y su madre, en cuyo nombre se habían escudado todos aquellos funcionarios para imponerle un castigo público, se había limitado a observar. Lynesse Cuarta Hija la miró a los ojos... y no vio rabia en ellos, solo exasperación. Lynesse, una niña con tres estaciones tormenta a sus hombros y a una de que se la considerara adulta, había hecho algo que a nadie más le interesaba o se atrevía a hacer. Desobediente, sí; irresponsable, sí; y, aún más, la mirada de su madre decía también: «No logro entender cómo se te ha ocurrido hacer algo así». Como si lo de Lynesse no fuera una travesura, sino fruto de una especie de trastorno mental.

Aquello había ocurrido hacía dos estaciones tormenta. El dolor punzante se había desvanecido; el recuerdo del ascenso, no. Lo que significaba que había valido la pena, pensó la ya adulta Lynesse Cuarta Hija.

En aquella ocasión la pillaron porque dejó de subir. Y lo hizo porque al fin había visto qué había allí arriba: la Torre del Ancestro. Había sido la primera humana en verla en muchísimo

tiempo.

No se parecía a la que aparecía en los cuadros. En los tapices y en los libros, la dibujaban como una torre irregular de ladrillos, con ventanas y una puerta y un tejado a dos aguas, embutida entre montañas. Algunos artistas la colocaban en la cima más alta y, a veces, la representaban incluso de mayor tamaño que la propia montaña en la que la situaban. Hacían lo propio con las ilustraciones de reinas, en las que la gente del pueblo les llegaba solo a las rodillas. Lyn era bastante mayor cuando empezó a cuestionar esta extendida práctica. Fue por aquel entonces cuando un artista que buscaba patrocinio ilustró la historia de la familia, que terminaba con algo parecido a una imagen de la madre de Lyn y de su descendencia en una escena con figuras decrecientes de rostros idénticos. Lyn se quejó, ya que ella era más alta que Issillesse Tercera Hija, pero le dijeron que los cuadros no tenían en cuenta eso: ella aparecía más pequeña en el retrato porque era menos importante. Cuarta es menos que Tercera.

Tras aquello, durante la siguiente estación breve, llegó a provocarle úlceras a su tutor porque cuando tenía que hacer cuentas insistía en que cuatro era un número más pequeño que tres.

La Torre del Ancestro Nyrgoth, el último de los ancestrales, estaba construida en la ladera de la montaña. No mostraba signo alguno de mampostería ni de albañilería. Una poderosa magia había extirpado grandes pedazos de roca hasta que solo quedó la torre, protuberante desde la nueva apariencia de la ladera, que colgaba sobre un abismo y se alzaba hacia los cielos. Cuando salió en su excursión clandestina hacía ya tantas estaciones, el día había sido cristalino, y las vistas, muy buenas. La imagen se le quedó grabada desde entonces.

Ahora la contemplaba de nuevo. Incluso era probable que estuviera en el mismo lugar en el que se detuvo cuando era más joven, aunque no lo recordaba muy bien. Atardecía, no era el radiante mediodía de antaño, pero igualmente el cielo estaba despejado. Según las pocas comunidades que vivían en el valle, los cielos sobre la montaña casi siempre permanecían sin nubes, incluso cuando la lluvia llegaba del mar para empantanarlo todo. Si eras el mayor hechicero del mundo, pensó Lyn, seguramente podías decidir si querías que lloviera o no. Eso, asumiendo que Nyrgoth todavía habitara su torre, como narraban las leyendas. Era muy viejo; era muy viejo desde hacía mucho tiempo. Y si no había muerto, quizá se habría ido a otras tierras, o a un inframundo al que solo los magos tuvieran acceso, o a algún otro destino conocido para los magos, que Lynesse Cuarta Hija no era ni capaz de imaginar.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí plantada? —preguntó su compañera—. Me toca a mí montar el campamento otra vez, ¿no?

Lyn era consciente de que sí, de que podía exigirle a Esha que levantara el campamento, cocinara e hiciera todo lo demás, porque ella era de la realeza y Esha no. Pero también sabía que había conseguido que Esha Marca Libre la ayudara en aquel viaje porque le había prometido que no se comportaría como una niña consentida.

—Creo que es mi turno —dijo, distraída, con la vista fija en las alturas—. ¿Crees que nos está observando?

Esha entrecerró los ojos con gesto desafiante hacia la torre, pero su vista no era buena a larga distancia. Lyn veía la torre como un pequeño juguete; pero Esha ni siquiera podía distinguirla.

—No nos ha transportado mágicamente hasta su puerta —apuntó—. Una falta de respeto para una princesa de sangre como tú... y también para mis doloridos pies.

—La ruta hasta la Torre del Ancestro Nyrgoth es ardua y larga porque él lo ha decidido así —recitó Lyn—. No está hecha para pusilánimes, sino para que la recorran los héroes más laureados cuando el reino se vea amenazado por la brujería.

—Yo hubiera conjurado una campanita mágica, o algo, y aparecería de repente cuando alguien la hicieran sonar —dijo Esha—. De ese modo nadie se vería obligado a sufrir este inútil ascenso.

Esha era del pueblo costero, que se hallaba justo en la frontera de Lannesite y mantenía su tenue independencia a lo largo de la costa y de las riberas de los ríos y lagos. Una independencia adquirida a base de carros de pescado y defendida por la dificultad generada por el terreno; era difícil subyugar a un pueblo que podía meterse en el agua en cualquier momento y emerger con lanzas y dardos venenosos cuando menos te lo esperabas. Su piel era pálida, como la de la mayoría de sus parientes, de un blanco verduzco y con abundantes pecas azuladas en el puente de la nariz y en las mejillas. Tenía una mandíbula angulosa y dura, y su cabello pajizo había sido claramente cortado con la ayuda de un bol. Era más baja que Lyn y de silueta compacta, e iba vestida con capas de la típica tela encerada y tramada de las peregrinas y cubierta con una coraza de escamas para protegerse en caso de tener problemas.

Esha era una viajera, a pesar de sus quejas sobre inútiles ascensos. Era dos estaciones tormenta mayor que la princesa, aunque parecía de la misma edad. Lyn recordaba verla acudir de tanto en tanto a la corte con sus historias de viajes y con sus regalos extraordinarios, pero no fue hasta pasado mucho tiempo que descubrió que la mayor parte de los viajes de Esha Marca Libre eran encargos clandestinos para el trono. Aquel apodo ceñido a su nombre que tanto esfuerzo le había costado ganarse era garantía de que la Corona le concedía derecho a ir a donde quisiera, sin excepción, un privilegio que muy pocos extranjeros se habían ganado.

Sin embargo, a medida que Lyn crecía, el panorama político de Lannesite se fue complicando. El reino había quedado enzarzado en una serie de tratados con estados vecinos y con poblaciones de los alrededores, y el estilo anárquico y espontáneo de hacer diplomacia de Esha Marca Libre a veces había puesto en apuros a la Corona, por lo que con el tiempo cada vez solicitaban menos sus servicios. Un buen día, le dijeron en una ocasión sus hermanas, Esha se enfrentaría a alguien o cruzaría una frontera que no debía, y el salvoconducto de Lannesite no la ayudaría.

Cuando Lynesse Cuarta Hija le pidió ayuda para emprender un viaje a un lugar al que nadie osaba ir y, después, a un lugar del que nadie había vuelto nunca, Esha se mostró dispuesta a ir con ella sin dudarlo.

—Creo que es bueno que el Ancestro Nyrgoth no le diera a mi familia una campanita para llamarlo haciéndola sonar —dijo la princesa a Esha.

—¿Y eso?

—Creo que, si existiera tal campanita, la habría hecho sonar con todas mis fuerzas antes de mi tercera estación solo para ver qué ocurría.

A la mañana siguiente desmontaron el campamento y ascendieron un paso de montaña que parecía desprovisto de vida, sin cantos de bestias ni silbidos de bichos que se arrastran. El cielo despejado cambió de forma imperceptible de lo bello a lo ominoso, y Lynesse sintió un sonido, demasiado bajo o grave para oírlo, pero que le penetró en las entrañas, donde hizo florecer estallidos breves de ansiedad y temor que le provocaron ganas de dar media vuelta y descender. Miró a Esha y vio la misma preocupación en su rostro.

—El Antiguo no espera demasiados visitantes, ¿no? —dijo Marca Libre—. Es indudable que se dedica a cavilar sobre asuntos filosóficos y no desea interrupciones, ni de hombres ni de bestias. ¿Qué te hace pensar que nos abrirá la puerta, por no hablar de que nos vaya a ayudar?

—El pacto ancestral todavía está en vigor —fue la única respuesta de Lyn. Era consciente de que Esha pensaba que era más un mito que una realidad, pero se había criado con aquellas historias; eran tan parte de ella como sus huesos o sus nervios. Además, si no lo creía ahora, ¿cuándo lo haría?

Tras atravesar el silencio y la tierra baldía, no tardaron mucho en llegar a la puerta redonda de la torre, sin decoración, sin picaporte y sin campana. La profunda calma parecía mayor allí, bajo la sombra de la torre, como si el propio edificio produjera algún sonido, inaudible para sus oídos, pero tan ruidoso como para resonar misteriosamente desde cada roca. Al levantar la vista hacia lo alto de la torre, Lyn pensó que los artistas antiguos tenían razón. La grandeza de la torre no se limitaba a sus dimensiones físicas. Atravesaba el cielo y llegaba a las estrellas.

Cuando tantos años y estaciones tormenta atrás había visto por primera vez la torre, solo sintió emoción. El entusiasmo de ver algo prohibido, algo que hasta entonces nada más había existido para ella en historias e ilustraciones de proporciones inexactas, pero que, por fin, podía contemplar con sus propios ojos. La niña Lynesse se emocionó por haber subido tan alto, por haber visto una tierra tan lejana. ¡Era la torre del Antiguo Hechicero!

Pero la niña Lynesse sabía que los siervos de su madre le pisaban los talones. *Obviamente*, entonces se sintió preparada para seguir adelante hasta llegar a la mismísima puerta del mago. *Obviamente*. No obstante, era fácil decirlo cuando estaba a trece latidos de que un funcionario estresado le pusiera la mano en el hombro y la arrastrara de vuelta.

Y ahora por fin estaba ante la puerta de la torre, y esta vez no había siervos de la corte persiguiéndola para llevársela de allí. Estaba en el mismísimo portal de los dominios del hechicero, donde nadie había vuelto a ir desde que su antepasada acudió para pedir ayuda a la magia para combatir a la magia. Ella, ahora, también debía enfrentarse a la magia. Ella, la princesa de sangre. Ella, la que tenía el deber de llevar a cabo actos imposibles. De ir a lugares prohibidos. De entablar pactos con lo incognoscible.

«No creo que esto sea una buena idea». Menudo momento para pensar eso. Por experiencia, sabía que este tipo de pensamiento solo aparecía tras hacer algo que a su madre no le parecía bien. Así que el hecho de que apareciera antes de lo previsto suponía un grave inconveniente porque implicaba que no podía hacer lo que había ido a hacer sin más y lamentarse después.

—Esh... —empezó a decir con un suspiro, inclinándose peligrosamente hacia el destello de una decisión sensata. «Volvamos». Pero cuando su amiga la miró, su expresión parecía decir:

«Hemos recorrido un largo camino...», así que Lyn alargó la mano hacia el pomo de hierro de su cuchillo y golpeó con fuerza la puerta circular de metal con él.

Se preguntó si el hechicero disponía de sirvientes y qué forma tomarían. Ninguna, al parecer, ya que una voz habló desde el aire, o quizá desde la propia puerta. Usaba sonidos que no conocía, aunque el ritmo y el tono interrogativo del final le indicó que se trataba de palabras.

—Un espíritu —dijo Esha, con los ojos muy abiertos—. Tiene un espíritu de portero.

—¿Uqién cudade vystanden pueste vzanado? —exigió la puerta. Su tono era el mismo, pero ahora las palabras le resultaron algo familiares, sonaban como la tutora de Lyn cuando leía textos antiguos.

—¿Ha preguntado quiénes somos? —Lyn estaba de los nervios.

Esha se encogió de hombros, pero siguió con la mano sobre el pomo de la espada.

—A mí solo me ha parecido un batiburrillo de palabras.

—¿Quién acude al puesto avanzado? —Ahora las palabras tenían un acento extraño, pero eran comprensibles, como si la voz hubiera estado escuchando su conversación y recordando cómo hablaba la gente.

La expresión de Esha dejaba claro que pensaba que no le correspondía a ella contestar a esa pregunta. Lyn tuvo que reunir fuerzas para poder recitar los nombres en la antigua fórmula.

—Soy Lynesse Cuarta Hija de la Casa Real de Lannesite. Invoco el pacto ancestral entre mi sangre y el Antiguo —dijo, porque era de esa forma como debía presentarse. El camino de esas palabras ya había sido recorrido, así que ella solo debía limitarse a seguirlo.

Una boquita se abrió en la piedra junto a la puerta, redonda como una lamprea.

—Requerimiento de verificación de su linaje —pidió la voz de la puerta con amabilidad.

—No tendrías que haber mencionado la sangre —dijo Esha.

Lyn miró la boca, sabía que lo que venía a continuación no le iba a gustar en absoluto.

«Pero ¿para qué he venido, si no?». La imprudencia que la había empujado a llegar hasta la puerta, la misma que habría hecho que la pequeña Lyn hiciera sonar la campana, de haber existido una, la llevó a apoyar un dedo en la apertura. La puerta hizo lo que suponía que iba a hacer y la mordió: un pinchazo de un solo colmillo. La princesa soltó aire entre los dientes y sacó el dedo. En la punta había una gota de elogiada sangre real.

—Linaje reconocido —dijo la puerta, y después se abrió, separándose en seis segmentos con forma de colmillos triangulares que se deslizaron hacia el marco de piedra.

El vestíbulo que apareció ante Lyn era más pequeño de lo que esperaba, pues suponía que el mago podía crear enormes habitaciones dentro de los límites de la torre, pero quizá reservaba esas grandes cámaras para visitantes más dignos.

Dio un paso hacia el interior y Esha la siguió dubitativa.

—Un puesto de avanzada, Lyn —repitió—. ¿Puesto de avanzada de qué? ¿Y dónde está el brujo?

—No iba a estar justo en la puerta de su casa por si llegaban visitantes —dijo la princesa, pero la voz invisible escuchó la pregunta de Esha.

—Esperad aquí. Mi señor se está despertando.

—¿Durmiendo al mediodía? —señaló Esha—. ¡Eso sí que es un lujo! —dijo.

De todos modos, todo el mundo sabía que los hechiceros podían dormir durante años para reponer sus poderes y enviar sus mentes a explorar reinos mágicos más allá de la comprensión de los meros mortales. Y el Ancestro Nyrgoth era el último de un antiguo linaje que trajo la vida y a las personas a través del firmamento hasta estas tierras. Si había un ser vivo en el mundo que pudiera ayudarlas, ese era él.

Algo en la base de la torre gruñó, un gemido profundo y atormentado. En ese instante, Lyn cambió de parecer: no podía ser un ser vivo; más bien era como si la propia torre contuviera enormes partes y ahora se estuvieran despertando.

Nyr

Me llamo Nyr Illim Tevitch, antropólogo de segunda clase del Cuerpo de Exploradores de la Tierra. Tengo siglos de edad y estoy a años luz de casa.



Cubro conciencia de mí en el estado medio entre la suspensión y el despertar completo. La información me llega con cuentagotas, en una cadencia calibrada con precisión, que garantiza que sea comprensible, pero sin que me resulte abrumadora. Siento que mi cerebro y mis sistemas orgánicos empiezan a activarse.

—¿Mensajes? —consulto a los satélites que me sobrevuelan en cuanto mi capacidad de pensar es lo suficientemente buena como para realizar la pregunta. Existen muy pocas opciones por las cuales el cuidador me despertaría, pero la más prioritaria es la de que el Cuerpo de Exploradores quiera contactar conmigo.

Hago un escaneo rápido de los registros de contacto y veo que no existe tal mensaje. De hecho, el escaneo es ridículamente rápido porque el registro sigue vacío. Ni una palabra de casa, igual que la última vez. Ni una palabra desde...

Mi mente y mi cuerpo ya están lo suficientemente despiertos como para completar ese pensamiento. Ni una palabra desde hace doscientos noventa y un años, la mayoría de los cuales los he pasado dormido en las instalaciones de suspensión del puesto.

Al principio me despertaba a intervalos regulares para ocuparme de mi trabajo. Llegué aquí impulsado por la gran marea de entusiasmo general por redescubrir antiguas colonias. La humanidad había sembrado las estrellas con sus naves generacionales a lo largo de casi un milenio, y esas colonias se habían ido desarrollando a su propio ritmo durante otro milenio más, apartadas por completo de la catástrofe ecológica de la Tierra. Y, tras conseguir rehacernos, volvimos al espacio a bordo de una tecnología que nuestros antepasados nunca hubieran podido soñar, porque todo el mundo estaba interesado en encontrar las colonias y ver qué tal les iba a nuestros parientes perdidos.

Esa es la razón por la que estoy aquí, en Sofos 4. Éramos un equipo, aunque ahora tengo que consultar la base de datos para recordar los nombres y las caras de mis colegas. Se marcharon. Las cosas iban mal en casa, así que me ofrecí voluntario para quedarme aquí, por amor a la antropología, y ocuparme de todo, mientras que ellos se volvían. Se suponía que iba a ser solo una medida temporal. Pero el caso es que fueron pasando los años y, al final, tuve que dormir cada vez más para detener mi envejecimiento y poder seguir con las investigaciones.

También es posible que haya infringido algunas de las normas para evitar la contaminación a la hora de relacionarse con los nativos de aquí, pero es que, aunque el puesto de avanzada se

halla en un lugar remoto, no es precisamente invisible, y vinieron a llamar. Y yo sentí curiosidad; estaba solo, y no había nadie cerca para recordarme que tenía que seguir las normas.

A continuación, compruebo los registros de mantenimiento. El sistema de autorreparación del puesto de avanzada está dentro de lo tolerable. El sistema de suspensión es el que está en peores condiciones, y al principio pienso que por eso he sido despertado: para poder arreglar las instalaciones que me mantienen con vida. En estos momentos, mi cuerpo ya funciona correctamente y puedo sentarme. Todavía estoy muy frío, pero el puesto de avanzada tiene listas para mí una toga y unas zapatillas térmicas desechables, con circuitos arabescos dorados incrustados que contrastan con el gris pizarra del uniforme del Cuerpo de Exploradores.

El sistema me avisa de que está esperando a que tome una decisión sobre algo. Por lo general, he aprendido a no detenerme a analizar aquello para lo que me necesita. Pero en ese momento una enorme oleada de desoladora depresión me golpea, y no soy capaz de verle el sentido a todo esto. Casi trescientos años terrícolas; he estado separado de mi hogar tanto tiempo, y ni siquiera sé por qué. Ni una palabra, ni una visita, ni siquiera una triste transmisión. La distancia entre las estrellas es gigantesca, pero no lo suficiente para justificar un silencio tan largo.

Recibo un aviso para que use mi sistema de disociación cognitiva (SDC). Me cuesta un esfuerzo considerable tomar incluso esta decisión, pero logro dar el visto bueno a mis sistemas e, inmediatamente, consigo librarme del aplastante peso de la tristeza al desconectarme de ciertos aspectos de mi propia bioquímica para poder funcionar y tomar decisiones racionales. Era un *mod* esencial para alguien que iba a estar solo durante prolongados períodos de tiempo. Mis emociones siguen ahí, y puedo acceder a fascinantes lecturas sobre qué parte de mí se siente bien, indiferente, mal o fatal sin que ello me afecte, a menos que escoja que eso ocurra. Es una fina línea, sospecho, entre usar la lógica útil u optar por ese aturdimiento patológico al que conduce la verdadera depresión, donde hacer o querer cualquier cosa parece como ascender por una colina empinada. De todos modos, el SDC está bien diseñado, y por ahora mi raciocinio permanece estable y conectado, mientras que mis sentimientos se remueven en su jaula dando coletazos de vez en cuando. Preparo cronómetros y alarmas para dejar que estiren las piernas más tarde, cuando lo peor, espero, haya pasado, y pueda permitirme liberarlos.

—Informe.

—Permiso concedido a visitantes de la población bajo estudio.

Parece un fallo importante en la seguridad del puesto, teniendo en cuenta que todos los procedimientos están diseñados para evitar la contaminación de los locales, pero el puesto de avanzada me recuerda que todo está basado en mis órdenes pasadas, y que no tiene poder para desobedecer. ¿Noto un cierto tono de reproche? No me sorprendería lo más mínimo.

Porque, sí, tiene razón, tiene una orden mía pasada en la que basarse. Uno de mis muchos lapsus de juicio. Si pasas demasiado tiempo solo, tus emociones empiezan a brotar sin control y puedes tomar decisiones de las que luego te arrepientes. En el caso de que el Cuerpo de Exploradores volviera a por mí, me tocaría lidiar con la reprimenda. Pero no sé nada de ellos. Lo cual, tras tanto tiempo, implica que es más que probable que no vuelvan. Nunca.

Oigo el gran hueco vacío donde debería estar mi depresión si no fuera porque la he encerrado. Estos son los pensamientos que me llevan por oscuros senderos. Necesito pensar en algo

positivo, y al parecer hay unos locales que han subido por la ladera de la montaña. Quizá han traído ofrendas o regalos. Quizá quieren intentar matarme o algo por el estilo, pues, al fin y al cabo, son criaturas bárbaras. Bueno, en cualquier caso, puede ser divertido.

Antes de descender a la base del puesto avanzado para encontrarme con ellos, compruebo los diagnósticos de seguridad: están más que preparados para evitar cualquier intento de agresión contra mí usando tecnología local conocida. Por supuesto, algunas de mis intervenciones con los locales han dado resultados inversos cuando lograron hacerse con tecnología antigua de la era colonial, la mayor parte de la cual está enterrada en el planeta allí donde los antiguos pioneros la dejaron. Los locales se organizan en una sociedad posttecnológica, pero la antigua tecnología se caracteriza por sus altos índices de uso intuitivo, e históricamente aquellos que descubren remanentes funcionales no tardan mucho en averiguar cómo usar como armas herramientas perfectamente inocentes.

Si estos visitantes tienen algo así, entonces los sistemas del puesto avanzado tendrán que esforzarse un poquito más para protegerme. Examinó cómo me siento al respecto. No siento nada; este es precisamente el gran inconveniente de confiar en las rutinas del SDC para protegerme de mis respuestas emocionales. Teóricamente, debería tomar mejores decisiones sin que mi mitad animal me desgarrara con sus fauces, pero esa misma mitad animal es la responsable de señalarme cuáles son mis prioridades. Ahora mismo puedo aceptar de forma completamente racional que si los salvajes me matan con tecnología antigua de la Tierra, simplemente es algo que habrá pasado.

Mientras bajo con el ascensor soy muy consciente de toda la tristeza que no siento, de lo solo y perdido que no me importa estar, y de cómo de trivial es que esté completamente incomunicado de la civilización que me crio, y de cualquiera que llegó a conocer o a preocuparse de quién es Nyr Illim Tevitch. Sí, todas estas cosas son intrascendentes y no tengo que sentir las. Echo una miradita en la jaula de mis emociones y las veo mirarme hambrientas, esperando a ser alimentadas.

Y ahí estoy, caminando a zancadas por la base del puesto avanzado, listo para enfrentarme a la horda bárbara. Pero solo hay dos, y son dos mujeres. Una me resulta familiar. Me detengo porque me está llegando un torrente de información desde mi estado emocional encerrado, que ha cambiado de parecer. Son cosas positivas. Me parece muy extraño, pero al parecer hay algo que me hace sentir bien.

Desactivo el SDC y me hundo en mis emociones, sintiendo un mareante torbellino de cariño, nostalgia feliz, recibiendo un torrente de recuerdos que previamente eran solo datos y que ahora se reconfiguran como experiencias. ¡Cómo luchamos! ¡Cómo cabalgamos juntos, donde la liza era más feroz! Recuerdo coordinarme con el satélite para informarle sobre los movimientos de sus enemigos. Recuerdo desempolvar la taquilla de equipamiento y salir a la batalla (¡A la batalla, yo, el antropólogo!) junto a ella. Podría haberme quedado. Casi lo hice, y envejecer, y morir. Una mujer de una cultura primitiva que jamás habría entendido qué soy, pero que, aun así, era magnífica, radiante. Y llevaba tanto tiempo solo cuando esto sucedió.

Con mi sombrero SDC en la cabeza, me doy cuenta de que mi juicio profesional había fallado estrepitosamente en multitud de ocasiones cuando la conocí. Debería ponérmelo otra vez, para

evitar que me pasara lo mismo de nuevo, pero la estoy mirando y no puedo evitar recordar lo bueno que fue no estar solo durante un tiempo y tener compañía, aunque fuera compañía de una cultura distinta, virtualmente de especies distintas. Siempre es una conmoción cuando los veo por primera vez tras despertar. Me olvido de lo mucho que ellos y nosotros hemos divergido desde que las primeras naves coloniales abandonaron la Tierra. Ella es más cercana al origen que yo, pero, claro, el segundo gran resurgimiento de la Tierra fue de grandiosas ambiciones y de rechazo a aceptar límites, incluso los límites de la forma humana. Tanto por dentro como por fuera, yo estoy muy modificado respecto a mis ancestros, mientras que estos nativos poscoloniales han cambiado muy poco.

Avanzo hacia ellas sintiendo todas estas cosas positivas mientras recuerdo la forma adecuada de saludar.

—Regente Astresse, ¡bienvenida de nuevo a mi hogar!

No nos estrechamos las manos, ni juntamos los hombros, ni tenemos ningún tipo de contacto físico, aún no, porque recuerdo que es un tabú cultural. Son gente que reservan estas acciones para ocasiones especiales. Tan solo una mano abierta para indicar paz, brazos abiertos para indicar confianza.

Y silencio. Un silencio incómodo. Me quedo ahí de pie, con los brazos abiertos, mientras las dos mujeres siguen mirándome. Recuerdo otra vez lo diferente que soy de ellas: mido una cabeza más y también están... los cuernos.

Tengo un montón de complejos instrumentos en ellos, que me resultan muy útiles para aumentar las capacidades naturales del ser humano. Pero aún conservo suficientes conocimientos de antropólogo para saber que la Tierra Renaciente aceptó estas modificaciones principalmente como una muestra de exhibicionismo ostentoso que en el pasado causó cierta alarma entre los locales de este lugar.

De todos modos, ese no es el único motivo del asombro de las dos jóvenes.

—Astresse —dice Astresse con lentitud—. La Regente Astresse fue mi bisabuela, Ancestro Nyrgoth.

Las miro a ambas. Todos esos recuerdos felices han perdido su color, todos a la vez. Me aferro a ellos, pero son como arena, sucia y ardiente. Arena bajo los párpados. Arena en la cabeza. Pues claro que Astresse está muerta. El puesto avanzado me informó con exactitud sobre la fecha y la hora de su muerte. Si hubiera pensado con claridad, me habría protegido contra esa revelación; para empezar, ni siquiera hubiera cometido el error de confundir a esa chica con Astresse. Ha pasado más de un siglo, al menos veinticinco largos años para los locales, sus «estaciones tormenta», así llaman al ciclo lunar doble de caos climático que esquilma este mundo. Astresse, a cuyo lado cabalgué hacia la guerra en la aventura más absurda y gloriosa de todos mis largos años, es polvo desde hace generaciones.

Me obligo a restablecer el SDC para evitar la nueva oleada de desesperación que está a punto de golpearme. Esto está siendo demasiado para mí. Siento ganas de rendirme en este mismo momento. Pero ver a esta chica, a esta desconocida, me da esperanzas.

Y ahora vuelvo a ser racional, y todas estas tonterías quedan apartadas. Adopto una expresión serena y construyo frases utilizando el dialecto local, cuyas raíces se encuentran en las antiguas

lenguas de la Tierra que diseccioné hace siglos.

—¿Por qué estáis aquí? —pregunto, o por lo menos ese es el significado que quiero dar a lo que digo. El lenguaje de los locales es recargado y está repleto de adjetivos y condicionales, así que quizá entienden mi pregunta de una forma más entusiasta de lo que pretendo.

Lynesse

—¿Por qué motivo perturbas la paz del Antiguo?

El Ancestro Nyrgoth medía más de dos metros, era delgado y vestía togas de color pizarra que brillaban con intrincados signos dorados que serían el sueño de cualquier sastre. Lyn imaginaba una legión de diminutos seres cosiendo con ese precioso metal aquella exquisita tela acolchada, en la que cada diminuta sinuosidad de aquellos dibujos estaba preñada de significados ocultos. Sus manos tenían dedos largos con largas uñas, y su rostro también era largo, con pómulos alzados, ojos rasgados y la barbilla y las mejillas oscurecidas por una barba incipiente. Su piel era fina como el papel viejo. Tenía cuernos. En las antiguas imágenes parecía que llevaba una corona, pero no; eran cuernos, ahí estaban: dos espirales retorcidas gemelas, que nacían justo encima de las cejas, que se curvaban por encima de la frente y de su largo cabello negro peinado hacia atrás. Hubiera dicho que era medio monstruo de no haber sabido que era algo más parecido a un medio dios. Era el último vástago de los ancestrales creadores que, según contaban las historias, habían colocado a las personas en el mundo y les habían enseñado cómo vivir.

Llevaba demasiado rato en silencio. Esha le dio un codazo.

—Acudo al pacto ancestral entre el linaje real de Lannesite y el Antiguo —farfulló Lyn—, en el cual te comprometiste a ayudar al reino en caso de que magia infame se alzara contra él. Una nueva amenaza ha emergido y blande un poder terrible, como en tiempos de la Regente Astresse lo hizo Ulmoth, a quien te enfrentaste con magia y a quien derrotaste.

La mirada del Ancestro era altiva y arrogante. Hubo un instante, cuando mencionó a Astresse, que creyó vislumbrar respuestas humanas en aquellas facciones arcaicas, pero ahora solo veía distancia entre ellos.

—No intercedo en acontecimientos tan nimios —dijo—. Tales disputas deben ser resueltas por vosotros. No me corresponde intervenir en ellas. —Dio media vuelta.

Lyn tenía un discurso preparado, literalmente memorizado de arriba abajo, donde recitaba el linaje de las Reinas, elucidaba sobre las gestas de su bisabuela y las leyendas del Ancestro Nyrgoth y hacía una petición formal, como diplomática de una gran potencia, para honrar el pacto. Había un lenguaje concreto para estas ocasiones, del mismo modo que lo había para contar una historia, y había ciertas convenciones que se debían seguir. Nadie se metía en la torre de un hechicero así, sin más.

Pero él se disponía a irse sin darle tiempo a pronunciar sus elaboradas y ensayadas frases, así que se abalanzó hacia el hechicero y tiró de su manga, como si fuera una vendedora ambulante y él se estuviera yendo sin pagarle.

La toga la castigó. Se oyó un chispazo y fue como si le hubieran mordido los dedos. Un instante después estaba en el suelo, con la mano entumecida por el dolor y lágrimas en los ojos. Esha la sujetaba por los hombros e intentaba arrastrarla hacia atrás mientras balbuceaba disculpas

al Ancestro, mientras suplicaba que perdonara la temeridad de la princesa. Nyrgoth se quedó ahí de pie, mirándola; parecía tan sorprendido como Lyn por lo que había ocurrido.

—Perdóname —dijo al fin—. Esta torre, y todo lo que hay en ella, cuida de mí con celo y se esmera en protegerme. —Y entonces, después de que emociones indeterminadas llegaran y se fueran de sus ojos, añadió—: Astresse hizo lo mismo cuando vino a buscarme y yo le dije que no podía ayudarla.

—Pero lo hiciste —le recordó Lyn—. Ancestro, un nuevo poder ha crecido en Bosquedense y la gente dice que es un demonio que posee las mentes y contra el que ni los más fuertes pueden blandir la espada. Los reinos del bosque ya están cayendo. Los caminos de Lannesite están atestados de refugiados que huyen de sus hogares.

«Y mi madre no hace nada», pensó, pero no lo dijo. No ganaba nada contándole al Ancestro que estaba allí sin aprobación real.

—Auxilio —dijo, y todas las palabras elegantes que había memorizado se condensaron en esa —. Invoco el pacto entre nosotros —añadió, aunque esta vez lo dijo más bajito; un ruego más que una demanda—. Se lo prometiste a mi familia hace tanto tiempo. ¿Acaso los juramentos de un hechicero no valen nada?

Nyr

Mi conclusión profesional es que me comporté de forma contundentemente poco profesional hace un tiempo y estas son las consecuencias. Lo cierto es que hay un vacío legal en los procedimientos sobre no contaminación en lo que a tecnología avanzada se refiere. No obstante, aludir a ese vacío legal no es un argumento muy sólido, ya que la tecnología que el señor de la guerra Ulm encontró no era nuestra, sino que se trataba de vestigios de los días coloniales. Yo estaba en mi derecho de decidir que lo que él hiciera con ella formaba parte del desarrollo natural de los acontecimientos de la sociedad, y por ende cualquier cosa que yo hiciera sería una intervención inadmisible.

Sin embargo, quien escribió las normas de no contaminación para el Cuerpo de Exploradores no fue muy preciso, lo que implicaba que yo también podía, si así lo deseaba, interpretarlas de forma que justificaban el que yo pudiera ir, derrotar a Ulmoth y restablecer el correcto equilibrio postecnológico que supuestamente estaba estudiando.

Mi conclusión racional, con el sistema de disociación cognitiva (SDC) activado, es que tomé la decisión incorrecta en su día, y que ello me iba a complicar las cosas ahora. De hecho, con el SDC en marcha, soy absolutamente incapaz de entender por qué me incliné por ayudar a Astresse. Recuerdo nuestro primer encuentro palabra por palabra, y la decisión que tomé me resulta incomprensible. Con estos precedentes, siento que no puedo tomar una decisión ahora mismo, porque tengo la sensación de que me falta cierta información nebulosa que sí tenía por aquel entonces.

Alargo una mano para ayudar a esta nueva mujer a levantarse y ella retrocede.

—Te he catalogado como segura para mis sistemas —le aseguro. Ya me he disculpado por la eficiencia de las defensas del puesto avanzado, que interpretaron su movimiento como un ataque. Por suerte, estaban configuradas para alertar al supuesto atacante primero, pues, de no haber sido así, ahora los limpiadores estarían barriendo las cenizas de esta joven.

Al ver su expresión, sospecho que mi forma de expresarme en su lengua sigue siendo imperfecta o que carece de matices. Por un lado, puedo escribir una disertación sobre las raíces lingüísticas de varios de sus idiomas en la Antigua Tierra y cómo se han desarrollado desde que esta colonia quedó separada de la gran diáspora humana. Por el otro, sospecho que hay todo un nivel de subtexto oculto entre sus sufijos y registros, casos e inflexiones donde cada palabra tiene una docena de variantes distintas dependiendo precisamente de quién las diga, a quién las diga y sobre qué. Me he llegado a preguntar si, en los primeros tiempos del desarrollo de la colonia, los colonos se sentaron y decidieron que tenían que estar completamente seguros sobre qué quería decir cualquier persona con exactitud, y ahora el idioma es una mezcla por la que tengo que abrirme paso a golpe de machete.

Dicho lo cual, esto no me está ayudando a tomar una decisión. Tendría que volver a la suspensión y dejar que el puesto avanzado me despierte cuando...

¿Cuándo?

Y al fin identifico el fallo en la lógica perfecta de mi torre. El modo SDC está diseñado para que tome decisiones sin el cortoplacismo de las emociones excesivas. Al fin y al cabo, aunque no existiera el terrible silencio de los míos, este puesto avanzado iba a permanecer aquí siglos mientras observábamos la cultura nativa desarrollarse; el pensamiento a largo plazo requería una claridad de la que la mente humana natural no era capaz. Pero el pensamiento de largo plazo también precisa de una meta hacia la que dirigirse, y ahí reside el límite de mis fuerzas. No tengo ninguna garantía de que me llegará mensaje alguno desde mi hogar. Tres siglos de silencio indican que eso no ocurrirá, y que soy un remanente de una cultura cuyo segundo florecimiento en el espacio, que parecía imparable y glorioso, ha sido breve y condenado al fracaso. Soy una reliquia más digna de estudio que aquellos a los que debería estar estudiando yo.

Mi visitante, que se parece a Astresse, tiene una meta. La enviaron a pedirme ayuda contra algún señor de la guerra que ha encontrado y activado una antigua máquina excavadora, o un volador, o un pacificador neuronal o algo por el estilo, y está usando su nuevo juguetito para construir un reino. Y no debería importarme, y no debería interferir, pero hay un gigantesco vacío allí donde normalmente mantengo todas las cosas que sí debería hacer. Solo hay un objetivo que conseguir en esta sala, y no es mío.

Por un instante, estoy tentado de desactivar el escudo SDC y dejar que todas las emociones penetren en mí. Mis dispositivos de información sugieren que estoy sintiendo un complicado cóctel de cosas ahora mismo, y que podría ser interesante experimentarlo, en vez de limitarme a leer informes. Me doy cuenta de que sigo mirando la cara de mi visitante, con la mano estirada para ayudarla. Ella está congelada como un conejo ante una serpiente. Me obligo a levantarme y dar un paso atrás, porque ya llevamos así un rato y es un poco incómodo. Su ayudante o sirviente la ayuda a levantarse. Es una de las descendientes de los antiguos granjeros de algas marinas aumentados, una especialización laboral de los colonos de primera generación que acabó de algún modo como un rasgo heredado y dio paso a toda una población. Tengo un informe a medias sobre el tema que temo que no tendré tiempo de terminar. Y ahora estoy mirándola a ella, y ella tiene la mano sobre el pomo de su arma y se siente claramente amenazada. Tengo que parar de hacer contacto visual; en esta cultura es inapropiado, no como en mi hogar. Del mismo modo que tocarse, no es algo trivial.

—Iré contigo a... —No soy capaz de recordar dónde dijo que se había asentado el señor de la guerra que los está hostigando, pero no puede ser muy lejos, porque todos los reinos son pequeños en este lugar—. Iré a ver qué está ocurriendo, por si se trata de algún asunto en el que deba intervenir. —Sin emociones que me influyan, mi decisión únicamente está basada en el hecho de que he tomado esta misma decisión en circunstancias similares en el pasado. O eso es lo que pondré en el informe. Es posible que esté experimentando alguna filtración del SDC. También es posible que esté empeñado en ser un malísimo antropólogo. Es una lástima. Quizá sea el último que quede.

Lynesse

Se alejaron de la torre del mago y se dirigieron a Bosquedenso tomando los altos pasos de la montaña, porque, según Esha, que hacía de guía, la ruta era más rápida por ahí que bordeando las colinas por los caminos de carros. Lyn tenía un discurso preparado para ocultar que, en realidad, evitaba que cualquiera la viera y pudiera ir a la corte a contar en qué asuntos estaba metida la hija delincuente más joven de la reina.

Quizá debido a cómo se habían desarrollado las cosas, el hechicero no pareció considerar que aquel era un camino inusual, y las seguía sin decir nada.

No había canciones compuestas para una Cuarta Hija, ni las historias solían nombrarlas. Desde luego no había ninguna para una Cuarta Hija con un pasado tan accidentado como el de Lyn. Había llegado a la adultez formal de su cuarta estación tormenta sin haber alcanzado ninguna de las habilidades propias de una princesa. No tocaba ningún instrumento musical, ni podía gestionar las cuentas de un feudo. Su único intento en la diplomacia había sido desastroso. Sus hermanas habían ido dejando de lado las historias, las peleas y las huidas de sus lecciones. De pronto las tres se habían convertido en seres humanos responsables, mientras que Lynesse seguía aferrada a su infancia. Eran tres jóvenes educadas y de ingenio agudo. Preferían la formalidad de un duelo que las historias en las que el líder enemigo era desafiado a un combate singular. Preferían conversar con embajadores, contables y oficiales de inteligencia que escuchar inútiles charlas sobre héroes. O hechiceros.

Pero los peticionarios desesperados que llegaban de los feudos de los bosques de Bosquedenso no eran embajadores. Eran viajeros que portaban historias increíbles, refugiados que balbuceaban sobre horrores. Mercaderes de Lannesite que volvían huyendo a casa sin haber podido vender sus bienes. Y, en medio de todos ellos, un puñado de emisarios de terratenientes de aquí y allá que suplicaban auxilio.

Un demonio, decían. Algo que no podía ser combatido. Devoraba tanto bosque como feudos. Magia maligna que no había sido vista desde los tiempos de la Regente Astresse y su guerra contra Ulmoth. Y quizá fue su insistencia en invocar aquel nombre lo que sembró la semilla de las propias acciones de Lynesse.

Porque su madre, la reina, después de escucharlos a todos, de haberse afligido con ellos, de decirles que la Corona siempre cuidaría a su gente, dijo en el consejo privado con sus hijas y con sus consejeros que no haría nada al respecto. Nadie creía que hubiera un demonio, solo que los eternos enfrentamientos entre los diferentes reinos de los bosques habían alcanzado una nueva cima, y que cada dedo señalaba a su vecino y gritaba magia oscura. No era la primera vez. Y la lucha entre los feudos de Bosquedenso no era, quizá, algo negativo para la influencia de Lannesite. Si la reina desplazaba un contingente a través de Cimaestéril y se internaba entre los árboles, lo único que conseguiría sería empantanar a su reino en una generación de disputas y guerrillas.

—No hay demonio alguno —fue la informada decisión de la reina y de su consejo—. Dejad que solucionen sus disputas. Lannesite no derramará su sangre por esto.

Incluso cuando Esha, que aún actuaba de vez en cuando como el ojo itinerante de la corte, intervino, la reina permaneció inamovible. Había escuchado el testimonio directo de la mujer sobre los éxodos de los habitantes del bosque acampados en las orillas del río, huyendo de sus tierras, de las historias sobre monstruos y corrupción que las gentes le habían contado, y de algo siniestro que andaba suelto, pero la madre de Lyn desestimó actuar de ningún modo.

—No dudo de que sufran —aceptó la reina—. Pero ya hay suficiente con la guerra y las malas cosechas; no necesitamos ninguna amenaza sobrenatural inventada.

Lyn asintió, pero en su cabeza permanecían todas las antiguas historias. Apenas había sido capaz de prestar atención a lo que se había dicho porque, en su mente, seguía dando vueltas a las antiguas y persuasivas palabras de las viejas leyendas.

«La Regente Astresse cabalgó al frente, y a su lado iba el hechicero». Batallas contra los monstruos de Ulmoth. La destrucción de la magia oscura y la salvación del reino. Y por eso, fue entonces, tras aquel consejo privado, cuando Lyn decidió actuar. Habló con aquellos mismos emisarios y escuchó sus increíbles historias, intentando ir más allá de su pánico y descubrir si todo se reducía a las lizas internas, tal y como opinaba su madre. Pero no era lo que creían los refugiados. Un demonio.

Ya no era una cría. Su madre, sus hermanas, sus tutores y el insidioso mayordomo se esforzaban en recordárselo, y una buena mañana, al ver su reflejo en el espejo empañado de bronce, supo que tenían razón. Y que cosas como las gloriosas baladas sobre la Regente Astresse y su hechicero se estaban convirtiendo en algo parecido a la ropa colorida que empezaba a quedarle pequeña y ya no podía ponerse, mientras que su vestuario cada vez era más serio y sombrío, más propio de una mujer de Estado.

Los refugiados de Bosquedenso hablaban de demonios, estaban convencidos de ello, pero era como si solo Lyn oyera esto; según los demás, hablaban de «la guerra, el conflicto civil y la tradicional inestabilidad política de la región de Bosquedenso», como diría su tutor. En su cabeza eran demonios y magia oscura. Enemigos de las leyendas, que solo otra leyenda podía vencer.

«La Regente Astresse no se habría quedado sentada, con o sin hechicero». Y por ello Lyn se convenció a sí misma de que debía actuar guiándose por su sentido de la moral y la justicia y de que este último acto suyo temerario e infantil podría ser interpretado como un intento por cumplir con su deber y mantener el honor de su familia.

La idea de que llevar a un mago a un país vecino contravenía la política de fronteras de su madre se le había pasado por la cabeza, pero lo había hecho de una forma fugaz, ya que había perseguido ese pensamiento hasta expulsarlo de su mente y se había quedado observándolo mientras se iba para asegurarse de que no volvería de momento.

Otra cosa que el hechicero no entendía era el fuego. O quizá sí conocía el fuego, pero no sabía qué hacer con él. Cuando Lyn y Esha se acurrucaron cerca de las llamas para protegerse de las gélidas noches de las montañas, el Ancestro Nyrgoth se quedó apartado y solo. Lyn pensó que se lo encontraría congelado a la mañana siguiente, pero cuando amaneció había un círculo a su alrededor, donde la escarcha no había penetrado y que estaba más caliente que las brasas del fuego. No obstante, nunca se atrevería a utilizar al hechicero para calentarse las manos. Este se había puesto una toga con intrincados símbolos dorados para el viaje, con una vestimenta que parecía como si hubiera sido tejida por un costurero ciego al que le hubieran descrito la ropa humana una sola vez. Era de materiales extraños, brillaba en algunos lugares y era profundamente mate en otros, y no tenía ni costuras ni botones. Llevaba una capucha, pero era demasiado alto y demasiado raro como para pasar inadvertido.

Dos días más tarde, cuando comenzaron el descenso hacia las orillas de Cimaestéril, un monstruo los atacó.

En las ciénagas costeras que Esha denominaba hogar, había unas bestias llamadas avispa Stírg, criaturas de múltiples patas que volaban del tamaño de medio hombre, que se criaban en charcos de agua estancada y drenaban los fluidos de la gente y los animales. El pueblo de Esha salía de cacería cada dos estaciones y mataba las larvas acuáticas, similares a babosas, allí donde las encontrarán. Aquello que los atacaba se parecía bastante a una avispa Stírg, pero era diez veces más grande y, en vez de una aureola de alas batientes, tenía dos discos inmóviles que le mantenían en el aire. No tenía pico; toda su cabeza estaba compuesta por cuchillas que daban vueltas y ruedas dentadas y afiladas. Un monstruo espeluznante, sin más, y fue a por Nyrgoth con un gíroteo furioso. Esha le disparó unos proyectiles que rebotaron en su caparazón metálico y Lyn se interpuso en su camino con la espada, blandiéndola con rabia contra su rostro de pesadilla.

El monstruo mordió su hoja, arrancándosela de las manos y destruyendo el acero de calidad, el mejor que los herreros de su madre podían forjar. Se quedó con los brazos extendidos en una posición de guerrera perfecta, con las manos vacías, con la mirada fija en aquella tormenta de dientes serrados y translúcidos.

Nyrgoth pronunció una palabra y luego tres más, y el monstruo cambió de dirección, aullando con una voz tan aguda que resultaba difícil oírlo. Entonces el hechicero le gritó algo más con sílabas arcanas y el demonio cayó al suelo y se contrajo tímidamente sobre sus cinco patitas. Las partes móviles de su cabeza se quedaron quietas.

La mano del hechicero se posó sobre el hombro de Lyn y ella se tensó ante el roce indeseado; ahora era seguro que dirigiría su magia contra ella o quizá le lanzaría una maldición, algún castigo por su estupidez. En vez de ello, se limitó a apartarla, con cuidado pero con firmeza, y siguió conversando con el monstruo, dejándola con un nudo en la garganta por el sentimiento de una tarea inacabada, sintiendo que le debía algo o que él se lo debía a ella.

El monstruo contestaba a Nyrgoth con unos sonidos penetrantes y chirriantes, entre gorjeos y tonadillas como el viento contra los cables. El hechicero hizo tres pronunciamientos, secuencias de sonidos que tenían el ritmo de frases, cada una con su entonación final, pero que Lyn no logró

entender. Esha también escuchaba con avidez; era una viajera políglota, quizá algunas de las palabras en idioma mago tenían sentido para ella.

Entonces el demonio volvió a emprender el vuelo elevándose en vertical hacia el cielo con las patitas plegándose debajo del cuerpo. Le dijo algo más al hechicero y salió disparado en dirección a las cimas más altas hasta que lo perdieron de vista.

—Sintió ciertos talismanes que porto —explicó el Ancestro Nyrgoth a modo de disculpa—. No os hubiera perturbado si yo no hubiera estado aquí. Ha quedado ligado por juramentos y, aunque temo que volverá a buscarme de nuevo, no debería ser una amenaza para vosotros.

Sus palabras eran portentosas, y aun así sus maneras sugerían que para él el episodio no era un acontecimiento legendario, sino algo de lo que ocuparse cuanto antes para poder olvidarse de ello, como solían decir sus tutores cuando la disciplinaban.

Aquella noche, la última según las estimaciones de Esha antes de llegar a Sobresquife y a las preocupaciones de los hombres, él volvió a sentarse lejos del fuego, con la espalda contra una piedra y la mirada puesta en los picos, como si buscara de nuevo al monstruo. Con la huella de su mano en el hombro como un picor, Lyn se aproximó a él.

—¿Ese monstruo era un enemigo tuyo de otra era, Ancestro? —preguntó con formalidad.

Él la miró un instante frunciendo el ceño y luego contestó:

—No era más que un obrero cuyos maestros perecieron hace ya mucho. Quiere ser útil, y busca a alguien que necesite las habilidades para las que fue creado. El señor de la guerra, Ulmoth, aprendió a gobernar a tales criaturas tras estudiar los idiomas vetustos. —Las palabras brotaban despacio, y parecía angustiado por algo, aunque no daba la impresión que fuera porque temiera el retorno de aquel ser.

Lyn se arrodilló, pues le pareció irrespetuoso quedarse de pie mirándole desde arriba. La claridad del fuego que había encendido Esha se proyectaba por el suelo rocoso y bañaba el rostro de Nyrgoth, dándole un cariz similar al de una pálida roca esculpida hacía mucho tiempo. La luz se perdía en su barba, en las fisuras de los cuernos, en su larga nariz y en las cejas feroces. De pronto fue muy consciente de lo poco humano que era, de como todo en él era apenas una aproximación a su propia fisionomía, o quizá toda la gente que había conocido eran pobres copias de él.

—Perdóname, Ancestro. Si no es el monstruo, ¿existe otro enemigo en el mundo que te perturbe? —El pensamiento era sombrío, pero intuía que había algo que le pesaba; estaba claro que uno no se convertía en un gran mago sin granjearse grandes enemigos.

—Hay una bestia que me acecha desde hace siglos —dijo Nyrgoth.

Levantó la mano y ella se echó para atrás para evitar que la tocara otra vez. Sus palabras la llenaron de una intranquilidad reptante.

—Está siempre tras de mí —continuó—, y a veces se envalentona y cierra los dientes sobre mi garganta. Me arrastra hacia abajo, y si no interpusiera un escudo para defenderme de ella, podría no volver a quitármela de encima. Quizá a ti o a alguien de tu pueblo os ocurre lo mismo, aunque tal vez nunca te han hablado de ello. Tales bestias cazan en secreto, y sus presas son reticentes a hablar de ellas por miedo a mostrar debilidad.

—Mi tío fue asesinado por un *cerkitt*, por uno salvaje —dijo con incertidumbre, aunque sabía que no hablaban de lo mismo. Una bestia que acechaba hechiceros sin duda podría masacrar a un millar de hombres como su tío sin problemas.

Se estremeció, volvió junto a la hoguera y tuvo un sueño perturbador.

Nyr

Intenté reconfortarla, pero era evidente que había fracasado y ahora ya no estaba del todo seguro de qué había entendido de mis palabras. Sin embargo, parecía tan solícita, y yo trataba de deshacerme de la acumulación de sentimientos que el SDC mantenía a raya, tal y como indicaba el manual que debía hacer para evitar un crecimiento hormonal nocivo. En esencia, no puedes apagar los sentimientos indefinidamente, pero puedes soltarlos cuando las circunstancias te lo permiten, sentir cosas cuando estás ocioso y mantener las emociones bajo control el resto del tiempo.

Ella quería saber por qué estaba triste, y le expliqué que básicamente era un estado mental a largo plazo y que estaba todo bajo control. Sin embargo, no creo que me entendiera. Su pueblo, por supuesto, no tiene una palabra exacta para «depresión clínica» ni nada parecido.

En cambio, conseguí tranquilizarla sobre el robot minero. Ni siquiera era un antiguo modelo colonial, solo era un vestigio de nuestra propia misión, con fallos en su cerebro mecánico debido a los muchos siglos de inactividad. La joven ha estado a punto de perder ambas manos a la altura del codo. No intentaba atacarnos, aunque la hubiera matado en su camino hacia mí si yo no hubiera tenido los códigos para reiniciar su cola de prioridades.

Y ella se ha interpuesto, cuando era obvio que venía a por mí. Astresse habría hecho lo mismo. De hecho, lo hizo, cuando Ulmoth envió a sus máquinas reprogramadas para destruirme. También estuvo a punto de perecer. Ambos estuvimos a punto de hacerlo. Pero prevalecimos: el blanco de su sonrisa mientras le vendaban las heridas; su músico que improvisaba la saga de la batalla; ella inclinándose hacia mí y nuestras frentes una contra la otra, su diadema rozando la base de mis cuernos. Nos respetábamos; éramos camaradas, compartíamos cazas y nos curábamos. Era intimidad. Eran buenos tiempos. Buenos tiempos que se acabaron hace tres vidas enteras, y aquí sigo yo.

Ya ha llegado el momento de reactivar el SDC, siento la bestia de pie tras de mí, su aliento fétido en mi cuello. Se desvanece cuando los escudos del sistema me protegen de mí mismo. Sé que sigue ahí, pero sus dientes no pueden perforar mi armadura.

Lynesse Cuarta Hija duerme junto al fuego mientras Esha Marca Libre monta guardia. Ajusto la temperatura de mi ropa interior y me tumbo aquí solo, sintiéndome al mismo tiempo noble y estúpido.



Tras otra jornada de descenso de la montaña, aumentando el ritmo para llegar a los muros antes del anochecer, encontramos una ciudad. Hemos avanzado a ritmo ligero, y he tenido que acelerar mi metabolismo y transmutar parte del dolor y la fatiga para mantener el paso de las dos mujeres.

Sin embargo, llegar fresco a los muros me ha dado un subidón de emoción positiva que he podido dejar salir y experimentar. Y de paso, he podido evitar que mi sistema de desvinculación se sobrecargara.

He visto imágenes satélite del lugar y mandé drones discretos para grabar lo que ocurre aquí con el fin de recabar información para mi estudio académico. Cuando supe adónde íbamos, pensé que este sitio no me resultaría tan extraño, pero todo es bastante diferente una vez que estás aquí, atraviesas las puertas instantes antes de que las cierren para la noche y te enfrentas a las miradas de los locales.

Cuando hice que las instalaciones del puesto avanzado me fabricaran estas vestimentas imaginé que pasaría desapercibido entre los locales y que mantendría la contaminación de mi presencia al mínimo. Las hicieron imitando los colores y estilos de los ropajes locales, pero ahora veo que me equivoqué. Me siento como un actor en una reproducción histórica de mala calidad o como un turista que se ha comprado cuatro mierdas baratas en una tienda trampa para turistas, y ahora se cree muy cosmopolita y multicultural. El tallaje está mal y la forma como la tela cuelga de mi cuerpo es aún más horrenda. Además, todo está sellado donde debería estar cordado, y viceversa. Aparte, soy treinta centímetros más alto que el resto. Y tengo cuernos. Creía que la capucha ayudaría, pero la cámara errante del dron me muestra que el modo en que me queda holgada hace que destaque más mi presencia. Al fin acepto que la formación de antropólogo de segunda clase no me convierte en maestro del disfraz. Me bajo la capucha con cierto disgusto y dejo que me miren. El SDC mantiene la vergüenza y la incomodidad a raya, y paso entre ellos con un comportamiento neutral, como debe hacer un académico.

Lynesse Cuarta Hija y Esha Marca Libre parecen asumir la atención que recibo como algo correcto y normal. Hay gente con la que hablarán en la ciudad, dicen, o por lo menos Esha lo hará; Lynesse se quedará conmigo en una especie de hospedaje. En el territorio del Desembarco, el dinero o el intercambio de bienes no te asegura que puedas dormir en los albergues, o eso creo entender. En este país y en la mayoría de estados vecinos, uno debe tener el derecho a dormir bajo techo, y ese derecho lo concede el gobierno hereditario. Supuse que el linaje real de Lynesse sería suficiente, pero fue Esha quien mostró documentos al propietario, un hombre de cara larga y hundida. El estatus de Esha es interesante. Debería dedicar un rato a tomar notas, para informar... a un hipotético visitante futuro al que le pueda interesar. Como tengo el SDC activo, a mí sí me importa, o por lo menos siento que es algo que debería hacerse, pero las decisiones que el SDC considera acertadas son irracionales de base, vestigios de cuando existía una institución académica superior a la que informar. Pienso en ello y mis sistemas internos me dicen que mi estado emocional cae en picado, mi alegría se ha esfumado. Pero ya había vuelto colocar el escudo, por lo que todo este tema se limita a dar vueltas en mi cabeza como una abeja intentando escapar, y entonces llegamos al hostel.

El anfitrión, una especie de funcionario público de rango menor dentro de la complejísima jerarquía del estado de Desembarco, me mira con más intensidad que al resto del grupo, y sobre todo mira mis cuernos. Tiene miedo, pero también quiere tocarme, o por lo menos sus manos se cierran y abren con disimulo mientras me observa. Siendo honesto, este lugar es triste y asqueroso, y me alegro de haber sido inoculado apropiadamente con el cóctel de

microorganismos que habitan en Sofos 4: las formas nativas, las formas terrestres y los híbridos descontrolados que surgieron de la ingeniería imprudente de los colonos iniciales. La gente en este mundo se enferma tan a menudo que me sorprende que alguien llegue a la madurez, como vi durante mis primeras observaciones, y aunque llevan a cabo procedimientos básicos como lavarse y cuidar la manipulación de alimentos, sus motivos para hacerlo poco tienen que ver con la microbiología. Este albergue, que Esha llama Puerta Arsenal, parece más sucio incluso de lo habitual, pero sin duda le estoy imponiendo de forma injusta los estándares de una tecnología más avanzada. Al fin y al cabo, Lynesse es hija de una reina, así que supongo que este debe de ser el lugar más lujoso para hospedarse que tiene esta ciudad.

Cuando Esha se marcha, nos sentamos en la sala común con los curiosos. Redacto informes y tomo notas en mi agenda interna. Lynesse mariposea con los dedos e intenta no llamar la atención, algo que no le resulta difícil porque todas las miradas están posadas en mí. Al final trato de establecer conversación.

—Cuando viajé con tu antepasada, las cosas eran muy diferentes. Había un ejército y siervos y todo tipo de ceremonias, músicos, acróbatas y tiendas con barcos dorados.

—Lo siento. Son tiempos distintos.

Susurra las palabras y yo añado deprisa:

—No me importa. Soy un erudito. No necesito ejércitos ni siervos.

Lynesse levanta la mirada sospechando que miento, pero mi rostro se muestra neutral, y ella aparta los ojos deprisa. No obstante, advierto que algo se ablanda dentro de ella, y siento que he anotado un punto para la antropología social. Muchos de sus códigos giran alrededor de la obligación, desde y hacia el poder. La he liberado de sentir que me debe algo que no lograba darme. Por lo tanto, el momento de incomodidad social ha pasado. ¡Bien hecho, Nyr! De todas formas, sigue habiendo incomodidad, aunque de otro tipo, y me doy cuenta de que, aunque mis ojos han estado mirando a Lynesse, mi mente no ha dejado de ver a Astresse, que murió hace ya tanto. Esta conclusión no se debe al efecto de la bebida que estoy tomando, porque sus toxinas quedan neutralizadas al mismo tiempo que me las bebo, se trata de una filtración del SDC. Creo que tendré que apagar todo el sistema y sufrir una desoladora noche de miseria, duda y recriminación para poder enfrentar el día de mañana con la mente clara y despejada. Pero esto solo es la parte de malestar que me afecta a mí, claro. La suya no tiene tanto que ver conmigo sino con la gente que nos rodea y la misión que nos aguarda.

—El demonio que ha tomado los reinos del bosque y ha echado a nuestra gente no es como Ulmoth —dice en voz baja—. Nadie se ha presentado como el señor de los monstruos que secuestran la voluntad de la gente y corrompen los frutales y los estanques. Es una magia terrible que llega con el viento y arruina todo lo que toca. Pero, como no acude con espadas y amenazas, muchos de los que oyen hablar de ella tardan en creer en su existencia. —Deja la última palabra en el aire, pero la implicación está clara.

—No estás aquí con el beneplácito formal de tu madre —señalo.

Ella se encoge como si la hubiera tocado y niega con la cabeza.

—Soy un científico —le digo, o al menos lo intento, usando para ello las palabras más aproximadas de su idioma—. Acepté ayudar a tu familia contra amenazas tales como Ulmoth

porque son peligros que no surgen del orden natural de tu mundo o de tu cultura, así que es responsabilidad de los científicos ayudarlos. No importa que no cabalgemos al frente del ejército de tu madre.

Sospecho que he expresado todo esto de un modo bastante pobre, pero en este momento me da igual porque Lynesse me dedica una maravillosa sonrisa, y me doy cuenta de que temía revelarme que no contaba con la aprobación de su madre por sí, ante su falta de credenciales, yo me volvía al puesto avanzado. Es irónico, porque en casa es justo lo que la gente haría, tan prendados estamos todos de nuestras cualificaciones y nuestros propios procedimientos. Pero aquí estoy entre bárbaros. Siento que no es necesaria tanta ceremonia. Y hacer a Lynesse feliz, incluso sin querer, es agradable. Mis instintos racionales me dicen que es algo bastante alejado del punto de vista antropológico, pero al mismo tiempo es algo que quizá me ayude a dormir mejor esta noche.



Me despierto inmediatamente cuando mis sistemas de vigilancia detectan que me atacan. Es una experiencia compleja compuesta de: (1) una gran cantidad de efluvios emocionales negativos de mi estado durmiente transformándose al instante en adrenalina y pánico; (2) una serie de peticiones de alta prioridad de mis subsistemas defensivos que requieren que autorice varios niveles de acción, incluida la rutina terminal de anticontaminación que resultaría fatal para mí y para todos los que viven en esta comunidad.

De hecho, le doy el visto bueno a esta última porque acabo de despertar y no tengo ni idea de qué está pasando. Por suerte, no hay ningún satélite orbitando que pueda llevar a cabo la devastación correspondiente de forma inmediata y, en el instante siguiente, envío la contraorden y evito la catástrofe.

También consigo no aceptar el uso fuerza letal, pero como hay tres personas aferrándose en la cama y una de ellas sujeta un objeto punzante, doy el visto bueno al resto de peticiones y los ropajes con los que duermo liberan un estallido de calor, electricidad y radiación que aleja al instante a los tres atacantes de mí, con la piel llena de ampollas y las mandíbulas y extremidades flácidas por las respuestas galvánicas.

Me incorporo y los miro. Uno es el enjuto propietario y los otros dos son amigos suyos bastante más grandes. En el suelo, a sus pies, hay una herramienta para cortar. Mientras huyen de la habitación con gran griterío y con las manos quemadas y la ropa chamuscada, reconstruyo la escena en la que me he despertado.

Iban a cortarme los cuernos. Estoy realmente sorprendido. No tenía ni idea de que existiera una subcultura que pudiera hallar un mercado para tal rareza. De hecho, si hubieran tenido éxito en su propósito, habría necesitado fuertes analgésicos y tendría dificultades para comunicarme con los satélites, pero podría pasar más inadvertido entre los locales, lo que quizá es un sueño demasiado bonito.

Cuando salgo del hostel, que se ha quedado vacío de repente, veo que han atrapado a mis asaltantes. Al parecer, Lynesse ha revelado su verdadera naturaleza, y ella y Esha han reunido a varios oficiales locales. Cuando aparezco, todo el mundo me mira. Me doy cuenta de que, como la víctima putativa de sus crímenes, esperan que participe en su proceso judicial. Esto es, por supuesto, amontonar contaminación sobre contaminación. Siendo sincero, no solo soy el último antropólogo, sino el peor. Tengo suerte de que nadie vaya a volver para leer mis informes. Me mandarían de vuelta a casa en la primera nave.

Pensar en eso es tan tristemente gracioso que suelto una carcajada, y todo el mundo se queda en silencio. Miro al dueño del hostel y a sus cómplices, que van a sufrir bastante tiempo sus heridas. Sinceramente, no quiero empeorar mis errores. Me arrojo junto a ellos, donde los tienen sujetos con las caras aplastadas contra el barro.

—Me temo que vais a sufrir durante un tiempo, y quizá tengáis daños neurológicos irreparables. Es posible que la radiación os impida tener hijos. De hecho, es mejor que nadie entre en ese edificio durante al menos siete días para dejar que todo se airee un poco, ¿entendido?

A pesar de sus intenciones, parece que me he excedido. Me hubiera gustado haber podido barajar más posibilidades de respuesta hasta dar con algo más moderado. Sin embargo, mis palabras causan gran impresión en la multitud, de un modo que no alcanzo a comprender. Es suficiente para que los malhechores tengan permiso para levantarse y huir, al parecer han recibido castigo suficiente. Lo cual es... ¿bueno? No sé por qué siento que he empeorado las cosas.

Lynesse parece impresionada ante mi contención. Eso mejora un poco mi estado de ánimo. Casi me siento de buen humor ahora. Quizá pueda dejar que el SDC se enfríe un poco mientras tanto. Siento que... encajo, a pesar de que mi papel sea el de un aterrorizador extranjero. Soy parte de un guion cultural que esta gente entiende, y este es un pensamiento extrañamente reconfortante. No he pertenecido a ningún sitio durante mucho tiempo. Como el solitario ocupante del puesto avanzado, no tenía ningún lugar al que pertenecer.

Lynesse

Estaba claro que la muchedumbre no iba a dispersarse pronto, así que Lyn decidió tomar el control de la situación. Ya había tenido que revelar quién era y vestía el gorjal de cobre sobre el cuello, destacando así que los asuntos que la ocupaban competían a la Corona. No era cierto, claro; aquella no era la primera vez que el gorjal de cobre recibía un mal uso. Lo sentía frío e incómodo sobre el cuello, y estaría encantadísima de arrancárselo.

Pero era obvio que la gente de Sobresquife creía que se les debía una explicación, y Lyn decidió que, con su tapadera echada a perder, más valía capitalizar la situación.

—Sí, soy la Cuarta Hija de la Reina, acreditada emisaria de mi madre en tiempos de crisis. — Si ibas a mentir, mejor hacerlo a lo grande—. Ha llegado a sus oídos la noticia de la amenaza que crece al otro lado del río, en Bosquedenso, y ha invocado su vetusto pacto con el Ancestro Nyrgoth, el último de los antiguos hechiceros. ¡Viajamos juntos para confrontar al demonio y mandarlo de vuelta a su ominoso reino de tinieblas!

Muchos de los que la estaban escuchando se habían refugiado allí, al otro lado del río, huyendo de Bosquedenso, así que obtuvo una respuesta mucho más entusiasta de lo que pretendía. La docena de feudos del bosque en liza no eran prioridad de nadie, ni eran ricos ni de importancia estratégica, y por regla general siempre estaban enfrentados. La idea de que la reina de Lannesite fuera más allá de permitir a regañadientes que un grupito de refugiados cruzara a su territorio era mucho más de lo que nadie esperaba. Con buenos motivos, como Lyn bien sabía.

Los rumores viajarían hasta el palacio a toda velocidad, y su madre sacaría una maravillosa espuma por la boca, como cantaban las canciones, pero para entonces Lyn y sus compañeros ya estarían al otro lado del río enfrentándose al demonio. Y estaba segura de que su madre no podría reprocharle nada al volver a casa tras haberlo vencido.

Una vez que terminaron los discursos, y Esha fue a conseguirles un pasaje seguro en el transbordador que cruzaba el río, Lyn se acercó al hechicero, que estaba sentado en un banco fuera de la posada. Él levantó la mirada a medida que ella se acercaba y sonrió, algo que la dejó descolocada. Se había acostumbrado a su semblante adusto y severo, como si nada del mundo mortal pudiera rozarle o interesarle en lo más mínimo. Ahora había una ligera flexión en la comisura de su boca, y eso hacía que pareciera infinitamente más joven y vulnerable.

Habían intentado quitarle los cuernos. Recordó las historias de bestias mágicas cuyos cuernos, al ser cortados, otorgaban al portador extraños poderes o curaban maldiciones, y al parecer, el malicioso posadero creía que lo mismo ocurría con los de los brujos. Culpa suya, por llevarlo a un lugar tan putrefacto, pero había esperado pasar desapercibida en aquel hostel, ocultar su identidad bajo la sombra del hechicero. Cuando todo saltó por los aires, sufrió un instante de profundo desagrado por su propia inocencia y por lo mal que se le daba aquello. Pero el mago ni siquiera se había ofendido, lo había asumido todo con un sorprendente estoicismo y no le había

importado lo más mínimo que ella no contara con la acreditación real para llevar a cabo su misión.

—Ha sido un gran castigo el que les has impuesto, Ancestro Nyrgoth —dijo con un tono respetuoso.

Su expresión —porque ahora tenía expresiones— era de un extraño desconcierto.

—No te comprendo, Cuarta Hija —dijo, de aquel modo tan raro, usando los títulos sin los nombres adecuados. Se preguntó si debía dirigirse a él simplemente como «hechicero», como un insulto.

—Vaticinaste que tus atacantes jamás engendrarían ni tendrían descendencia, y maldijiste la posada —dijo—. Fue magia real. —Era probable que tales cosas fueran algo de lo más común para los hechiceros, pero a ella le había impresionado. Matar el linaje completo de una persona sin más que una palabra, condenar a todas sus generaciones venideras, era la venganza de un mago. Seguro que, a partir de ahora, en Sobresquife serían más cautelosos con la hospitalidad.

De pronto, el Ancestro Nyrgoth se mostró irritado.

—No hay magia, tan solo el uso apropiado de las fuerzas universales.

Lynesse asintió despacio. Le parecía la definición de magia de un académico. El hechicero estaba ahora de mal humor. No había tenido intención alguna de disgustarlo; no entendía muy bien por qué se había ofendido.

Un instante después volvía a tener un rostro inexpresivo, que solo indicaba indiferencia por ella y su ignorancia.

—Disculpame —dijo, evidentemente apenado—. No debería contarte estas cosas. —Y eso, claro, seguramente era cierto. Los hechiceros eran celosos de sus secretos.

En ese momento volvió Esha.

—Lyn, todo listo para partir.

Puso una nueva espada en las manos de la princesa para remplazar la reliquia familiar que el monstruo volador había destrozado.

—En el transbordador no sabían si cobrarme el doble por el hechicero o llevarnos sin pagar nada. —Esbozó una amplia sonrisa—. Por cierto, tengo algo especial que conseguí anoche. Uno de los refugiados tenía un pedazo del demonio. Pensé que el Ancestro podría echarle un vistazo. —Miró inquisitivamente al mago, que se desperezó y se levantó. No se movía ni como un joven ni como un viejo, era como si proviniera de un lugar fuera del tiempo.

De camino al muelle, Esha esperó al mago para caminar junto a él, y Lyn la oyó murmurar:

—No quisiera yo aconsejar a un ancestro...

—Dime —dijo el hechicero.

—No has estado en contacto con gente en años, desde el reino de la Regente Astresse, ¿verdad?

—Así es.

—Dirigirse a alguien solo por su título se considera... de mala educación. Lynesse Cuarta Hija no te lo dirá, pero es como si la consideraras una cosa. Si me llamas Marca Libre cuando hablas con otra persona, está bien. Pero si me llamas Marca Libre cuando te diriges a mí, me estás faltando al respeto, como si no valiera la pena destacarme del resto de gente, ¿entiendes?

Lyn deseaba con todas sus fuerzas que su amiga hubiera mantenido la boca cerrada. El hechicero se detuvo y se quedó mirándola fijamente.

—¿Así funcionan las cosas? ¿Cómo se me ha escapado este conocimiento?

Esha se encogió de hombros.

—Imagino que por haber estado alejado durante tanto tiempo del mundo de los hombres, Ancestro Nyrgoth. O eso creo yo.

Y de nuevo, igual que tras el ataque, el Ancestro no se había ofendido con nada de esto. De hecho, parecía bastante contento de haber aprendido algo, y empezó a caminar con más garbo en dirección al agua. Lyn pensó que era raro que a un antiguo hechicero le quedaran cosas por aprender.

La tripulación estaba compuesta por tres mujeres del pueblo de Esha, que hicieron una reverencia a Lyn con el respeto justo que la gente de la costa usaba con cualquier persona de rango superior fuera de su jerarquía local, lo suficiente para no ser consideradas insubordinadas. Observaron con cautela al hechicero, y contuvieron la respiración cuando subió al transbordador, temiendo que la madera de la embarcación reviviera y le salieran ramas con hojas o que se transformara en un pez.

—Me sorprende que no pueda caminar por encima del agua —dijo una de ellas, con intención obvia de que el Ancestro no la escuchara, pero Nyrgoth giró la cabeza y contestó sonriente:

—Supongo que podría, pero sería una gasto de energía innecesario. —Y con aquello las acalló para el resto del viaje.

La pieza que Esha había conseguido tenía una pinta repugnante, parecía una garra. Era un espolón curvado de unos quince centímetros que había pertenecido a alguna criatura, moteado de negro y verde, con el extremo roto y algo incrustado parecido a escamas. Venía envuelto en una buena tela y, supuestamente, el vendedor había sido visir de uno de los pequeños reinos del bosque. Una afirmación bastante fácil de hacer para cualquiera, pensó Lyn, aunque, en verdad, aquella era una tela de muy buena calidad.

El Ancestro Nyrgoth se sentó en medio del bote con la tela extendida sobre el regazo y estudió aquella cosa sin tocarla, aunque a ratos acercaba las manos y hacía una especie de gestos místicos en el aire. Cuando ya se aproximaban a la otra orilla, volvió a envolver el horripilante objeto y frunció el ceño.

—Si tuviera mi torre, podría sacar más información de esto —le dijo a Lyn—. Pero creo que han mentido a tu amiga. No veo estructuras artificiales. No es una reliquia de tiempos ignotos, como las que poseía Ulmoth. Puede que tu gente esté siendo ahuyentada por algún animal desconocido del bosque.

Lyn se contuvo mientras desembarcaron, y se contuvo cuando Esha pagó a la tripulación de la embarcación y el bote se alejó. Incluso logró contenerse mientras cruzaban el espacio preñado de tiendas de campaña que había sido el mercado de la orilla de Bosquedenso, apartando la mirada del sufrimiento de los centenares de personas que habían llegado hasta aquí y no habían podido ir más lejos. Sin embargo, la rabia fue creciendo en ella todo ese tiempo, y sintió que su control era más débil a cada instante que pasaba. Quería montar una escena allí mismo, donde todos

aquellos exiliados pudieran oírlos. Quería que compartieran con ella lo que pensaba de las palabras del hechicero y que se unieran a ella en su repulsa.

El Ancestro Nyrgoth no era consciente de la reacción de la princesa, así que, cuando al fin ella no pudo contenerse más y, en cuanto dejaron atrás el campamento y se internaron en el bosque, le amonestó, le pilló con la guardia baja.

—¡No, no creo que toda esa gente haya sido expulsada de sus casas por un simple animal! —gritó—. Tampoco creo, Ancestro Nyrgoth, que los habitantes de los pueblos del bosque, que llevan todas sus vidas y las de sus antepasados viviendo en estas tierras, sean incapaces de reconocer a un animal de estos bosques, ya sea un depredador o una presa. Creo que hay un demonio y creo que, como dicen, ese demonio puede controlar las mentes y se alimenta de la gente, y no es posible combatirlo por medios ortodoxos. En cualquier otro caso, nunca me habría arriesgado a despertar la ira de mi madre y poner en peligro mi propia vida para llegar hasta tu torre y traer a colación el pacto entre nuestras familias. ¡Es hechicería que necesita ser resuelta con hechicería! ¡No un animal que caería bajo arco y lanza!

Terminó las últimas frases gritando muy fuerte, pero, de pronto, se detuvo horrorizada al darse cuenta de lo imprudente que había sido. En su interior era amargamente consciente de que en realidad estaba quejándose de su madre y de su corte porque habían dicho lo mismo que el hechicero. Y si —solo «y si»— ellos y Nyrgoth tuvieran razón y no existiera demonio alguno ni brujería, entonces habría cometido un acto de incalculable estupidez y la mala opinión que tenía todo el mundo sobre ella quedaría confirmada para siempre.

Durante un instante, en el rostro de Nyrgoth pudo verse pánico, horror, ofensa, dolor y miedo, todas estas expresiones compactadas en aquellos rasgos aguileños, y ninguna de ellas era la que un hechicero debería mostrar. Pero entonces, al momento siguiente, no quedó ni rastro de ellas, como si solo hubiera sido cosa de la imaginación de Lyn. De nuevo, contemplaba el terco y serio semblante del hechicero. Imaginó que ahora sí que se iría, quizá caminando sobre el agua como había dicho o desapareciendo en el aire.

—Lo siento —susurró, como si fuera una niña delante de un montón de jarrones y ventanas que acababa de romper, sabiendo que el arrepentimiento era demasiado poco y llegaba demasiado tarde. Las palabras rebotaron en la tez de Nyrgoth, pero entonces él inclinó la cabeza un poco, el gesto de un superior aceptando las disculpas de un inferior, lugar que ella suponía que le correspondía.

—Soy yo quien debe pedirte perdón, Lyn —dijo—. Estos son tus rituales. No soy nadie para restarles importancia. Deberíamos continuar la caza de tu demonio.

Lynesse se quedó de piedra, sintiendo de nuevo una profunda incomodidad. Nada que el hechicero dijera o hiciera parecía ser correcto. ¿Acaso creía que ella no se daba cuenta de que se estaba burlando?

—Sí —logró decir, con una sonrisa forzada—. Deberíamos. Y evitaremos las ciudades siempre que podamos.

Nyr

Esha Marca Libre es un caso fascinante. Su pueblo pez surgió de una biomodificación de primera generación de los colonos. Los archivos originales que he visto no mencionan ningún plan para que su capacidad de respirar y ver bajo el agua fuera hereditaria, pero alguien decidió que era un costo de energía que valía la pena. Los pulmones de Esha pueden cambiar a un modo de alta eficiencia adaptado para extraer niveles bajos de oxígeno disuelto en el agua. También es muchísimo más pálida que la mayoría de nativos de esta región del mundo e imagino que lo paga con quemaduras solares y problemas cutáneos. Desde el punto de vista de mi profesión, el pueblo pez es un grupo étnico autónomo que cruza fronteras estatales a voluntad usando los canales acuíferos, y no otorga fidelidad explícita a ningún gobierno. Esto les permite llevar a cabo roles como comerciantes, mensajeros y emisarios, así como, sospecho, espías y contrabandistas. Además, como son muchas las rutas comerciales que dependen de sus embarcaciones no corren el peligro de ser perseguidos. Cualquier Estado que tomara acciones contra ellos acabaría sufriendo hambrunas y en banca rota.

Todo ello, sumado a la libertad de viajar y la exposición a incontables actos de pequeña diplomacia, ha dado como resultado a alguien como Esha. Según cuenta ella misma, ha llevado una vida de viajes, casi siempre alejada de su pueblo y de sus ríos. Es toda una lingüista y ha intentado chapurrear mi propia lengua nativa, cazando similitudes en su propia red de lenguajes locales. Tales similitudes están limitadas a las palabras humanas más basales, pero están ahí, y ella es lo bastante hábil como para encontrarlas. Es muy inteligente y conocía bien el paisaje que transitamos antes de que ese «demonio» llegara. Lyn no solo ha contratado sus servicios como guía, sino también como compañera. Yo diría «acompañante», pero recuerdo de mis tiempos con Astresse que las mujeres de las clases gobernantes, luchadoras e itinerantes están, por lo general, mejor entrenadas en las artes marciales que sus contrapartes masculinas. Las mujeres artesanas y campesinas asumen menos riesgos, según recuerdo, pero las clases más altas suelen despilfarrar la sangre de sus mujeres y, a menudo, incorporan herederas adoptadas a sus linajes para remplazar las pérdidas. Esto conduce a una sociedad con una dinámica donde los plebeyos meritorios que suben escalones como Esha no son algo inaudito.

Estamos a tres días del río, y las cosas se han puesto raras entre nosotros, motivo por el cual he dedicado tanto tiempo a actualizar mis notas profesionales. Quizá Lyn todavía se siente mal por su reacción explosiva, del mismo modo que yo estaría dolido por mi propia insensibilidad si desactivara el SDC un solo instante desde que pasó. He intentado hacer las paces con ella, pero cada vez que digo su nombre o me dirijo a ella se pone en guardia, con una expresión que al principio interpreté de alegría, pero que ahora identifico como algo totalmente forzado. Al parecer, todavía me sale mal. He estado pensando en qué era diferente con Astresse, pero la respuesta es «todo», así que no hay nada que hacer. Recordar que Lyn no es Astresse es bastante sencillo con la disociación cognitiva, pero el parecido es tan chocante que temo por mi salud

mental cuando tenga que bajar la protección. Y tendré que hacerlo pronto para sumergirme en mis emociones, que mis informes indican que son muy negativas y que no he aligerado desde que nos alejamos del río.

No sé a ciencia cierta dónde estamos. ¿Existe una bestia? ¿Hay algún señor de la guerra, aunque lo que Esha me ha enseñado no tenga nada que ver con la antigua tecnología colonial? ¿O esta es una especie de aventura ritual a la que me han arrastrado para que, quizá, la hija menor de la reina pueda demostrar que es digna de ser la protagonista de una leyenda? Quizá el demonio está solo en su mente. Aunque decirlo es seguramente tabú.

Hemos estado viajando a través de un bosque denso, por senderos que solo puede ver Esha, y sospecho que la falta de sol directo agrava la sensación general de opresión que estoy manteniendo a raya, además de la interferencia que supone para la recarga de mi ropa y los sistemas internos. Necesito encontrar un momento para alejarme de los demás, aunque solo sea una noche, para poder desactivar el SDC. Mi cuerpo ha estado soportando la amarga bioquímica de todos esos sentimientos, lo que significa que ahora tengo que pagar el precio, la brecha entre la mente y la materia, por decirlo de algún modo. Cuanto más tarde en encontrar mi equilibrio, peor será la reanudación. No puedo seguir evitándolo. Experimento momentos de pánico y ansiedad que no tienen una causa inmediata, ya que el impulso que los generó llegó y se fue horas o incluso días antes. Surgen y me paralizan la mente durante varios minutos, lo que me resulta más difícil de afrontar porque están desprovistos de contexto. Es como si las partes emocionales de mi mente fueran como un sótano en el que he encerrado cosas muertas, y cuando abro la puerta..., salen de él gusanos y moscas que se alimentan de la carroña. Pero, a pesar de todo, debo hacerlo, pues tanto el pestillo como las bisagras están a punto de romperse.

—Lyn —digo al fin—, tengo que... —Voy a mentirle—. Tengo que estudiar las estrellas. — Una excusa ridícula, pero ella asiente, otra vez con la misma sonrisa tensa en su rostro.

—Por supuesto, Ancestro Nyrgoth. —Su mirada se desliza hacia un lado para encontrar a Esha—. Más adelante está Watacha, la ciudad-Estado. Lo último que oímos es que la Regente Elhevesse aún conserva el poder allí, por lo que es posible que nos conceda ayuda o incluso tropas. Estudia las estrellas esta noche, recurre a tus presagios. Llegaremos a Watacha mañana al mediodía. ¿Te parece bien, Nyrgoth?

—Nyr —le digo—. Mi nombre es Nyr. Nyr Illim Tevitch.

Ni siquiera se trata de una abreviatura, pero no veo la necesidad de cargar con un sufijo como si se tratase de un pesado abrigo cuando el resto de la gente se deshace de ellos.

De nuevo una expresión tensa cripa y dilata aún más su rostro. Aparentemente, he vuelto a decir algo incorrecto; otra vez. Sin embargo, contengo una nueva hemorragia emocional de frustración, ira y tristeza; ninguna de ellas parece pertinente dado el contenido de la conversación. Salvo que, tal vez, solo deseo que se dirijan a mí con mi auténtico nombre, aunque sea una vez.

Esa noche descubro que Esha conoce el terreno muy bien porque, sin haber tomado ningún desvío evidente, encontramos un claro en el bosque, el primero que vemos. Se trata de un claro hecho por el hombre, como resultado de algún tipo de tala de madera o de quema de carbón o de alguna otra actividad ganadera. Les dije que quería observar las estrellas y han tomado mis palabras al pie de la letra. Otra losa de culpabilidad se cuele a hurtadillas en la gran torre de dolor que está a punto de derrumbarse sobre mí al darme cuenta de que las he hecho actuar bajo falsos pretextos.

—Necesito estar solo, por razones académicas —les explico—. Volved a buscarme después del amanecer.

Intercambian una mirada, pero no puedo descifrar su significado.

—¿Y si la bestia te atrapa? —dice Lyn.

Estoy desconcertado.

—¿Vuestro demonio?

—Tu bestia, la que te sigue. —Frunce el ceño, y las palabras salen de su boca como si estuviera recitándolas—. La bestia de la que nos hablaste.

Durante un buen rato no tengo ni idea de a qué se refiere, tengo la mente en blanco. Nos limitamos a mirarnos fijamente. Entonces los sistemas de apoyo lingüístico entran en acción y me doy cuenta de lo que quiere decir.

—Por eso he de quedarme solo esta noche —les explico—. Debo solucionar ciertas cosas antes de que sea demasiado tarde. —Hago un esfuerzo por recordar las palabras exactas que utilicé la vez anterior. No estoy seguro de si la princesa piensa que la bestia existe literalmente o no, como tampoco estoy seguro de si su «demonio» es real o solo simbólico. Quiero sentarme con ella y explicarle las cosas, pero el esfuerzo que eso requeriría me resulta insoportable, y cada vez soy más consciente de que mi comprensión de la lengua y la cultura de este lugar es sencillamente inadecuada, pese a los siglos de recopilar información.

A pesar de todo, me dejan en el claro, y al menos sé que mis defensas están a la altura de cualquier bestia que pueda aparecer. O eso dice la cacareada objetividad del cerebro intelectual disociado.

Me siento en mitad del claro, sobre el tronco de un árbol que, supongo, alguien ha considerado que no era apto para leña, y desactivo el SDC.

Bueno, tampoco es para tanto. Puedo quedarme aquí sentado y reflexionar un rato sobre la situación. Es decir, se trata de una aventura, ¿no? Más aún, a pesar del riesgo de contaminación cultural, la primera regla del manual de buenas prácticas antropológicas que todos tuvimos que firmar, estoy aprendiendo más sobre mis sujetos de estudio de lo que podría aprender con las grabaciones de vídeo y las escuchas clandestinas realizadas con los drones. Cuando regrese al puesto de avanzada, tendré el informe más completo que podría hacer para archivar. Podré pasar horas dichas revisando todo mi trabajo anterior y restregárselo por la cara a mi comunidad académica compuesta por una sola persona, ya que ¿qué más puedo hacer? Cuando termine con esto, ¿qué otra cosa me espera sino los ecos de la torre y el silencio puntuado por la estática de las comunicaciones, la fría cama de suspensión y largos siglos?

Sutler, Bennaw y Porshai se marcharon a casa cuando los llamaron, pero todos nos dijimos que era algo temporal. Recuerdo lo emocionados que estábamos por cómo iba el trabajo aquí. Era mejor dejar a alguien para recopilar datos y así poder volcarnos todos en el estudio cuando ellos volvieran. Me presenté voluntario encantado. Tenía el sistema de suspensión y el satélite y, además, no iba a ser tanto tiempo. Unas cuantas veces despertándome y volviendo a dormir, para mí; unas cuantas generaciones, para la población local. Pero los lugareños mueren, y eso forma parte también del estudio. Podemos ver cómo tratan a sus muertos y escribir brillantes disertaciones sobre lo que creemos que representan sus rituales, pero nunca sabremos qué significan realmente o cómo se sienten. Porque la antropología no sirve para eso. No sirve para saber cómo vive un nativo de Sofos 4 ni de ninguna de las colonias humanas de la diáspora arrojadas al frío abismo del espacio por una humanidad desesperadamente optimista. No, la antropología sirve para escribir fríos trabajos académicos, con el SDC activado para una máxima objetividad, sobre los posibles significados de los estilizados rostros rojos que colocan en las urnas de cremación. He localizado diecisiete posibles orígenes culturales para esa imagen, y la mayoría de ellos sitúan como punto de partida el logotipo de uno de los contratistas coloniales de antaño, el cual tiene un claro parecido con la señal funeraria. ¿Cómo se convirtió un fabricante de ropa en un presagio de la muerte? Mmm..., sí, todo muy interesante académicamente. Y, por supuesto, lo único que no debía hacer era preguntar, porque ¿qué podían saber los lugareños de todo eso? Escribí un montón de tonterías, y ahora puedo mirar atrás con un tipo muy diferente de objetividad y decir, como conclusión formal al grueso de mi trabajo académico, que todo es un maldito disparate. Lo más probable es que no habría sido de interés o relevancia para nadie, incluso si Sutler, Bennaw y Porshai hubieran regresado, incluso si las comunicaciones no se hubieran ido reduciendo hasta quedar en un maldito silencio y no se hubieran vuelto a activar. Pero ahora, ahora, ¿de qué sirve todo lo que he hecho?, ¿qué importancia tiene quién soy, cuando nadie va a volver a por mí y cuando nada de lo que tengo es relevante para ningún otro ser humano en este planeta?

Creen que soy un mago. Creen que soy un maldito mago. Eso es lo que soy para ellos, un extraño duende de otro tiempo con poderes mágicos. Y, literalmente, carezco del lenguaje necesario para convencerlos de lo contrario. Cuando hablo con ellos, digo «científico», «erudito», pero, en su idioma, ambos conceptos son sinónimos de «mago». Me imagino hablando con Lyn, diciéndole: «No soy un mago, soy un mago o, en el mejor de los casos, un mago». No es divertido. He vivido una vida muy larga y no ha significado nada, y ahora estoy en una puta búsqueda con dos mujeres que no saben qué son los gérmenes, ni la fusión nuclear, ni las teorías antropológicas del valor.

Y, por supuesto, soy absoluta e intelectualmente capaz de comprender que toda esta gran oleada de sentimientos negativos en realidad no está provocada por las cosas a las que la atribuyo. Esto es algo generado por mi bioquímica, cultivado en mi cerebro basal, hígado e intestinos, y que después es liberado para vagar como una bestia sin rostro por mi cuerpo hasta que llega a mis centros cognitivos, los cuales buscan la preocupación del día para colgarle la etiqueta. Aunque tengo problemas reales, soy consciente de que estos no son la causa que provocan en mí este peso aplastante, estos ataques de miedo repentinos, los temblores, el terror

vertiginoso y desgarrador que me deja paralizado. Estos sentimientos solo son aliados de conveniencia para mi mente racional, como una muchedumbre llevando en volandas a un demagogo circunstancial que se abandona poco después en favor de otro mejor. Y aunque en el fragor provocado por mis sentimientos pueda reconocer todo esto, es algo que tampoco me ayuda mucho. «Conócete a ti mismo», escribió el sabio, pero, aunque me conozco a mí mismo mejor que a nadie, ese conocimiento no me proporciona poder alguno.

He hecho el gran tour de la situación interplanetaria, siempre mi favorito cuando intento encontrar el motivo que me ayude a entender por qué me siento tan mal. Me deja hueco, sin energía. He bajado del tronco y ahora estoy tumbado de costado en el suelo, hecho un ovillo. Aunque nunca me ha interesado la religión, aparte de como tema de estudio en otros sujetos, en mis momentos más funestos de desesperación siempre encuentro a Dios y le pido ayuda, porque solo una fuerza exterior omnipotente podría levantar la roca que me oprime. Pero Dios se aleja con paso ligero hacia el inconsciente colectivo. No le importa. ¿Por qué tendría que importarle? A mí no me importaría.

Durante un instante casi puedo aceptarlo todo y siento un breve respiro. Probablemente, ahora debería haber encendido el SDC, pero el problema es que no quiero hacerlo. Puede que sea una obviedad, en realidad. Quizá nunca debería apagarlo. Sin embargo, está construido con un sistema de seguridad que me recuerda que llevo un tiempo sin desahogarme, por lo que llega un momento en que tengo que hacer lo que estoy haciendo ahora. Además, llevo demasiado tiempo sin hacerlo. Lo que es contraintuitivo es que, como soy tan idiota, cuando estoy en el pozo, una parte de mí no quiere salir de él. Sí, es una pesadilla estar aquí abajo, pero, por otro lado, nadie me exige nada, ni siquiera yo mismo. Si enciendo otra vez el SDC, me levanto y vuelvo con Lyn y Esha, entonces tendré que hacer algo. Tendré que hacer mi maldito y horrible trabajo sin sentido, y tendré que seguir con este estúpido viaje sin sentido con ellas, y cada instante será incómodo, tenso y desafortunado.

Porque Astresse está muerta y nada es lo mismo. Un nuevo ladrillo que añadir a la torre de la recriminación. Regente Astresse, que fue feroz y audaz y hermosa, que iluminó un breve mes de mi vida, está muerta hace tiempo. Murió mientras yo dormía, y luego sus descendientes también murieron, y después los descendientes de estos envejecieron. Intelectualmente, sé que ya estaba lidiando con estos problemas cuando estaba con ella, pero a la traicionera luz de la memoria, ella era gloriosa como el sol, aunque un sol al que mi memoria honra solo al comprender lo terriblemente oscuro que se ha hecho ahora que ya se ha ido.

Sí, es verdad, el coro menor empieza a recordarme que Astresse fue también la fuente de mi peor falta de profesionalismo, que me reprenderían por culpa de eso si alguien volviera a por mí y revisara el caso, pero nadie va a volver a por mí... Sin embargo, ni siquiera estos problemas rutinarios son lo que más me afecta, lo que no puedo soportar es que esté muerta, que no pueda recuperar aquellos días, cuando hice cosas estúpidas, muy estúpidas, impropias de un académico serio, cuando cabalgaba a la guerra junto a una reina guerrera que amaba, a pesar de las absurdas diferencias de edad, cultura y genética.

Me vengo abajo, o quizá todo es culpa de la depresión, o tal vez sean ambas cosas. De repente no puedo contener los sollozos, y me encuentro tumbado en un claro del bosque en un mundo

donde han olvidado todo lo que sabían sobre los viajes espaciales, llorando como un niño por una mujer que conocí durante un fragmento de tiempo tan breve que, comparado con el resto de mi vida, bien podría no haber existido nunca.

Es catártico; es agotador. Y por fin me quedo dormido, mis demonios corren tan desbocados como su presa.

Por la mañana estoy cubierto con una manta. Probablemente, podría encontrarle una explicación positiva, si fuera capaz de deshacerme de estas nubes que me rodean, pero sé que lo único que significa es que Lyn y Esha estaban observándome. Es probable que incluso empuñaran sus espadas al creer que había una bestia real a la que podrían enfrentarse. En lugar de un combate, vieron como el aclamado mago lloraba y temblaba como un niño, y ese es otro motivo más para que me sienta físicamente enfermo.

Me quedo tendido un buen rato a la débil luz del sol, sobre el suelo húmedo, tratando de decidir si enciendo el SDC. Tomar esa decisión es como subir una colina que parece infinita. Es mucho más fácil dejar que los sentimientos negativos se hagan los dueños del lugar, acurrucados en el último armario cerrado de mi mente.

Pero al final, no sé muy bien cómo, doy la orden, la cual fue diseñada para que fuera realmente fácil de dar, precisamente por esa razón. Muy bien, listo para enfrentarme a un nuevo día. Me levanto y noto cómo la ropa se empieza a secar. Hoy visitaremos otra comunidad, esta vez como cazadores de demonios oficiales, para reunirnos con el gobierno local. Y yo me quedaré en la parte de atrás tomando notas y todo quedará recogido en los informes. Bien. Perfecto.

Las lecturas de mis sistemas internos me indican que los excesos de anoche no han hecho mucha mella en mi equilibrio emocional, lo que siempre es el problema con estas cosas. Al fin y al cabo, la depresión no es un juego de suma cero. Pero, al menos, ahora puedo volver a funcionar con normalidad, y el sufrimiento debería ser mínimo. Voy a intentar mantener la calma y evitar provocaciones innecesarias.

Vuelvo al campamento de Lyn y Esha. Me observan, y yo escudriño sus rostros en busca de sentimientos como la lástima o el asco, solo para poder pasar página. Sin embargo, parecen extrañamente impresionadas, y me doy cuenta de que he encontrado otro punto débil en mi comprensión de este mundo. Su cultura no es abiertamente emocional. Hay reglas estrictas sobre la intimidad y la formalidad. ¿Qué significa para una persona adulta tener una intensa crisis emocional? ¿Qué significa cuando la condición de ese adulto es tan peculiar como la mía? No tengo la menor idea, pero por lo visto, de alguna forma, es... honorable. Tal vez es un lujo concedido solo a ciertos roles sociales, ya sea a los poderosos o a los forasteros de tierras remotas. Tal vez tengo alguna función secundaria, algo parecido a un pararrayos de rabinos, para que otras personas puedan mantener la calma.

~

Watacha está rodeada por una empalizada de madera. Probablemente, fue construida para albergar a unas mil personas. Está situada en lo alto de una colina que tiempo atrás fue despejada

de árboles y que cuenta con la mejor vista posible del terreno circundante, el cual está cubierto por completo de árboles. Los distintos feudos forestales tienen una población reducida y no disponen de agricultura extensiva, sino que cultivan el bosque mismo, por lo que es difícil distinguir la frontera entre la naturaleza y el trabajo del hombre. La colina está repleta de tiendas de campaña y refugios improvisados, indicativo de un importante desplazamiento de población, ya sea por causas demoníacas o de otra índole. Sigo preguntándome si le están dando personalidad a alguna fuerza natural, una peste, enfermedad de los cultivos o incluso a un cisma político. Sus lenguas utilizan un gran número de calificativos, lo que significa que tengo dificultades para distinguir las metáforas de las descripciones literales. Cuando hablan, nunca se refieren a nada simplemente tal y como es.

Las marcas de rango de Lyn nos abren las puertas. Dentro de la empalizada, la ciudad está abarrotada y las mujeres armadas que nos recibieron en la puerta tienen que abrirse paso a empujones y codazos por las calles. Al cabo de un rato tengo que apagar mis sentidos olfativos porque el hedor a demasiada gente y poca agua se vuelve intolerable. Este lugar no tardará en estar plagado de enfermedades, si es que no lo está ya.

No nos recibe la Regente Elhevesse, sino una mujer de edad aproximada a la de Lyn, sentada en un trono de madera tallada demasiado grande para ella. Se trata de Jerevesse Tercera Hija. La lengua que habla es de la misma familia que la de Lyn, aunque extrañamente acentuada y salpicada de palabras prestadas de otros grupos lingüísticos, por lo que debo esforzarme para traducir lo que dice. Mis léxicos internos hacen todo lo posible por rellenar los huecos, pero el dialecto es desconocido, así que siempre voy un poco por detrás cuando las mujeres hablan entre ellas.

Observo a Lyn y me doy cuenta de que no se ha tomado muy bien el hecho de ser recibida por una Tercera Hija. Al principio, los tres pensamos que Elhevesse no nos está tomando en serio, pero no es así. Elhevesse salió al frente de un grupo de soldados hacia el oeste del bosque hace cinco días para enfrentarse al demonio. Desde entonces, no hay noticias de ellos.

Lyn se queda inmóvil mientras digiere la noticia. Está de pie, muy recta y con el rostro muy tranquilo, y Jerevesse se sienta con elegancia regia, su rostro también muy tranquilo. Esha permanece algo más atrás y mira hacia abajo, por lo que su rostro, tranquilo o no, queda en sombras. Y, de repente, como si se tratase de un libro que acabara de abrirse, percibo todas las pequeñas señales que ponen de manifiesto las emociones que están en liza. Los dedos de la niña-reina, la Tercera Hija, están blancos por la presión que ejercen entre ellos. Lyn aprieta los puños como bolas anudadas con una tensión totalmente ausente en su rostro. Llegamos unos días demasiado tarde y ahora todo está perdido. Al parecer, este era el plan, pero nadie consultó a la reina de Watacha y ahora no hay ejército, solo una multitud de personas hambrientas, enfermas y asustadas.

—¿A quién has traído? —pregunta Jerevesse—. ¿Quién permanece como una sombra a tu espalda?

Al principio creo que se refiere a Esha, pero, por supuesto, se refiere a mí.

Lyn se anima un poco. No dispone de un ejército, pero al menos tiene un mago. Me presenta ante la Tercera Hija y me siento algo alarmado ante el reconocimiento que nuestra anfitriona le

da a esta información.

—¿Puede vencer al demonio?

—En los tiempos de mi bisabuela, sus poderes derrotaron a Ulmoth y destruyeron a sus huestes monstruosas. Es el último de la antigua raza de los hacedores —dice Lyn, y me mira con tal esperanza y asombro que estoy a punto de mirar por encima del hombro para ver de qué superhombre está hablando. Los mensajes de mis sistemas internos se disparan: probablemente debería sentirme halagado, pero mi reacción natural y reprimida a todo esto es sentirme molesto. Levanto una mano para detener la deriva de aquella conversación, pero es demasiado tarde.

—Es un asunto de gran importancia —recalca Jerevesse—. Mi pueblo lleva días conociendo solo la derrota.

—Entonces deja que traigamos la victoria —dice Lyn rápidamente. Se le ha iluminado el rostro, porque la están tomando en serio, pero la única razón soy yo, y yo no soy. . . No soy. . .

Soy impasible. Soy clínico. Qué fascinante ritual popular. Digno de una nota a pie de página cuando regrese al puesto de avanzada. «Creencias primitivas y los resultados negativos de las mismas», una monografía de Nyr Illim Tevitch, antropólogo de segunda clase.

Lynesse

Observando los rasgos impasibles del hechicero, Lyn envidió su calma. Ella cambiaría una noche de agonía y llanto por ser capaz de enfrentarse al fracaso mientras brillaba el sol. Y sí, se había arrastrado por el suelo para espiarlo, con su nueva espada en la mano por si aparecía la bestia. Había visto cómo se quitaba la máscara. De niña, le habían contado una historia sobre un mago que vivía cien años y que cada amanecer se mostraba apuesto y sin arrugas como un joven de cuatro estaciones tormenta, pero (como descubrió su incauta novia) cada noche envejecía todos sus años, de golpe, convirtiéndose en un ser horrible, enjuto y con extremidades delgadas como ramas. Ancestro Nyrgoth no envejecía, a pesar de todo lo que había visto a lo largo de los siglos. En cambio, lo que le sobrevenía por la noche debía de ser consecuencia de toda una vida de miedo, temor y angustia, todas las pequeñas emociones a las que debe enfrentarse la gente normal, pero que un brujo, al parecer, podía dejar de lado para más tarde. Lyn se sentía terriblemente culpable de haber profanado su confianza y amargamente envidiosa de aquella nueva demostración de su poder. No era una magia de la que se hablara en los cuentos y, sin embargo, en ese momento parecía mucho más útil que la capacidad de lanzar relámpagos o comandar una horda de monstruos.

Poco antes de que el hechicero se reuniera con ellas, Lyn había descubierto que Esha también lo había espiado. Peor aún, había cubierto al Ancestro Nyrgoth con una manta, porque a la gente de la costa nunca se le ocurriría dejar a un compañero de viaje sin cobertura. Eso significaba que el hombre sabía que no habían cumplido su palabra, lo que hacía aún más difícil enfrentarse a él, a pesar de que a él no pareciera importarle mucho.

Aun así, Nyrgoth seguía llamándola por su nombre familiar, despojado de su honorífico, y ahora incluso le pedía que ella hiciera lo mismo con él, lo que era todavía peor, por lo que recordó al hechicero del cuento que, a pesar de su poder, deseaba tener a una princesa como compañera de mesa y de cama. Lyn esperaba el momento en que ella invocara su poder y él le pusiera precio. Al fin y al cabo, se lo había buscado al llamar a la puerta de su torre. Tendría que haber recordado entonces cómo acaban ese tipo de cuentos. «Y ahora estoy atrapada, ya no puedo dar marcha atrás. El hechicero está aquí».

De modo que tendría que sacarle todo el provecho que pudiera antes de que él la mirara con ese rostro severamente desapasionado y expusiera sus demandas. Al menos, podría devolverle un poco de luz a la gente de Watacha.

Se preguntó cómo sería la auténtica Jerevesse Tercera Hija, la que estaba detrás de la máscara de responsabilidad cívica. ¿Sería también una heredera rebelde que al no tener muchas posibilidades de heredar no era valiosa y en la que no se confiaba lo suficiente como para que acompañara a su madre? ¿O era la hija devota y obediente con la que no se contaba para las tareas importantes, pero era una diligente guardiana de las llaves mientras otros hacían visitas de

Estado o se reunían con diplomáticos? No tenía modo de averiguarlo, al menos no en aquellas circunstancias.

Sin embargo, lo que venía ahora iba a ser la parte más fácil. Jerevesse había enviado heraldos para proclamar un Círculo de Peticionarios fuera de las murallas, porque no había ningún lugar dentro de la ciudad donde pudieran reunirse tantas personas. Para cuando llegaron Lyn y sus compañeros, habían colocado un podio para que se subieran a él, y delante del mismo se había reunido una gran multitud. Probablemente, la madre de Lyn nunca había tenido que dirigirse a una audiencia tan numerosa a la vez. «Sí, si contamos la cantidad de gente es muy impresionante, pero además mamá tampoco había tenido nunca que hablar a un público tan desesperado».

Por lo general, el Círculo de Peticionarios se convocaba porque algún grupo tenía alguna queja contra la corte, contra otros ciudadanos, contra los bandidos o contra los extranjeros. Representantes elegidos de antemano daban un paso al frente y recitaban cómo les afectaba el problema, con la clara implicación de que la Corona debía hacer algo al respecto. Cuando terminaban, la reina o su representante daba una respuesta meditada, aceptando, rechazando o proponiendo. A veces el Círculo volvía al día siguiente, y los peticionarios explicaban que la acción sugerida era insuficiente para remediar sus males; a veces el orador de la reina dejaba claro que algunos agravios tenían que soportarse. Dado que las quejas solían estar relacionadas con los impuestos, esto no era infrecuente, pero en general, estos Círculos eran parte del buen gobierno de cualquier Estado, y el gobernante que los ignoraba o se negaba a convocarlos se arriesgaba a sufrir manifestaciones de protesta menos pacíficas.

Por lo menos, Jerevesse tenía su propia voz. Se puso de pie en el podio y se dirigió a su pueblo, mientras que los heraldos entre la multitud transmitían sus palabras a intervalos. Expresó la profunda esperanza de que su madre y los soldados volvieran pronto con buenas noticias, deseo que todos compartían, pero en el que nadie creía. Entonces señaló a Lyn y anunció:

—La situación de Bosquedenso no ha sido ignorada por quienes están más allá de nuestras fronteras. No todo el mundo nos ha dado la espalda. ¡Traigo ante vuestra presencia a Lynesse Cuarta Hija de Lannesite, el más poderoso y resplandeciente de nuestros vecinos orientales! — La afirmación resultaba un tanto exagerada, pues Lannesite rara vez se había llevado bien con los reinos del bosque y, por lo general, siempre había tratado de enfrentarlos entre sí. La multitud no se mostró muy impresionada, pero Jerevesse no se dejó amilanar—. «¿Dónde están los soldados de Lannesite?», me habéis preguntado —continuó, y Lyn se revolvió con inquietud, pues era evidente que eso era justamente lo que muchos de ellos se estaban preguntando—. ¿Dónde están las relucientes armaduras y el estandarte del Pájaro de Fuego? —prosiguió Jerevesse levantando las manos para acallar el creciente murmullo de descontento—. Os pregunto, si las tropas de Lannesite hubiesen llegado hasta aquí cruzando el río, ¿realmente os hubierais alegrado de verlos? ¿Cuánto tiempo hubiera pasado antes de preguntarle a vuestro vecino: «¿Cuándo crees que se irán?». En toda corte y toda nación hay personas con malas intenciones. Sé que si nuestro ejército estuviera dentro de los muros de la ciudad de Lannesite, algunos se preguntarían: «¿Por qué debemos irnos nosotros?».

Con esa pulla incluso consiguió provocar un pequeño murmullo de risas. Lyn pensó que habían dejado atrás a la Tercera Hija por sus habilidades, no por sus carencias. «Todo lo contrario que yo».

—En cambio, Lannesite nos brinda una ayuda mucho más valiosa que las espadas o las flechas —continuó Jerevesse—. Más incluso que la sangre de plata de su casa real que tenéis ante vosotros. Poneos en pie, peticionarios; presentad vuestras quejas a Lynesse Cuarta Hija.

Por un momento, Lyn temió que todo el mundo se abalanzara sobre ella, que todos gritaran a la vez, pero la gente de Jerevesse había hecho bien su trabajo. Tres personas avanzaron de entre la multitud arrastrando los pies, menos de los que cabría esperar incluso si se tratara de una disputa acerca de los impuestos sobre los melones. El primero era un anciano encorvado, pero con los hombros anchos y el rostro curtido por una vida al aire libre.

—El demonio llegó a mi huerto y volvió en mi contra a mi sustento —declaró, paseando la mirada desde Lyn a la gente que le rodeaba—. Son muchos los que contarán la misma historia. Cuando la fruta comenzó a aparecer en las ramas, era antinatural, con una forma y unos colores equivocados. Antes del tiempo de la cosecha, vimos cómo se movía. Pensamos que alguna plaga se había metido en su interior. Quemamos la que estaba más afectada, pero estaba por todas partes. —El hombre hablaba con calma; había dicho aquellas palabras una decena de veces, se habían convertido en una rutina—. Entonces empezó a moverse, como si hubiera pasado de planta a bestia, arrastrándose por los troncos. Y los árboles que habían dado los frutos se marchitaron y murieron después de que esas cosas se hubieron alimentado de ellos. Y entonces todas las cosas que el demonio devoró vinieron a alimentarse de nosotros y no nos quedó nada, y tuvimos que huir. —En cuanto hubo terminado, asintió una vez con la cabeza y retrocedió un paso.

La siguiente peticionaria era una mujer corpulenta, con aspecto demacrado por la falta de sueño. Tuvo que carraspear un par de veces para lograr que las palabras salieran con la suficiente fuerza como para que todo el mundo pudiera oírla, e incluso así uno de los miembros de la corte se situó al pie del podio para transmitir todo lo que decía.

—El demonio llegó a nuestra aldea —escuchó Lyn—. Al principio, fueron los cerkitts y las otras bestias. El demonio se metió en ellos, a través de la comida o por las picaduras de bichos que recibían cuando se acercaban a los árboles. Les crecieron cosas, algo parecido a ojos o cristales. Se volvieron asilvestrados, y a todo aquel que mordían o que simplemente estaba demasiado tiempo cerca de ellos también se contagiaba. Mis propios hijos fueron a sacrificar los rebaños para deshacernos de la podredumbre, pero algunos nunca volvieron y otros volvieron, pero ya no eran los mismos de antes. El demonio los había reclamado para sí.

Aunque parecía querer decir más cosas, las fuerzas le fallaron y también dio un paso atrás, lo que dejó a un hombre delgado y con cicatrices destacando entre la multitud. Su mano izquierda estaba envuelta en trapos, y cuando se movió para liberarla, Lyn pensó que iba a ver la marca del demonio del que había hablado la mujer. Sin embargo, en lugar de eso, levantó una mano sin dedos marcada con la señal del árbol roto, lo que significaba que era un criminal expulsado de su hogar.

—Algunos de vosotros me conocéis. —Su voz era sorprendentemente fuerte—. Me llamo Exiliado Allwerith y, en cualquier otra estación, estar aquí ahora significaría mi muerte. —De hecho, muchos de sus vecinos le dirigían miradas sombrías—. La gente de la Tercera Hija me ha elegido para hablar aquí porque ningún otro ha visto lo que yo cuando hui a Farbourand para dejar atrás la sombra de mi juicio aquí, en Watacha.

Lyn consultó su mapa interior y supuso que Farbourand debía de ser un lugar fronterizo, uno de los puestos de avanzada sin ley, donde los tramperos y buscadores iban a reabastecerse antes de adentrarse de nuevo en las tierras salvajes.

—Vi el lugar al que llegó primero el demonio —declaró Allwerith—. Era un sitio donde todos los árboles estaban invadidos por sus engendros, donde todas las bestias, grandes y pequeñas, habían sido esclavizadas por él y convertidas en sus instrumentos para las cosas que estaba construyendo allí. Vi círculos y grandes cuerdas que crecían de la tierra, todo cubierto de púas y ojos negros. Y también vi hombres que formaban parte de él, que hacían su voluntad y eran piezas de su creación. Pero nadie en Farbourand me creyó, y entonces apareció el demonio con hombres y bestias creados para hacer su voluntad y nadie salió vivo, excepto yo. Y llegué a Birchari y les advertí, pero me apalearon con varas y me acusaron de mentir. Hay algunos aquí que escaparon de Birchari y que pueden corroborar mis palabras. Y llegué aquí, y alabo a la Regente Elhevesse y alabo a Jerevesse Tercera Hija y a todos sus servidores, porque aquí me han creído.

Apretó su único puño, los muñones de la otra mano se crisparon y volvió a quedarse en silencio. Jerevesse miró a Lyn, y esta tragó saliva.

Intentó recordar qué hacía su madre cuando se dirigía a una gran multitud, con voz firme y segura, no con la de una niña asustada y nerviosa. Aunque el corazón le latía con fuerza, escuchó las voces de sus tutores en la cabeza y controló la respiración, nivelándola y ralentizándola, eligiendo a las personas entre la multitud a las que mirar a los ojos, asintiendo, extendiendo las manos para mostrar su sinceridad.

—Las noticias de Bosquedenso han llegado a Lannesite, como habéis escuchado —les dijo, y oyó su propia voz firme y clara.

En la esquina de su visión, Esha le hizo un gesto de aprobación.

—Es un mal momento para todos cuando la magia maligna anda suelta por el mundo —les dijo—, y amenazas como la de este demonio no pueden quedar sin respuesta. Pero hemos visto esta magia antes, en manos de monstruos y hombres malvados. Todos hemos oído la historia de Medio Ancestro Lucef. En aquellos días, la tierra estaba plagada de bestias monstruosas, algunas que destruían y otras que simplemente envenenaban el mundo con su presencia. Y Lucef, que era sabio en los caminos de la hechicería, las destruyó a todas o las encadenó con poderosas palabras para que dejaran de aterrorizar a su pueblo. Se cuenta que Lucef era mestizo, una mitad de nuestro pueblo y la otra de la antigua raza de los hacedores, por lo que ya de niño su comprensión de los secretos del mundo estaba muy por encima del conocimiento de los sabios. —Y sí, todos conocían las historias de Lucef o tenían su propia versión de ellas. Así que podía continuar—: Dejadme hablaros, entonces, de mi antepasada la Regente Astresse y de cuando su tierra fue amenazada por el hechicero y señor de la guerra Ulmoth, que había despertado del

sueño mortal a algunas de las bestias que Lucef encadenara. Ulmoth condujo su ejército de monstruos y dementes hasta la tierra de Lannesite, pero la Regente sabía que su hechicería debía ser combatida con hechicería.

»En aquel momento de necesidad emprendió el viaje hasta la Torre de los Ancestros, donde habitaba el último de esa dinastía, Nyrgoth, quien cabalgó junto a ella y recurrió a sus palabras de poder para encadenar a las bestias de Ulmoth y enviarlas de vuelta a la tierra.

Cada vez más miradas se dirigían hacia la alta y silenciosa presencia del hechicero detrás de ella. Percibió la corriente de comprensión recorriendo la multitud, el boca-oreja, como la gente inclinaba la cabeza para ver mejor los cuernos retorcidos del hombre y sus rasgos no del todo humanos. Vio cómo la esperanza se abría paso como el sol del amanecer sobre las colinas.

—No he traído ejércitos conmigo —confirmó—. He traído al gran hechicero para que se enfrente al demonio y termine con su dominio sobre estas tierras. Con su hechicería y su poder, entrará en su guarida y liberará a vuestros hijos e hijas; purgará la corrupción de vuestros huertos y apaciguará a las bestias corruptas del bosque. Él es el Ancestro Nyrgoth, el último de los antiguos, una raza cuyos pensamientos son mágicos y de un poder con el que ningún mago humano puede ni siquiera soñar.

Vio ojos muy abiertos, sonrisas, la necesidad desesperada de creer en ella, en ella, Lynesse Cuarta Hija, la menos valorada de su estirpe. Durante un instante se olvidó de todo lo que había pasado antes, de todos los años de no estar a la altura de los estándares exigidos por su madre y patentes en sus hermanas.

«Lo estoy haciendo —se dijo—. He encontrado mi lugar». Regresaría triunfante junto a su madre. Le darían honores y responsabilidades dignas de una princesa. Se convertiría en la campeona de su linaje, en la maravilla de su época.

—¡Expulsaremos al demonio, lo devolveremos al otro mundo, al lugar de donde vino! —declaró—. ¡Limpiaremos vuestros hogares de su corrupción! ¡Por Watacha y Bosquedense, por Lannesite y el mundo!

La muchedumbre la aclamó. De hecho, lo hicieron con tal entusiasmo que Jerevesse Tercera Hija la miró con preocupación, como si temiera que dentro de poco pudiera producirse un cambio de casa gobernante en la ciudad. Y aunque Lyn no tenía planes en ese sentido, era agradable que la tomaran en serio por una vez.

Nyrgoth no dijo nada. Sus ojos no mostraron nada de lo que pudiera estar pensando o sintiendo. Se limitó a dirigir sus pasos de vuelta al palacio de Watacha, hacia las habitaciones que Jerevesse había preparado para ellos. Habían decidido partir hacia las tierras del demonio al día siguiente. Lyn preguntó si el criminal Allwerith podía ir con ellos, pues a pesar de sus antecedentes delictivos, sus conocimientos podían serles útiles.

Cuando volvieron a quedarse solos, Esha dijo:

—Es posible que hayas exagerado un poco.

—Era lo que querían oír —repuso Lyn despreocupadamente.

—«El deseo y la necesidad son como dos primos lejanos» —citó Esha.

—¿Qué ha sido eso? —irrumió la voz severa del Ancestro Nyrgoth.

Lyn se sobresaltó. Se había dejado llevar por sus propias palabras y casi había olvidado que Nyrgoth era un ser de carne y hueso, no un arma legendaria que podía empuñar a voluntad. Su rostro estaba... impasible, más que de costumbre, como si se hubiera convertido en una máscara tallada de madera cetrina.

La princesa emitió un ruidito inquisitivo. De repente se sentía perdida, incapaz de ver qué quería decir el hechicero.

—¿Sabes lo que le has prometido a esa gente? —le preguntó Nyrgoth.

Aún sin entenderle del todo, Lyn tensó los hombros. Tal vez se trataba de una prueba, algo típico de magos.

—Me has prometido tu ayuda, según el pacto de sangre. Te hablé del demonio y has venido conmigo hasta aquí para derrotarlo. Y es lo que haremos. Tu magia lo vencerá, Ancestro Nyrgoth, y entonces todo se solucionará y todo el mundo estará a salvo. —Había estado a punto de usar su apodo, de llamarlo Nyr, como si fueran viejos compañeros de aventuras o algo más, pero no tuvo el valor de hacerlo.

El hechicero la miró fijamente durante unos incómodos segundos, y ella se preparó. «Había olvidado que su ayuda tiene un precio, por supuesto. Aquí viene», pensó. Sin embargo, lo que Nyrgoth dijo a continuación fue tan distinto a lo que ella esperaba oír que se tambaleó, como si se hubiera apoyado en una puerta abierta. Ninguna demanda de carne o de lealtad. Únicamente dijo:

—La magia no existe.

Lyn y Esha lo miraron fijamente, y al final Esha dijo:

—Ancestro Nyrgoth, te hemos visto maldecir a un hombre hasta dejarlo estéril y dominar a un monstruo volador solo con palabras.

El hechicero miró primero a una y después a la otra.

—Lo que les has dicho no es justo, ni tampoco es verdad. No existe una magia universal que pueda lograr esas cosas. Cuando solo se trataba de tus historias y tus viajes, mantuve la boca cerrada. Es lo que se supone que debo hacer. Se supone que debo dejar que sigáis con vuestras tradiciones y creencias y anotar todo. Pero esta gente está desesperada. —Su voz sonaba terriblemente plana; la falta de emoción la convertía casi en un grito. Lyn tuvo la sensación de que algo enorme y enterrado subía a la superficie, como un monstruo marino a punto de partir un barco pesquero con su lomo—. Están hambrientos y enfermos, heridos, lejos de su hogar. Y tú les has dado falsas esperanzas recurriendo a una historia que habla de magia. Pero la magia no existe.

—Yo... —Trató de esbozar una sonrisa—. Ancestro Nyrgoth, sé que me estás probando. Pero yo tengo fe en ti. Sé que serás capaz de derrotar al demonio.

Lyn vio el momento exacto en que algo se rompía dentro de él y cómo se venía abajo la fachada de autodominio.

—¡No! —gritó el hechicero, irradiando pura frustración—. No existe nada que se parezca a la magia, niña estúpida. No existen los demonios. Solo existe la forma en que funciona el mun-do. Vengo de un pueblo que entiende cómo funciona el mundo, por eso hay cosas que nosotros podemos hacer y vosotros no. Conozco las antiguas palabras para dar órdenes a los sirvientes y

obreros de los tiempos ancestrales, como los que desenterró aquel sabio tonto de Ulmoth. Tengo objetos de poder que pueden hacer daño a mis enemigos y protegerme. No existe la magia. No soy un mago, sino un hechicero. —Hizo una mueca—. No un hechicero, sino un brujo, un nigromante. Un... —Y dijo una palabra que ella nunca había oído, aguda y de sonido extraño, inquietante como el metal en los dientes. Y luego soltó una diatriba, una frase entera con las mismas palabras lanzadas al aire, que atravesaron el techo y volaron hacia el indiferente cielo. Una maldición de hechicero.

Lyn y Esha esperaban transformaciones, plagas, horrores. Pero, aparentemente, fuera cual fuese la maldición, saldría a la luz más tarde, no ahora. Ahora era el momento de que el Ancestro Nyrgoth mirara fijamente a Lyn, con los puños apretados como si se tratasen de terribles garras, sus regulares y blancos dientes al descubierto y los ojos fuera de las órbitas.

—La magia no existe. Al diablo con las normas. Al diablo con lo que pueda o no pueda decir. No puedo permitir que uses mi nombre para mentir a toda esa gente de ahí fuera. No sé qué es el demonio del que habláis, solo sé que los demonios no existen. Supongo que se trata de algún proceso natural de este mundo, algo que surge una vez por milenio, y algo contra lo que no puedo hacer nada. Algo que simplemente sucede; el problema es que ahora está sucediendo y hay humanos implicados. Y si es eso, entonces no puedo ayudarlos. No creo que pueda ayudarlos de ningún modo. No soy un hechicero; soy... —Entonces se vino abajo, transformándose por un momento en la persona más desolada que la princesa había visto nunca. Ya no parecía un hechicero ancestral, sino algún prodigio deforme de un espectáculo itinerante. No obstante, la rabia volvió sin previo aviso, y Nyrgoth golpeó la pared con los puños con tanta fuerza que dejó manchas de sangre donde la piel de los nudillos se había desgarrado. Lyn se estremeció y oyó su propio gemido en el silencio que siguió, pero Esha se limitó a señalar las manos de Nyrgoth, pues la piel se estaba regenerando sola, los bordes rasgados se recompusieron sin dejar señal alguna ni cicatriz.

—No es magia —insistió él, contra toda razón—. Simplemente, estoy hecho así. Formo parte de un pueblo que entiende cómo funciona el mundo.

—Ancestro Nyrgoth —dijo Esha lentamente—. ¿No es eso lo que es la magia? Todos los hombres sabios, todos los eruditos que he conocido que aspiraban al título de mago, se dedicaban a lo mismo. Se esforzaban por aprender cómo funciona el mundo, para poder controlarlo y dominarlo. Eso es magia.

—¡No! —insistió él—. ¡Una pala no es mágica simplemente porque mueva la tierra mejor que tus dedos! ¡El hierro no es mágico simplemente porque necesites la pericia de un herrero para forjarlo! Son solo conocimientos. —De repente, se llevó las manos a la cara—. No, no, ya he... No debería estar aquí. No tendría que haber interferido. Con Ulmoth fue diferente. Esto no es asunto mío. Me estoy... equivocando.

—Ancestro Nyrgoth, gran hechicero, por favor —dijo Lyn apresuradamente—. En nombre de tu voto a la Regente Astresse, te necesitamos. Es tu deber ayudarnos.

—Mi deber es dejaros morir a todos —dijo, y no lo dijo con dureza, sino con una terrible desdicha, la tristeza acumulada tras cientos de años—. Debería largarme y dejar que ocurra lo que tenga que ocurrir, limitarme a registrar la historia para las próximas generaciones, aunque lo

más probable es que no haya más generaciones. No debería estar aquí. No formo parte de tus historias.

—Pero Ulmoth...

—Con Ulmoth fue distinto —la interrumpió, pero inmediatamente rectificó—: No, con Ulmoth no fue tan distinto. Me convencí a mí mismo de que tenía que intervenir, que Ulmoth estaba modificando el discurrir natural de las cosas porque había despertado a los antiguos obreros para causar problemas. Sin embargo, todo vuestro mundo está construido sobre las espaldas de esos obreros. ¿Por qué lo que él hizo es más o menos natural que vuestros pueblos empuñando espadas y forjando reinos? El objetivo que nos trajo hasta aquí era una mentira. El estado natural de las cosas es una falsedad. No sois más que una colonia. —Ahora estaba sumergido en una desesperación de otra índole, enfrentada a la misma bestia con la que había luchado en el bosque, la que moraba en su interior.

Lyn cruzó una mirada con Esha.

—No entiendo lo que dices —susurró, y después añadió—: Nyr —porque le parecía más fácil llamarlo así al verlo tan débil e infeliz.

—Entonces te lo explicaré. —Levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa horrible y frágil—. Sentaos y escuchad, niñas, porque os contaré la verdadera historia de vuestro pueblo y de vuestro mundo. Al hacerlo, romperé todas las leyes de mi pueblo. Pero ya no me importa. Limitaos a escuchar.

Nyr y Lynesse

Nyr

Hace unos mil quinientos años vuestros antepasados llegaron a este planeta desde otro, un lugar llamado Tierra. Vinieron en una nave espacial y el viaje duró muchas generaciones. En esa nave durmieron y despertaron, tuvieron hijos, murieron, hasta que la nave instruyó a la última generación para que pudieran iniciar el proceso de colonización. Formaban parte de una gran oleada de colonos que había salido de la Tierra con el gran sueño de expandirse por el universo.

Aterrizaron y se dispusieron a transformar este planeta para sus propósitos. Era muy parecido al planeta que habían dejado atrás, y además había un ecosistema, cosas como plantas y animales, aunque sin las extremas líneas divisorias que habían conocido en la Tierra. Los ingenieros de esas gentes se transformaron a sí mismos y también transformaron su entorno, fusionando la tierra y la población nativa para insertarse en el ecosistema planetario, de modo que lo que tenéis ahora, los cultivos, los animales, algunos son nativos y otros son criaturas terrestres, e incluso otros son híbridos, por lo que queda muy poco del ecosistema alienígena original.

Todo esto se hizo con el convencimiento de que el enormemente costoso esfuerzo de la colonización interestelar sería autosostenible y continuaría para siempre, ya que la gente suele pensar que las estructuras y sistemas que construyen durarán eternamente.

Pero se produjo un colapso económico en la Tierra, causado en gran parte por los enormes recursos que se dedicaron a la iniciativa colonizadora, y la mayoría de las colonias todavía estaban en un estadio en el que necesitaban recibir más colonos y tecnología para mantener sus niveles de vida. Sin embargo, como eran colonos, se adaptaron a lo que tenían. Se esforzaron para establecer sistemas de vida estables que aseguraran la alimentación y la salud para sus descendientes, y probablemente observaban el cielo esperando la ayuda de la Tierra. Y, a medida que se sucedieron las generaciones, olvidaron poco a poco el conocimiento científico, por lo que no podían reparar lo que se estropeaba. Sus antepasados habían sido capaces de entregarles una nueva vida en un mundo alienígena, pero ellos terminaron por olvidar que ese era el lugar en el que vivían y también de dónde procedían, por lo que se concentraron en sobrevivir y prosperar sin las herramientas de las que ya no disponían y los conocimientos que ya no tenían ninguna utilidad.

Lynesse

Hace casi cuatrocientas estaciones tormenta, los antiguos trajeron a los hombres a este mundo desde el otro mundo, transportándolos en un barco a través de los mares de la noche en un viaje tan largo que los que habían salido de una orilla se convirtieron en polvo, y los hijos de sus hijos tuvieron que aprender a cultivar, cazar y gobernar, instruidos por el mascarón de proa, que hablaba con muchas voces y les explicaba historias sobre cien barcos y cien costas. De esta manera se convirtieron en el sueño viviente de los antiguos.

Cuando su barco encalló, llegaron a una tierra que no los conocía, pero como eran los antiguos, con su magia enseñaron a las bestias y a las plantas cuál era su lugar, les pusieron nombre y les asignaron sus funciones. Recompensaron a las bestias y plantas que les servían y las hicieron fuertes y fructíferas, y las otras se las llevaban a lugares lejanos. Invocaron sus antiguos pactos con la realeza de las bestias que habían preservado del otro mundo y las casaron con los príncipes de las bestias de la tierra que la nave había encontrado, y su influjo sobre tales uniones trajo la armonía al mundo y lo convirtió en un lugar apto para ser gobernado por los hombres.

Pero los antiguos predijeron que su época de grandeza se estaba desvaneciendo. Esta se denomina la Era de los Ancestros, cuando los monstruos hacían la voluntad de los hombres para construir grandes cosas y los barcos navegaban en el mar de la noche. Los antiguos sabían que su tiempo se estaba acabando, por lo que contaron todas las historias que pudieron a los que vinieron después. Los antiguos les explicaron que los agotados puertos del otro mundo estaban vacíos, y que ningún barco salía ya de sus muelles. No había velas surcando el mar de la noche y los sirvientes de los antiguos se volvieron indisciplinados y rebeldes y tuvieron que ser destruidos o expulsados a lugares lejanos. Los antiguos se retiraron a sus moradas, pues sabían que su tiempo en el mundo había terminado. Algunos de ellos seguían observando el cielo nocturno, pero ya no había viajeros del otro mundo. Otros dejaron que su magia se desvaneciera y se convirtieron en hombres como los demás, y hubo quienes prefirieron huir al otro mundo antes de verse obligados a sufrir un destino como ese. Algunos cerraron las puertas de sus tumbas y no se les volvió a ver. Y sus descendientes vivieron sin magia, pero cultivaron la tierra, comerciaron y construyeron. Y pese a colocar una piedra sobre la otra sin la ayuda de los maravillosos servidores de los antiguos y sin sus conocimientos mágicos, lograron vivir y prosperar.

Nyr

Cuando termino de decir todo esto, después de cometer una traición desmedida a todas las normas de no contaminación que me inculcaron en el Cuartel General de Antropología, las dos mujeres me miran fijamente y Lyn dice:

—Sí, así es cómo lo contamos. —Me miran sin comprender, sin tener la menor idea de cómo lo que acabo de decir está relacionado con lo que estaba diciendo antes, con mi breve y ridículo arrebató. Estoy a punto de golpear el suelo con el pie en señal de frustración. Acabo de decirles que toda su cultura es una mentira, básicamente, algo falso y ridículo que surgió de una colonia fallida que terminó por perder el rumbo, y ellas asienten y dicen: «Bueno, sí, por supuesto».

—No existen los demonios, ni la magia —digo, pero esta vez débilmente. Ellas me miran como si esperaran un truco de magia, como si fuera a sacarme un animal de la oreja o a adivinar el número en el que están pensando.

La verdad es que les queda lo peor de ambas versiones. Para ser honesto, debo decir que acabo de sufrir un ataque. El SDC ya estaba bastante frágil, y cuando Lyn ha hecho todas esas promesas en mi nombre a toda esa gente miserable, sucia y desesperada, se ha producido un momento de total sincronización entre los sentimientos reprimidos que mantenía bajo control y mi cerebro superior, y todo mi ser ha pensado: «Esto está mal», de modo que cuando hemos vuelto aquí me he dejado llevar y las he reprendido, algo extraordinariamente poco profesional. De hecho, lo que tendría que haber hecho era tomar notas y registrar sus costumbres para la posteridad. En cambio, les he dicho que su cultura es una mierda, que está basada en absurdos inventos sobre cómo son las cosas y las soluciones para resolverlo, algo que un buen antropólogo nunca debe hacer. Y ellas, con mi integridad profesional hecha jirones, no han entendido nada de lo que les he contado. En realidad, han entendido algo completamente distinto.

Reinicio el SDC y me siento mucho mejor, aunque sé que la sensación es en sí misma ilusoria y que en realidad me siento fatal.

—Bueno, entonces iremos en busca de ese demonio, ¿no? —digo tranquilamente. Puede que sea interesante. Tal vez sea una interesante nota a pie de página para uno de los informes que después enviaré al vacío, algo así como un hombre lanzando maldiciones a los truenos. Evidentemente, y a pesar del prolongado silencio procedente de la Tierra, todo el mundo allí está esperando ansiosamente mi próximo boletín.

—Gracias, Ancestro Nyrgoth. Nyr.

Parpadeo. Lyn está arrodillada frente a mí, muy cerca de mi rodilla, pero conteniéndose, evidencia de su reticencia hacia cualquier tipo de intimidación física. Una parte de mi desconcierto debe de verse reflejado en mi rostro, porque se aparta y se levanta apresuradamente justo antes de que yo decida dar un paso al frente para aproximarme a ella. Lo más probable es que sea mejor así.

—Nuestra nave era muy pequeña, la que nos trajo hasta aquí —le digo, hablando con la mayor precisión posible. Por alguna razón es importante que entienda esto—. Cuando mis compañeros científicos y yo viajamos de la Tierra a vuestro mundo, nos pasábamos el día chocando con los codos y las rodillas, como si estuviéramos comiendo en una mesa diminuta. A diferencia de tus ancestros, teníamos reactores estelares que, pese a ser muy pequeños, tenían un poder extraordinario. —Quién sabe qué debe de estar entendiendo de todo eso, dadas las aproximaciones y suposiciones que tengo que hacer en la traducción—. En el mundo del que vengo, las zonas habitables están abarrotadas y vivimos unos encima de los otros, hay gente por todos lados, arriba y abajo. Que alguien apoye una mano en tu hombro o te aparte o te agarre del brazo en señal de saludo es algo normal, ocurre cientos de veces al día. Incluso en el campamento fuera de la empalizada tienen más espacio vital de lo que cualquiera de nosotros soñó alguna vez. Y, antes de partir, tus ancestros tuvieron que vivir del mismo modo, si no, ¿qué sentido tiene viajar tan lejos para encontrar un nuevo hogar?

Lyn me mira y comprendo que me he vuelto a equivocar. Ella trata de disimular su desconcierto, pero sé que ha oído algo completamente distinto. Tal vez le he hablado de las condiciones de las almas condenadas en el infierno. Aunque tras las puertas del SDC mi estado de ánimo se hunde aún más, mi rostro transmite optimismo. Tomo otra nota para mi estudio.

~

Por la mañana se une a nosotros el hombre con una sola mano, Allwerith. Gracias a mis observaciones anteriores, soy consciente de que su mutilación fue parte del proceso judicial que él mismo describió, y que en otras circunstancias un hombre así sería expulsado más allá de los muros de Watacha o de cualquier otro lugar civilizado sin otra opción que convertirse en un salvaje o en un bandido. Sin embargo, Lyn lo mira de arriba abajo mientras él permanece de pie con sus ropas andrajosas y lo saluda con un respeto cauteloso, recurriendo al registro de una persona de estatus superior hablando con otra de estatus inferior, pero sin el desprecio que tendría derecho a usar. La he oído hablar sobre el hombre con Esha, y el hecho de que esté aquí, en lugar de, por ejemplo, en los caminos aprovechándose de la situación de los refugiados, la ha impresionado.

—¿Qué delito cometiste? —le pregunta.

Allwerith se estremece, pero la mira directamente a los ojos.

—Robo, más de uno. Y no te diré nada de niños hambrientos o cosas así. Robé cosas valiosas porque no las tenía y otros sí. No puedo decir que sea un oficio noble.

—¿Nos llevarás hasta Farbourand, hasta el demonio?

Un músculo contrae su mandíbula.

—Lynesse Cuarta Hija de Lannesite, pides mucho a un pobre hombre.

—Pido mucho a un hombre audaz, aunque alguna vez haya sido un ladrón. ¿Robaste en Farbourand?

—Menos que en otros lugares.

—Entonces sírreme en esto y responderé por ti, y también lo hará Jerevesse Tercera Hija. Obtendrás un perdón y un puesto.

Pienso en el hecho de que no recuperará los dedos, y por un momento estoy a punto de prometerle que puedo ayudarlo en eso también, ya que, si pudiera llevarle al puesto de avanzada, las instalaciones médicas que hay allí podrían regenerar el tejido de los muñones. Pero mi comportamiento ya ha sido suficientemente poco profesional, además, no quiero enfrentarme a sus miradas mientras hablan de «magia» entre ellos, de modo que no digo nada.

Con dedos o sin ellos, los ojos de Allwerith se llenan de lágrimas. La misma persistencia de su castigo es más que suficiente demostración de que los hombres como él viven condenados para siempre sin ninguna perspectiva de rehabilitación. Lo que Lyn le ha prometido es mucho más de lo que podría esperar.

Hablo con él más tarde. Es evidente que me tiene miedo, a pesar de que no estoy haciendo absolutamente nada para fomentar los delirios de nadie. Los cuernos, por desgracia, no ayudan mucho. Le pregunto sobre el «demonio» y cómo se manifiesta. ¿Lo ha visto alguna vez en persona? Vio algo, las cuerdas, círculos y demás, y pensó que quizá se trataba de su morada o de un portal al mundo donde habitan los demonios. No vio ni a un hombre ni a un monstruo que pudiera haber sido el demonio en carne y hueso, solo a los desgraciados convertidos en sus sirvientes. ¿Cómo reconoció a los sirvientes? Tenían la marca del demonio, ojos, cristales y otras cosas, como la podredumbre en los árboles, lo que en este mundo es sinónimo de protuberancias escamosas, como un eczema pelado o una quemadura producida por el sol. Según él, actuaban juntos, personas y animales, atacaban los asentamientos, por eso sabía que un demonio los controlaba a todos.

Posiblemente, se trate de algún veneno que afecta a la mente, algo así como el cornezuelo que antiguamente prosperaba en el trigo. Quizá pueda enviar una muestra al puesto de avanzada a través del satélite para realizar un rudimentario análisis químico. Tal vez consigamos una cura o al menos alguna vacuna para detener su propagación. A pesar de que no soy un hechicero y de que no hay ningún demonio que matar, puedo hacer algo útil por esta gente.

Le muestro a Allwerith la garra que consiguió Esha y me confirma con un respingo que sí, que pertenece al demonio. El material base es la mandíbula de un *shreeling*, numerosos en Farbourand, pero las incrustaciones de color negro verdoso son la marca del demonio. La noche siguiente, mientras acampamos al oeste de Watacha, hago todo lo posible por diseccionar el desagradable miembro y encontrar algo de material orgánico bajo las escamas y placas de la infección. Aunque parece que no hay nada. Obligo a mis ojos a aumentar la magnificación más allá de las especificaciones recomendadas, pero no encuentro ninguna estructura interna en ninguna de las muestras analizadas, solo piezas sólidas, como si le hubieran pegado a la mandíbula toda esa excreción a modo de broma pesada o de la mano de un extraño artesano. Todo esto queda muy lejos de mi formación, al ser un simple antropólogo de segunda clase, por lo que finalmente me rindo. Para sacar más conclusiones, necesitaremos un espécimen vivo.

Dos días más de buen progreso a través del bosque; poca conversación; Esha y Allwerith (mejor dicho, Allwer, como las mujeres le llaman ahora, lo que creo que es una indicación de su cambio de estatus) van en cabeza la mayor parte del tiempo. Nos acercamos a dos pequeñas comunidades de gente del bosque, ambas nominalmente dentro del feudo de Watacha. La primera estaba en alerta máxima, con arqueros y lanceros en el muro de la empalizada. Los habitantes nos aseguraron que habían visto señales de las criaturas del demonio entre los árboles. Esperaba que Lyn les soltara el mismo discurso sobre traer a un mago para luchar contra el demonio, pero, en lugar de eso, me miró y simplemente dijo que estábamos allí para ver qué podíamos hacer. Me temo que, de todos modos, muchos de los observadores me vieron y sacaron sus propias conclusiones, pero por lo menos ella no volvió a exagerar sobre mis habilidades.

La segunda comunidad a la que llegamos estaba abandonada. No había señales de violencia ni de ninguna infección evidente, pero era obvio que los lugareños se habían marchado al gran campamento en las afueras de Watacha. O, según la estimulante sugerencia de Allwer, el demonio simplemente se los había llevado a todos, de golpe y sin darles la oportunidad de luchar.

Le hago preguntas para tratar de determinar algún tipo de vector de infección, por si nos estamos enfrentando a alguna plaga nueva. ¿Cómo selecciona el «demonio» a sus víctimas y se apodera de ellas? Allwer me dice que la infección se extendió entre muchos de los que se aproximaron a la morada del demonio cerca de Farbourand, al igual que entre otros que habían resultado heridos por la fauna y la flora contaminada por el demonio. Pero otros sencillamente se infectaron, y podían verse las marcas de la influencia demoníaca sin motivo aparente. De forma análoga, otros, entre ellos el propio Allwer, aun habiendo quedado expuestos la infección, no la contrajeron. Me tomo la libertad de extraerle una muestra de sangre. No le hace mucha gracia, pero está demasiado receloso de una supuesta represalia mágica como para negarse. Es posible que su resistencia a la infección pueda transmitirse al resto de la población. De nuevo, no dispongo de las herramientas necesarias, pero envío la información vía satélite y espero los resultados.

El mismo día que pasamos por el asentamiento vacío, vemos la marca del demonio.

Hay una especie de criatura que los lugareños llaman *alimana*, un descendiente directo de la antigua palabra de la Tierra «alimaña», lo que sugiere que estas criaturas escaparon de forma involuntaria de algún programa de cría colonial. Se trata de roedores aumentados que se sienten muy a gusto en los árboles, con una longitud de la mitad de un brazo humano y una cola prensil de un tamaño similar. Su mezcla de bioquímica artificial, terrestre y nativa los hace vorazmente omnívoros, una plaga en más de un sentido del término.

Pero hay plagas peores que las de las alimanas, como pronto descubrimos. Nos encontramos con algunas criaturas con la infección del «demonio» y es una visión profundamente inquietante. Es evidente que están enfermos de algo, y de inmediato me vienen a la cabeza los hongos parasitarios de la Tierra cuyo ciclo de vida provocan cambios fisiológicos y de comportamiento en sus huéspedes.

Las alimanas están todas juntas en una especie de espiral. Cuento veintisiete criaturas, aunque puede que me equivoque porque están parcialmente fusionadas en una sola masa viviente:

miembros, cabezas, colas, todos ellos fundidos en varios puntos, formando un cuerpo único de al menos cuatro metros de altura. Vemos individuos, o partes de individuos, moviéndose, aunque más en la parte superior de la estructura; los miembros inferiores, parcialmente fusionados en algún sistema subterráneo de raíces, permanecen inmóviles. El conjunto está moteado con manchas de la infección, erupciones de pústulas de aspecto quitinoso y pequeñas formaciones de gemas parecidas a ojos negros, extrañas fibras rígidas o pelos, parches de piel escamosa, como si hubieran sido víctimas de una transformación inconclusa en alguna otra criatura aún menos agradable.

Les digo a los demás que se queden atrás y todos obedecen. Me acerco solo, con precaución, poniendo mi sistema inmunológico en alerta máxima para repeler cualquier cosa que pueda resultar mínimamente perjudicial para mi organismo. De inmediato, siento mucho calor y una gran incomodidad, pero eso solo indica que mis sistemas de defensa están activos. Todo esto me va a provocar un sarpullido, pero espero que al menos me permita mantener a raya cualquier patógeno que intente atacarme.

Tomo muestras de las criaturas, le corto un dedo del pie a una desdichada bestia y luego retrocedo por si las demás deciden tomar represalias. No hay respuesta por su parte, signifique eso lo que signifique. Mi suposición es que se trata de algún tipo de cuerpo fructífero, como un hongo, lo que presupone que la infección se transmite a través de esporas.

Sin embargo, mis otros instrumentos internos están detectando curiosas señales de rastreo. Se están produciendo fluctuaciones electromagnéticas alrededor de la grotesca espiral que no parecen estar presentes en el bosque. Se dirigen... a ninguna parte que pueda concretar. Doy otro paso atrás y dejo de detectarlas, de presente a ausente sin ningún instante intermedio. Mido un amplio espectro en las cercanías de la espiral y encuentro una serie de longitudes de onda, algunas más allá de los infrarrojos, otras en el espectro utilizado para las comunicaciones de radio de onda corta, y otras cerca de los niveles de los rayos X. Es todo tan disperso que, probablemente, no lo habría detectado de no ser por el ritmo presente en la actividad, no simultánea en todas las bandas, sino que pasa de una a otra. Un ritmo que carece de regularidad, pero que tiene secciones repetidas, casi como una llamada y una respuesta, y que puedo rastrear de longitud de onda en longitud de onda. Las señales no son fuertes, y la radiación es menos peligrosa que la luz solar directa. Parecen estar dialogando con algo, pero son indetectables a pocos metros de la fuente. Algo que soy incapaz de explicar. Es como si se desvanecieran en un agujero o estuviera detectando una señal que rebota en algún lugar gracias a algún truco atmosférico.

Por la noche analizo el dedo del pie de la alimana y no encuentro vida microbiana inusual en él, ni del estilo de la Tierra ni tampoco de los análogos locales más simples, ni de los híbridos de ambos que crearon los colonos.

No encuentro nada que explique la extraña actividad electromagnética.

Dejamos atrás a las alimanas y ponemos rumbo a Birchari, que, según Allwer, cayó presa de la infección hace tan solo diez días. No creo en los demonios, pero después de lo que hemos visto hoy, entiendo que esta gente recurra a esa palabra.

Lynesse

Lyn se había alejado de los demás sin haber tomado el desayuno. Una razón más para envidiar la capacidad del hechicero de poder dejar de lado sus emociones hasta un momento más adecuado. Había escuchado las historias, pero todo el mundo sabe que las historias siempre son exageradas. Aunque esto era peor de lo que nadie había dicho, como si el demonio hubiera dedicado el tiempo a idear nuevas diversiones para sí mismo.

No había sido la imagen de las alimanas lo que le había revuelto el estómago, sino la idea de que, en algún lugar del bosque, podría haber una espiral similar de seis metros de altura hecha de seres humanos retorcidos y fusionados de forma abominable.

Esha la despertó en mitad de la noche con una mano sobre su hombro y un murmullo urgente cerca de su oreja. Aferró la empuñadura de su espada, imaginando..., pero los horrores que era capaz de imaginar seguramente palidecían comparados con lo que realmente había ahí fuera. Porque había *algo* ahí fuera, había dicho Esh. Algo grande, pero silencioso. Lo que nunca era una buena combinación

Despertaron a los demás, incluso al Ancestro Nyrgoth, y, empuñando las armas, caminaron sigilosamente por el bosque a medianoche, saltando ante cada rama que crujía, retrocediendo unos contra otros, con las roncadas y asustadas respiraciones de los demás en los oídos. Lyn vio cómo se movía la criatura, un gran montículo anguloso, en cuclillas sobre el tronco podrido de un árbol caído. Durante un buen rato no fue más que una sombra que cambiaba de posición de vez en cuando sobre sus numerosas patas. Entonces...

—Es el monstruo del hechicero —dijo Esha, quien veía mucho mejor que el resto en la oscuridad. Allwer, evidentemente, se mostraba más que receloso con los hechiceros, por no hablar de los sirvientes domésticos, por lo que tuvieron que contarle la historia de la criatura que había devorado la espada de Lyn cerca de la torre del Ancestro.

Nyrgoth se limitó a mirarlos sin comprender.

—¿Dónde está el demonio? —preguntó, obviamente esperando que continuara la caza. Porque, al parecer, mientras los cuatro se acercaban al monstruo sigilosamente, él ya sabía que estaba ahí. El problema era que no se había molestado en mencionarlo a los demás—. No nos hará daño —les dijo sin entender aún del todo lo que les preocupaba tanto—. Oye mi voz. Aparte de mí, no puede oír muchas más cosas de este mundo, por eso me sigue. Pero no se saltará mis prohibiciones. Es muy probable que dentro de poco alguna parte de él empiece a fallar, y entonces lo dejaremos atrás.

Tal vez fue la reaparición del monstruo y su pronta desestimación lo que hizo que no estuvieran preparados para lo que encontraron después.

Allwer les había conducido hasta las murallas de Birchari, una ciudad que solo formaba parte de Watacha nominalmente y que era autónoma, salvo cuando llegaba la caravana de los impuestos. Pero ya no habría más impuestos, pues casi todo el lugar era una cicatriz carbonizada,

seguramente provocada por el fuego alimentado con el aceite y la savia aromática que exportaban los feudos de Bosquedenso, la cual olía tan bien y ardía con tanta ferocidad. El olor aún estaba presente en el aire, y probablemente enmascaraba otros olores menos saludables. El fuego había calcinado los edificios, la empalizada de madera y una franja del propio bosque. Había muchos cuerpos carbonizados, tanto de hombres como de bestias.

—No parece obra del demonio, ¿verdad? —preguntó Esha con voz hueca.

—Diría que no —fue la sobria respuesta de Allwer—. Pero la gente provoca incendios para alejarlo.

Tras haber visto lo que podía hacer el demonio, Lyn pensó que el fuego era un destino más misericordioso.

—¿Cómo atravesó los muros? —insistió.

—Ya estaba dentro, entre la gente —dijo Allwer.

—¿Entramos? —Obviamente, Esha no tenía ningunas ganas.

—Tengo que estudiar más las señales —dijo el Ancestro Nyrgoth, y Lyn también deseaba ir.

—Nos dirigimos a Farbourand, o al menos intentaremos llegar lo más cerca posible de la casa del demonio que vio Allwer. ¿Creéis que lo que podamos ver en las ruinas de Birchari será peor que eso? Echemos un vistazo. Hagámonos fuertes viendo de lo que es capaz y preparémonos para la venganza.

—Bellas palabras —dijo Esha con voz cansada. Ella también había escuchado ese poema épico, aunque no era de sus preferidos. Sin embargo, Lyn parecía estar tratando de reunir todo el coraje posible. El resto de la gente era libre de aceptar o rechazar las sagas heroicas, pero los cuentos habían sido una inspiración para ella cuando era niña y la habían llevado hasta la Torre de los Ancestros. Y ahora esperaba que la llevaran aún más lejos.

Desenfundó la espada y Esha la siguió mientras blandía una honda con su mano libre y cargaba en ella una bala de plomo. Allwer empuñaba un robusto garrote, el cual, probablemente, había aprendido a usar durante su exilio.

Entraron con cautela a través de la gran brecha en la empalizada, ennegrecida por el fuego, y distinguieron troncos astillados donde los barriles de savia habían explotado por el calor. Los edificios que aún seguían intactos mostraban restos de la podredumbre escamosa. En muchos de ellos, vieron largos penachos que se movían y oscilaban donde no había viento, y unas cuentas negras semejantes a ojos que no dejaban de titilar. «Lo que significa que el demonio nos está observando».

El Ancestro Nyrgoth se acercó a la sección de muro más cercano con una de sus pequeñas herramientas de metal en la mano, como cuando había cortado y arrancado una porción de la espiral de alimanas. Lyn se mantenía cerca de él, con la espada en alto para demostrarle al demonio que no le tenía ningún miedo.

Algo se movió entre los edificios, y ella dejó escapar un siseo asustado y dio un paso atrás, obligando a todo el mundo a detenerse.

—He visto a alguien —juró.

—¿A alguien o a una cosa-muerta? —preguntó Esha. El adjetivo añadido hacía que el término pasara a significar algo enfermizo, exánime o podrido; algo impuro.

—Caminaba como una persona —aventuró Lyn, pero no hizo falta que diera más explicaciones, ya que la cosa (las cosas) aparecieron cojeando.

Contó tres, y solo uno había sido humano. De los otros, uno era un *cerkitt*, una bestia de cuerpo largo y extremidades cortas que los habitantes de Birchari usaban para cazar. Aún llevaba el collar, aunque la carne de su cuello estaba hinchada y plagada de ampollas bulbosas, de modo que la correa casi ni se veía. Un lado de su cuerpo había perdido las plumas que lo cubrían, dejando al descubierto una piel llena de llagas y aquellos ojos duros y negros. La segunda figura no humana estaba compuesta de *sarkers*, una plaga que se extendía desde aquel lugar hasta Lannesite. Lyn conocía aquellas criaturas de seis patas y del tamaño de una mano porque, al final de cada estación tormenta, se daba una recompensa por ellas. La gente hacía cola en el palacio de su madre, con largos palos sobre los hombros de los que colgaban los pequeños cuerpos balanceantes, para reclamar la recompensa. Al principio, creyó ver a un *sarker* con malformaciones del tamaño de un hombre que se tambaleaba sobre unas extrañas piernas articuladas, pero entonces comprendió que, en realidad, era un *sarker* hecho de *sarkers*, un amasijo compuesto por un centenar de bestias formando una sola entidad de cuerpo abultado y miembros retorcidos, todo ello constituido por animales aún vivos cuyos miembros y bocas se retorcían sin parar en constante agonía.

Entre estos dos prodigios había algo que una vez había sido de naturaleza humana. Se mantenía en pie sobre dos piernas, aunque iba bastante ladeado. Todavía llevaba la resistente ropa de un guardabosques, aunque las costuras se habían rasgado por un costado hasta la cintura, donde la espalda y los hombros se habían hinchado con duras placas y púas, de entre las que sobresalían unos largos filamentos. Del otro hombro descollaba un brazo extra y parte de una cabeza, como si alguien se hubiera acurrucado cerca de él y después le hubieran arrancado todos los miembros, salvo esos dos. El único ojo que le quedaba estaba cerrado, lo que Lyn agradeció. La cabeza propiamente dicha se hallaba inclinada en un ángulo extraño y oscurecida en sus tres cuartas partes por la gruesa excrecencia de la marca del demonio, incluyendo las dos cuencas de los ojos. Cinco discos brillantes le guiñaron el ojo desde el interior de la masa peluda.

—Que los ancestros nos protejan... —dijo Esha con franqueza—. Larguémonos de aquí.

—No —dijo Lyn, porque si se iban ahora, nunca dejarían de correr hasta que llegaran a Lannesite, y entonces ¿qué sería de ella? ¿Y qué sería de Watacha? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que el demonio extendiera su corrupción también en Cimaestéril o a su tierra natal?

Entonces Nyrgoth dijo:

—Hay una voz.

Nadie podía oír voz alguna, y las tres monstruosidades seguían avanzando a trompicones, su paso dificultado por sus propias mutaciones. Sin embargo, el hechicero parecía estar concentrado. Tenía una mano levantada y la movía como si fuera una nueva oreja que pudiera utilizar para rastrear los sonidos.

—Está en su interior, y en el interior de todas las manchas de corrupción —dijo—. Una voz que habla, siempre al mismo ritmo. Y se dirige a... a algo que está más allá. Dirige su voz hacia otro lugar y recibe órdenes, pero no sé cómo llega hasta aquí ni cómo sale. Es muy extraño.

—Yo no oigo nada —dijo Lyn. Las criaturas se estaban acercando y deseaba tirar al hechicero de la manga de sus ropajes.

—No puedes. No es una voz que salga de la garganta, pero yo sí puedo oírla. Y puedo hablar con el mismo registro.

—¿Puedes hablar con esas cosas o con el demonio a través de ellas? —le preguntó Esha, incrédula—. ¿Puedes hacerlo desaparecer?

—No lo sé. Y no creo que haya nada con lo que hablar, una inteligencia. Pero si la voz es una parte de su existencia que une todas sus partes, quizá pueda usar una voz similar para desmembrarla. —Teniendo en cuenta los horrores a los que se enfrentaban, su voz sonaba absurdamente tranquila. Lyn notaba sus propios nervios chirriando entre sus dientes y en el interior de su cráneo. No podría soportar aquello por mucho más tiempo. Era muy difícil mantener la calma propia de los héroes.

—¡Hazlo! —le dijo.

—Sí, bueno —repuso él, y las tres criaturas se detuvieron y se estremecieron bruscamente. No fueron necesarias órdenes ni gestos mágicos, sino que las detuvo la mera voluntad del hechicero.

Allwer dejó escapar un largo y desgarrado suspiro. Lyn vio que estaba detrás de Esha, pero no había huido y mantenía su garrote preparado, lo que hablaba muy bien de la confianza que había depositado en él.

—¿Has podido dominar a esos seres? —preguntó la princesa.

—No exactamente. —Nyrgoth frunció el ceño—. Estoy gritando para que no puedan escuchar la voz que usa entre sus diferentes partes y, así, al no oír sus propias órdenes, las partes no saben qué tienen que hacer... —Sus ojos se entrecerraron—. Está hablando.

—Eso ya lo has dicho antes.

El Ancestro Nyrgoth se quedó inmóvil.

—Me habla a mí.

Lyn se sintió físicamente enferma.

—Eres un hechicero. Puedes resistirte a esa voz.

—Así no. —Aunque el horror no lo conmovía, era evidente que alguna revelación funesta le estaba afectando—. Es consciente de mi presencia porque he hablado como él habla. Y por eso me hace preguntas. No lo entiendo. ¿Qué es lo que hemos encontrado?

—¿Qué te pregunta? —Lyn solo podía hablar en susurros.

—Nada, no entiendo las palabras, pero supongo que quiere saber qué soy. Probablemente, yo sea el primer ser que conoce en este lugar que es real para él.

—¿Y la gente de Farbourand? —sugirió Allwer.

—Un mero recurso. —La frialdad de la voz del hechicero era casi tan terrible como los demonios-esclavos que tenían delante—. Vuestro demonio no oye las palabras humanas. Tal vez ni siquiera exista como ser material. Pero existe en el discurso que utiliza, entre sus partes, y ahora también existo yo. —Su tono de voz cambió mientras reflexionaba—. ¿Qué eres exactamente...?

Los monstruos se sacudieron todos al mismo tiempo como marionetas compartiendo los mismos hilos. Lyn vio cómo retorcían sus miembros de tal modo que tendrían que haber

desgarrado los tejidos de sus articulaciones.

—Creo que tengo una idea —dijo Nyrgoth con ligereza—. No sé qué es, pero al menos sí cómo funciona. Puedo crear un espacio que excluya la voz del demonio, lo que evitará que caigamos en su trampa. —Cuando miró a Lyn, una tímida sonrisa se dibujó en su rostro, como si todo aquel horrible asunto no fuera más que un rompecabezas lingüístico propuesto al grupo durante la cena.

—¡Cuidado! —gritó Esha, casi pisando las últimas palabras de Nyrgoth.

La mujer costeña se abalanzó, tirando de Lyn hacia atrás con la suficiente fuerza como para derribarla. El Ancestro Nyrgoth se dio la vuelta, más pendiente de Esha que de los monstruos, y algo emergió del pecho del hombre corrupto: un brazo espinoso con cuatro articulaciones que debía de haber ocupado la mayor parte de su cavidad torácica. Salió disparado hacia adelante, con una fuerza muy superior a la que podría haber aspirado un lancero, y se clavó en el estómago de Nyrgoth haciendo que saliera de él un chorro de sangre.

Nyr

Ay.
maldito
me ha apuñalado.

~

El problema del dolor es que,
aunque en teoría es un útil aviso en el panel de control de la mente para advertirte que retires la
mano del fuego...,
es...
solo...
eso...

~

Cuando todas las luces se encienden como si estuvieras en un espectáculo de fuegos artificiales,
es difícil presionar los botones correctos.

~

Por eso tengo la opción de
apagarlas,
transformar todos esos
irritantes
intentos del cuerpo por salvarse a sí mismo en
pequeños y tranquilos informes y lecturas y memos de mis sistemas internos.
Pero
cuando las cosas llegan a este punto
(cuando algún maldito monstruo infectado te clava su maldito ovopositor en el estómago),
la majestuosa dinámica de pequeños informes se convierte en una ventisca de advertencias y
mensajes de error, hasta que llega un momento en que no veo nada. En que la información
sensorial de mis sentidos reales queda desconectada de mi intensa actividad técnica interna, la

cual insiste en que clique en todas las ventanas y menús. Me gustaría poder hablar con el fabricante, pero sé que no es una propuesta realista.

Y ya sabes lo que pasa cuando tienes un dispositivo del que dependes para llevar a cabo todo tipo de pequeñas tareas que, tal vez, tiempo atrás habrías hecho sin él, pero que ahora es totalmente esencial para tu bienestar. Ya sabes qué se siente cuando empieza a funcionar mal, envía señales de advertencia y pitidos, se estremece, se ralentiza y no arranca. Ya conoces la terrible sensación de impotencia que se siente al comprender que vas a tener que arreglarlo cuanto antes porque, si no, no podrás hacer todas las cosas que tienes que hacer. Esa sensación de horror enfermizo y paralizante porque, a pesar de ser una persona sofisticada y civilizada, en realidad no entiendes cómo funciona nada de todo esto, hasta el punto de que bien podría tratarse de magia. Bueno, ya me entiendes, salvo que en este caso el ordenador soy yo, las señales de advertencia y los errores de excepción fatal son míos, y si se apaga y no se reinicia, entonces ahí se acaba todo.

De modo que así estoy, tratando de deshacerme de los errores desplazándolos hacia el lado izquierdo de mi ojo mental, tratando de llegar a un punto en el que pueda recuperar el control nominal de mi propia mente. Y estoy a punto de pasar por alto el mensaje más importante. En serio, deberían haberlo diseñado para que tuviera el doble de tamaño que el resto.

«Advertencia final: medidas definitivas contra la contaminación activadas».

Estoy a punto de arrastrarlo a un lado como los otros mensajes porque todavía estoy en pánico, inmerso en un frenesí en el que solo me interesa apartar de mi vista todas estas advertencias y mensajes que mi sistema me está lanzando. Me doy cuenta de lo que realmente significa justo a tiempo.

«¡Contraorden! —digo en el interior de mi cabeza—. ¡Revoca las medidas definitivas contra la contaminación! Responde. ¡No estoy muerto! ¡No estoy jodidamente muerto!».

Por un instante, creo que es demasiado tarde. Las advertencias siguen sucediéndose a gran velocidad, por lo que la terca y breve respuesta del sistema casi se pierde en mitad del caos. Muy por encima de mí, imagino el satélite surcando los cielos, listo para cumplir su función más importante: preservar la integridad de la cultura en estudio. Porque se supone que todas las normas que tanto me importan, las que me he saltado con demasiada frecuencia y que sigo saltándome ahora mismo al involucrarme en esta aventura, son de suprema importancia. Al fin y al cabo, no tiene sentido estudiar una cultura si se apodera de nuestras cosas y, de repente, salta de la barbarie a la era espacial. ¿Qué tiene eso de divertido?

Hecho eso, me ocupo del resto de las cosas. Vuelvo a instalar el SDC y lo conecto, lo que me deja inmediatamente en una mejor situación para enfrentarme al resto de tareas pendientes. Reduzco la información médica a algo que pueda digerir. Los procedimientos de curación están en marcha. El tejido se está regenerando. Hay daños considerables en varios órganos importantes, pero cuento con aumentos suficientes como para poder arrancarme el corazón y repararlo a mano si fuera necesario, siempre y cuando lo hiciera en una o dos horas. Voy a salir de esta.

No sé cuánto tiempo ha pasado porque el sistema de retroalimentación ha borrado la continuidad interna, pero, según el satélite, han pasado casi dos horas desde el apuñalamiento. A

menos que mi atacante se esté tomando un buen descanso, es poco probable que vuelvan a apuñalarme. ¿Habré sido infectado? Si despierto y descubro que formo parte de una pirámide humana permanente, me arrepentiré de haber detenido la advertencia final, ya que no es un sistema que pueda activarse por capricho.

No, había sintetizado las defensas y estaban activadas antes del intento de evisceración.

Abro los ojos.

Estamos en un claro del bosque. Me han tumbado junto a un árbol caído con una manta debajo y otra encima. Están torcidas, lo que sugiere que ha sido Lyn, porque Esha es muy precisa en su forma de colocarlo todo.

¿Puedo sentarme? Consulto a mi médico interior. La regeneración del tejido está lo suficientemente avanzada como para permitir una actividad suave. Me incorporo.

Alguien grita justo a mi lado, provocando una tensión en todos mis músculos que podría haberme ahorrado perfectamente. Allwerith, es decir, Allwer, se ha levantado de un salto. Al parecer, le tocaba a él estar sentado junto al hechicero moribundo. O más bien el hechicero muerto. Me doy cuenta algo tarde de que la manta que me cubría el rostro probablemente tenía ciertas implicaciones culturales. Otro fracaso de la antropología.

—Bueno, por eso solo soy antropólogo de segunda clase —digo, lo que no habría significado nada para ellos, aunque lo hubiera dicho en su lengua.

Dirijo la mirada hacia el otro lado del claro y veo a Lyn.

Se ha cambiado de ropa. Hasta ahora vestía con ropas monótonas y resistentes, pieles de animales y telas pesadas, el tipo de cosas que te pondrías para caminar por el campo si no tuvieras las ventajas que tengo yo. Ahora lleva algo mucho más elegante: una coraza (¿se llama así?) de escamas de metal que debía de llevar enrollada en el fondo del zurrón y, bajo esta, una blusa magníficamente bordada, de color negro y con hilos de plata. Sobre los hombros, donde iba la insignia de la misión de los antiguos uniformes coloniales, lleva unos blasones rojos con un emblema compuesto por unas alas extendidas, el cual tiene su origen pictográfico en las antiguas naves de desembarco que aterrizaron justo donde hoy en día se encuentra el palacio de Lanessite. También lleva un pequeño escudo cuya cinta de sujeción va enroscada en la empuñadura de su espada enfundada. Es la viva imagen de una princesa guerrera. Me avergüenza decir que, incluso en mi lamentable estado, el corazón me da un vuelco.

Se parece tanto a Astresse. Es cierto que su antepasada fue a la guerra con algo más de metal encima, pero los colores son los mismos, y también la postura. Una mujer decidida a enfrentarse, porque ese es su deber, a un demonio, a un hechicero, a un monstruo, a algo sobrehumano que no puede entender.

—¿Eres... tú? —pregunta, y me doy cuenta de por qué mantiene la mano cerca de la empuñadura de su espada.

—No estoy infectado. —Aunque ahora ya no estoy tan seguro de que «infectado» sea la palabra más adecuada—. Soy inmune.

Tiene los ojos rojos. Seguramente no ha estado llorando por mí. Con la fría racionalidad impuesta por el SDC lo confirmo; no, no ha llorado por mí, porque si lo hubiera hecho entonces ahora estaría un poco más alegre de verme vivito y coleando. Allwer está aquí, lo que significa...

—Esha está infectada —dice sombríamente—. Cuando los esclavos demoníacos nos atacaron, destruiste al que te golpeó con fuego. Nosotros nos abalanzamos sobre las otras criaturas y los tres luchamos contra ellas hasta convertirlas en pulpa. Pero después de cargar con tu cuerpo..., de cargar contigo, desde Birchari... Esha tenía la marca.

—Ayúdame a levantarme, por favor. Llévame hasta ella.

Allwer me ofrece su brazo, el de la mano sin dedos, y finalmente puedo ponerme en pie apoyándome ligeramente en él. Tiene los ojos muy abiertos; siente por mí la mitad del miedo que le provoca el demonio. Poner un pie delante de otro sigue siendo una complicada actividad logística, y aunque cada paso arroja unos cuantos mensajes de error más con los que debo lidiar, consigo llegar hasta donde se encuentra Esha.

Sigue siendo ella misma. Su rostro indica que es perfectamente consciente de lo que le está sucediendo. La corrupción escamosa está creciéndole en un lado de la cabeza y tiene trozos de piel en carne viva donde alguien ha tratado de rasparla hasta que empezó a sangrar y descubrió que las escamas brotaban de las heridas con la misma facilidad. A lo largo del pómulo distingo varias de esas cuentas negras tan brillantes. Creo que no son realmente ojos, sino más bien órganos sensoriales. Me pregunto si la fuerza controladora percibe el mundo físico como nosotros, aunque sea a través de sus secuaces.

Mis sistemas arrojan otra andanada de errores, como un hombre que estuviera ahogándose y que expulsa la última bocanada de agua, y luego empiezan a hacer su trabajo. Detecto de nuevo la misma firma electromagnética que antes. No procede de ninguna parte y no va a ninguna parte. Si doy un paso atrás, pierdo su rastro, imposible de interceptar, solo... puedo detectarlo ahí, en el punto de infección. Es como cuando solo puedes escuchar un sonido al pasar por delante de una puerta abierta. Mi mente se agarra a esa idea. Una puerta abierta..., pero ¿dónde? Es imposible. Así no es como funciona el espectro electromagnético. No puede existir una señal que aparece en su punto de destino sin viajar a través del espacio intermedio desde su origen. No sé a qué nos estamos enfrentando.

Pero sé cómo hace lo que hace. Me arrodillo junto a Esha y sus ojos me siguen. Las lágrimas resbalan por su mejilla y un filamento parecido a un latiguillo se desliza hacia ellas desde la infección.

—Hazlo —me dice—. Se lo he pedido a Lynesse, pero ella no quiere hacerlo. Tú sí lo harás, ¿verdad? No sientes como nosotros sentimos. No tienes remordimientos.

—Los tendré más tarde —le digo—. Hay muchas cosas de las que me arrepentiré más tarde, y quizá para siempre. Pero ahora mismo no debo sentir.

—Entonces hazlo, por favor —dice ella, y cierra los ojos con fuerza, apretando los dientes.

Lo hago. Extiendo el campo que generan mis sistemas hasta abarcar a Esha.

Una onda atraviesa la mancha de corrupción que crece en su cuerpo y decenas de brazos finos como cabellos se extienden entre las escamas y se agitan a ciegas como si buscaran algo. Cojo mis instrumentos, pero temo que mis manos carezcan de la firmeza necesaria para hacer el trabajo. Dados los prodigiosos sistemas de autocuración que están en funcionamiento, mi energía física es limitada.

—Lyn, Allwer, venid aquí. —Les entrego la multiherramienta y les muestro cómo se puede ajustar para que cambie de forma. Lo entienden con más rapidez que lo entendí yo la primera vez que tuve que usarla—. Id retirando la corrupción lo más cuidadosamente que podáis.

Se desprende más fácilmente de lo que pensaba; debo de estar interfiriendo no solo en la señal de comunicación, sino también en alguna interacción entre el parásito y su sustrato. Aun así, nos lleva una hora de arduo trabajo eliminar la corrupción de la cara de Esha, y luego el resto de las zonas afectadas de su cuerpo, las cuales soy capaz de rastrear gracias a sus intentos frustrados de reconectarse. A Esha le quedarán cicatrices de por vida, más por el proceso de extirpación que por la infección en sí, pero sinceramente no creo que le importe mucho.

Al final, retiro el campo de fuerza y espero unos segundos por si detecto la charla etérea del demonio. Pero solo hay silencio, bendito silencio. La declaro curada, y entonces restablezco el campo con la fuerza suficiente como para cubrimos a los cuatro, estableciendo una serie de subsistemas para mantenerlo activo, pase lo que pase.

Después de eso, me siento muy cansado. Tomo asiento sobre la manta y apoyo la espalda en el árbol caído. Se produce un largo silencio y, cuando vuelvo a abrir los ojos, me encuentro a los tres mirándome fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunto algo irritado.

—Te debo la vida —se limita a decirme Esha—. Necesito pagar esa deuda. ¿Cómo se hace eso con alguien como tú? —Lo dice casi de mala gana. Porque, al salvarla, he sorteado una serie de tradiciones que intentan volver a unirse alrededor del desorden que he creado, algo parecido a la infección demoníaca. Y, como no formo parte de su mundo, no pueden acomodarme en sus costumbres, y mi intromisión provocará una cicatriz social irreparable.

—Ya... he hecho demasiado, ya he interferido demasiado. Simplemente..., dame las gracias o algo así. —Hago un vago gesto con la mano.

—Encontraré el modo —insiste Esha. Me doy cuenta de que será algo que la reconcomerá. Mejor eso que otras cosas.

—Si fueras cirujano, te rendiría honores en nombre de mi madre, clientela, propiedad —dice Lyn—. Has salvado a mi mejor amiga. —En tanto patrona de Esha, está igualmente obligada conmigo, y se siente igualmente incómoda.

—Mira, Lyn. —Otra vez ese estremecimiento, y pese a todas mis cavilaciones, entiendo la razón. No somos amigos, y me he estado tomando libertades sin darme cuenta—. Lynesse Cuarta Hija —le digo formalmente—, voy a decirte algo más para lo que no tengo palabras adecuadas en tu lengua. Me enviaron a observar a tu pueblo, a ver cómo vivíais, para que mi gente pudiera aprender cosas de vosotros. Me envió mi propia gente, de la que ya no queda nadie, y es probable que me haya convertido en el último representante del Linaje Ancestral, como nos llamáis. Me enviaron pa-ra observar, no para actuar. Para veros enfermar e ir a la guerra; para veros morir y así poder aprender vuestras prácticas fune-rarias. Para observar y no interferir nunca, para no contaminaros con mi cultura superior. E hice algunas excepciones a las normas cuando tuvisteis problemas con ciertas reliquias de los días pretéritos. Me dije a mí mismo que, en realidad, eso no era contaminación, pues solo estaba eliminando otra influencia externa. Se me daba muy bien escabullirme como una comadreja por entre los recovecos de la ley. —Intento

utilizar su lengua lo mejor que puedo, pero ¿cómo puede comunicarse a alguien las connotaciones precisas de «comadreja» cuando no sabe lo que es una comadreja?—. Pero ahora las cosas se me han ido de las manos. No podíais saberlo, pero el mayor peligro que habéis corrido hoy ha sido por mi culpa, porque si hubiera muerto o incluso si simplemente hubiese parecido que estaba muerto, entonces... —¿Cómo le hablo del satélite en su órbita eterna más allá del borde de la atmósfera?—. Entonces hubiera caído fuego del cielo, Lynesse, para evitar que os apoderarais de mi cuerpo. —Ella no entiende nada, pero probablemente sea mejor así. Solo ahora, tres siglos después de la pérdida de contacto, empiezo a darme cuenta de lo equivocada que estaba mi propia cultura «superior». Nos pusieron aquí para tomar exhaustivas notas antropológicas sobre la caída de los gorrones, pero nos prohibieron salvarlos. Para saber, pero sin sentir ningún tipo de implicación emocional.

Lyn se arrodilla a mi lado, aunque aún mantiene la distancia.

—Te has ganado el derecho a llamarme Lyn, si así lo deseas.

Se trata de una gran concesión, y es evidente que le asusta hacérmela. Busco entre mis registros y recuerdos, y concluyo que en situaciones sociales normales esto sería una puerta abierta a una mayor intimidad en el futuro, algo que me permitiría cruzar un umbral invisible, pero crucial. Ella tiene miedo de mí y de lo que yo podría hacer sin esa puerta entre nosotros, y no puedo decir honestamente que esté equivocada, porque soy un desastre, y cuando el SDC se apague, ¿quién sabe qué voy a sentir? Por no mencionar que empezar a tutear a uno de los nativos también va absolutamente en contra de los procedimientos de contaminación. Por lo que debería negarme a hacerlo. Esa sería la elección racional del SDC.

Pero no me sale la palabra «no», y en su lugar asiento con la cabeza en silencio, y aparentemente eso es suficiente, porque un nuevo destello de miedo enciende sus ojos y se queda ahí. Es una princesa de cuento que ha hecho una promesa a un hechicero y que sabe que le exigirá pagar un precio. Y yo soy ese hechicero, y no sé qué voy a hacer cuando ya no sea (o cuando sea más) yo mismo.

Lo que en realidad digo es:

—¿Qué haces así vestida?

El sinsentido la pilló por sorpresa y, avergonzada, se pone rápidamente a la defensiva.

—Estabas muerto —me dice—. Esha estaba enferma. Iba a pedirle a Allwer que me llevara hasta la morada del demonio más allá de Farbourand para enfrentarme con él.

—¿Que ibas a hacer qué? —Sinceramente, no entiendo lo que quiere decir.

—Enfrentarme al demonio. Desafiarlo para que luchara contra mí —dice en tono retador, y luego, con la voz quebrada por la desesperada situación en la que se encontraban, añade—: Es lo que se tiene que hacer.

Algo empieza a acumularse en mi interior, por debajo del escudo del SDC. Lo noto aproximarse como uno podría observar desapasionadamente una inundación repentina mientras está de pie en el lecho del río. Por supuesto, el SDC lo mantendrá todo bajo control para que pueda tomar decisiones razonables con seguridad. No importa que todos mis sistemas estén al límite por culpa del proceso de autocuración. No importa que haya recurrido en exceso a él desde mi arrebató en Watacha.

Siento que se me rompe el corazón de un modo que nunca seré capaz de arreglar, ni siquiera arrancándomelo del pecho y manipulándolo yo mismo. Me quedo mirando fijamente a Lynesse Cuarta Hija, vestida con sus mejores galas, con la espada al cinto, dispuesta a hacer lo que hacen las princesas cuando el mundo está poblado de monstruos, demonios y hechiceros. Algo que estoy seguro de que no hacían en los tiempos en que se forjaron sus ciclos mitológicos. Porque los mitos omiten todas las realidades sórdidas y conservan solo lo que deseáramos haber hecho, en lugar de aquello que hicimos realmente. Pero ella es valiente, y tal vez estúpida, y sabe que esa criatura, que ni siquiera yo entiendo, necesita ser confrontada y derrotada. Además, no conoce otra manera de hacer las cosas. Y, con franqueza, es probable que para su cultura y su tecnología no haya una respuesta disponible mejor, así que: combate singular, ¿por qué no?

Aunque me siento abrumado por una terrible tristeza, en cierto sentido, es una buena tristeza. No es la pesada carga de autocompasión y miseria, las consecuencias bioquímicas de un mal funcionamiento metabólico y cognitivo que lo tiñe todo de amargura, esté esta justificada o no. Estoy triste por Lynesse Cuarta Hija, porque está tratando de ser algo que nunca ha existido. Y cuando no lo consigue, porque es imposible, vuelve a intentarlo.

—Vayamos a Farbourand, a la morada del demonio —le digo—. No sé qué encontraremos allí, ni qué podremos hacer, pero al menos puedo evitar que nos imponga su marca. Preferiría que evitáramos sus elementos móviles porque, como has visto, no puedo protegerme del daño físico, solo de su influencia. Pero si podemos llegar al punto de origen, entonces... ¿quién sabe?

Dirijo la mirada hacia los otros dos. Ninguno de ellos quiere ir, y no les culparía si dieran media vuelta. Sin embargo, Esha quiere a Lyn, por lo que no la abandonará, y Allwer..., bueno, creo que una parte del fuego de Lyn se ha encendido en él. Es un hombre que ha tomado malas decisiones y ha sufrido por ello, alguien que ya había dado su vida por perdida. Ahora tiene la oportunidad de rehacerse y, tras haber extirpado de raíz su pasado, hemos descubierto en él una fuerza de carácter que ni siquiera él sabía que poseía.

—Os llevaré hasta allí —confirma, aunque no parece creer del todo en lo que está diciendo—. Os mostraré al demonio.

Lynesse

La noche siguiente, el Ancestro Nyrgoth insistió en que encontraran un claro, y después se pasó un buen rato mirando fijamente el cielo despejado de la noche, los destellos escarchados de las estrellas. Sentada discretamente cerca, Lyn vio cómo se movían sus labios en una conversación inaudible con una presencia invisible. Terminó abruptamente y dirigió su atención hacia ella, por lo que no tuvo tiempo de fingir que no había estado mirándolo con atención.

—Estoy... hablando con un familiar —le dijo—, aunque probablemente eso no signifique nada para ti.

No era ni mucho menos lo más extraño que había dicho. Lyn conocía la palabra del palacio, donde abarcaba una variedad de personas, criados, sirvientes y cortesanos que se movían en la órbita de sus mayores en respetuosas coreografías.

—¿Otro obrero? —Recurrió al término arcaico que él había utilizado al hablar de la bestia con la que se habían topado en las montañas.

—Y a veces también mi patrón —reconoció él, y aquello también le pareció a Lyn que estaba en sintonía con lo que sabía de los hechiceros de las historias—. Ha pasado por encima de nosotros y he visto lo que él vio. Aunque el bosque es extenso, he visto Farbourand, y también más allá, donde reside esa cosa, sea lo que sea. Mi familiar ha visto una suerte de estructura que debe de ser lo que también vio Allwer. Es perfectamente visible desde los muros de Farbourand.

—¿Y la propia Farbourand?

—Totalmente cubierta. No por el bosque, sino por... lo de siempre. Mejor que no nos acerquemos.

—Y tu familiar, ¿no puede hacer algo, aparte de observar? —Porque en aquellos momentos estaba dispuesta a aceptar cualquier tipo de ayuda.

Él parpadeó, y ella comprendió que estaba desconcertado, aunque era una perplejidad encerrada en lo más profundo de su ser, una leve curiosidad reflejada en su rostro.

—Puede hacer muchas cosas, pero no las hará. No tengo la autoridad para que me obedezca. Hay reglas que rigen lo que puede hacer siguiendo mis órdenes y lo que hace por su propia cuenta. Lyn... esse Cuarta Hija, perdóname, pero te estás tomando mis palabras con mucha calma. Lo... siento, no puedes entender lo que yo... —Frunció el ceño—. Y, por supuesto, no debería decírtelo.

Al fin y al cabo, los hechiceros son criaturas reservadas. Tal vez parte del trato con el familiar era que guardara sus secretos.

—¿Puedes al menos decirme qué te dijo el demonio? —preguntó ella. El ataque, la infección de Esha, todo eso había sido muy revelador, mucho más de lo que les había contado justo antes, pero había tenido mucho tiempo para reflexionar—. ¿Te dijo qué es lo que quiere? ¿Existe alguna manera de dominarlo o de aplacarlo?

A pesar de haber estado más que dispuesta a luchar contra el demonio, cuanto más tiempo pasaba con la armadura ceñida y más se preparaba para el desafío, menos confiada se sentía de salir victoriosa. Quizá ya era un poco tarde para empezar a pensar como su madre, quien defendía que emular las grandes gestas de los cuentos no era la forma más eficaz de ayudar al mundo.

El Ancestro Nyrgoth la observó sin comprender, pero enseguida entendió claramente lo que quería decir.

—Me habló —dijo lentamente—. Pero no pude entenderle. Lo que me dijo era diferente de la comunión que tiene con las partes que conforman su ser. Pero... —Sacudió la cabeza—. No dispongo de las palabras adecuadas, ni en mi lengua ni en la tuya. Quiere algo. O quizá se ve impulsado a hacer algo por su propia naturaleza, como la naturaleza de un árbol es crecer. No la conquista. Ni el hambre. Ni tampoco la crueldad. Tiene una necesidad y una razón para hacer lo que hace y para ser como es. Pero ni la necesidad ni la razón significaban nada para mí. Ni siquiera tengo palabras o conceptos para describirlo.

El mero pensamiento pareció sacudirle intensamente, y Lyn notó como si el suelo se hubiera vuelto inestable bajo sus pies. Él era el Ancestro, el antiguo hechicero que había vivido en su torre inexpugnable desde el amanecer de los tiempos y había vuelto de entre los muertos. Y ahora estaba asustado, aunque lo que más temía no era al propio demonio, sino la incapacidad de entenderlo.

—Cuando dices «demonio» —dijo finalmente—, ¿a qué te refieres exactamente?

Lyn frunció el ceño. No creía que le correspondiera a ella dar lecciones a un hechicero sobre ese tipo de cosas.

—Seguro que...

—¿Recuerdas al obrero dañado con el que nos topamos en las montañas?

—El que aún te sigue.

—Le he ordenado que duerma, que se vaya, pero la parte de él que debería obedecer a esas palabras está defectuosa. —Se encogió de hombros—. ¿Le llamarías «demonio»?

—No. —Aunque parecía obvio, aparentemente para él no lo era tanto.

—Y los sirvientes que corrompió Ulmoth cuando Astresse y yo le atacamos, ¿tampoco eran demonios?

—No, eran monstruos.

—Una palabra distinta, de origen no relacionado —señaló él, como si hablara consigo mismo—. Entonces, ¿qué es un demonio? ¿Qué es lo que ha visto todo el mundo en esa cosa a la que nos enfrentamos?

—Algo del exterior. —Lyn tuvo la sensación de que estaba pasando algún tipo de prueba—. Algo que no es de este mundo y que desea hacernos daño.

—Exterior... —dijo él, de nuevo más para sí mismo que para ella, y a continuación señaló con los dedos el cielo nocturno—. ¿De ahí arriba?

—No, del exterior. —Lyn tuvo la curiosa sensación de que ahora era él, Nyrgoth, quien no la entendía a ella.

A la mañana siguiente la despertó el grito de Allwer. Había hecho la última guardia, y el amanecer había traído algo más que luz a través de las ramas de los árboles.

Lyn desenvainó la espada antes de tomar ninguna otra decisión. Se puso de pie de un salto y dirigió la punta de la hoja hacia los huecos entre los árboles. Sus sueños habían estado repletos de demonios, rostros y lugares familiares desfigurados por aquella corrupción escamosa y llena de ojos. Por lo que ahora esperaba que una horda de seres fusionados y medio devorados, malformados e irreconocibles surgiera a través del claro del bosque.

Sin embargo, solo había un visitante, y pese a que no era precisamente bienvenido, tampoco había sido tocado por el demonio. Nyrgoth había hecho venir al monstruoso sirviente volador.

Los primeros rayos del amanecer se reflejaron en su piel metálica mientras surcaba pesadamente el aire en su dirección. Los anillos que hacían las veces de alas, cada uno lo suficientemente ancho como para que Lyn pudiera haber caído por ellos longitudinalmente, sacudieron las ramas y dispersaron por el claro un polvo muy fino. Había perdido una pierna desde la última vez que lo vieron, y su caparazón tenía cicatrices brillantes de quién sabía qué encuentros. A pesar de todo, visto de tan cerca, seguía siendo una visión temible. Nyrgoth se detuvo frente a él con una mano levantada y sus dedos hicieron señales para gobernar su descenso. Los tres lo observaron en silencio, impasible bajo la sombra del monstruo. Lyn pensó en lo que le había contado, en que la criatura era un remanente del pasado lejano. Había sido el sirviente de un mago, pero ahora no tenía amo y por eso seguía a Nyrgoth con la esperanza de que lo instruyera.

Le hablaba con palabras que ninguno de ellos conocía, a veces ordenándole cosas, a veces preguntándole otras. Aunque no tenía voz propia, su actitud sugería que, de algún modo, era capaz de proporcionar respuestas satisfactorias. Finalmente, se elevó de forma inestable y luego giró con brusquedad hacia un lado para arañar y raspar el tronco de un árbol. La corteza se desgarró y la savia brotó a chorros en forma de neblina. Después, el monstruoso ser remontó otra vez el vuelo y siguió ascendiendo hasta que volvió a convertirse en una forma imprecisa.

—Seguiré esperando —dijo Nyrgoth—. No le queda mucha energía. Su fuerza se redujo durante los siglos que estuvo dormido. No sé qué podría sucederle si se contagiara con la infección. Es mejor que se mantenga alejado por ahora.

—Pero tienes un plan —terminó Lyn en su lugar. El rostro del hechicero se crispó y una pequeña sonrisa apareció en él.

—Tengo algunas ideas.

—¿Se enfrentará al demonio por nosotros?

—Primero veamos si el demonio existe.

Según Allwer, a pesar del lento ritmo de su avance, verían Farbourand antes del final del día. El bosque estaba cada vez más infestado con la marca del demonio, por lo que tuvieron que salir de él para evitar los matorrales en peor estado. Aunque Lyn esperaba encontrar cada vez más corrupción demoníaca a medida que avanzaban, no pudo dejar de sorprenderse al ver que la marca del demonio estaba extendida por todo el bosque. Árboles enteros estaban cubiertos de una gruesa capa de escamas parecidas a hojas que brillaban con una pátina maligna y se agitaban perezosamente con una plétora de erizadas antenas. Había numerosos animales atrapados en la maraña, sin apenas separación entre ellos, las ramas y los troncos. Sus cuerpos palpitaban y se agitaban, pero también lo hacían los árboles. Algunos núcleos de infección estaban en constante movimiento, y los troncos de los árboles se enroscaban como dedos lentos y ansiosos, mientras que las raíces ondulaban arrastrando lentamente vastos conjuntos de terreno, vegetación y animales a través del bosque, dejando un rastro agitado de devastación a su paso.

Uno de los núcleos interconectados de árboles tenía un ser humano en su interior. Se acercaron a la mujer, o eso supuso Lyn, siguiendo sus gritos. Estaba encajonada entre dos troncos, como si se hubiera escondido allí antes de que la corrupción la alcanzara. Ahora solo quedaba una silueta para intuir que alguna vez había habido un cuerpo embutido en un conjunto de árboles. Las propias plantas se separaban entre sí para luego volver a juntarse, con un ritmo incómodamente parecido al de la respiración, y la forma humana se dilataba hasta alcanzar unas dimensiones peligrosas para la integridad de los huesos con cada convulsión. Los gritos se producían en el momento de la expansión, brotando de un agujero rodeado de escamas en mitad de un rostro sin rasgos.

—Es solo ruido —les aseguró el Ancestro Nyrgoth—. Solo aire saliendo de los pulmones.

Lyn no sabía si había dicho aquello simplemente porque la alternativa era demasiado horrible.

—¿No puedes usar tu poder para salvarla? —probó—. Como hiciste con Esha...

—Ya viste lo que hubo que hacer para arrancar esa corrupción de tu amiga. —Nyrgoth contemplaba a la criatura agonizante con una templanza aterradora, algo que ella envidiaba amargamente en momentos como aquel—. Y recuerda aquellos «seres» que nos atacaron en Birchari. ¿Puedes imaginar qué quedaría de ella una vez cortaras toda esa carne infectada? —Frunció el ceño, y se inclinó hacia delante, acercándose tanto a los árboles que Lyn temió por él—. Oigo la voz del demonio —dijo—. La oigo en el momento de su llegada como un eco en una cueva, pero no su auténtica voz. No procede de ninguna dirección que conozca...

—Pero pudiste hablar a tu familiar —señaló ella.

Nyrgoth negó con la cabeza.

—No. Eso... tiene una explicación muy sencilla, siempre y cuando conocieras su secreto. Pero para esto no tengo ninguna explicación. Debe de ser como tú dices, alguna manipulación conectada con el funcionamiento de este mundo, pero... no puedo explicarlo.

Lyn se dio cuenta de que se sentía más incómodo por eso que ella misma. Es mucho peor creerse sabio y, aun así, ser un ignorante que reconocer que eres un idiota.

La buena noticia fue que vieron muy pocos elementos autónomos del ejército demoníaco. Supuso que las personas y bestias que aún podían moverse se mantenían en el límite del territorio

controlado del demonio, donde podían desplazarse y extender su poder. En aquel lugar, lo poco que quedaba formaba una masa uniforme. Se encontraban más allá de las líneas enemigas.

No se acercaron a Farbourand. El puesto de avanzada, el punto más lejano de la influencia de los reinos del bosque, estaba completamente cercado por la marca del demonio, y dentro de la curva empalizada una cosa enorme e indivisa se mecía y gimoteaba. Su masa hinchada y redondeada visible por encima del muro llenaba casi todo el espacio. Se alejaron de allí rápidamente y, por una vez, el hechicero no quiso acercarse para estudiarla.

Poco después, Allwer afirmó que se encontraban cerca de la morada del demonio y, como la noche estaba próxima, acamparon.

—Si hacemos una fogata, ¿lo sabrá? —preguntó Lyn, pero Nyrgoth no tenía respuesta. Había estado callado todo el día, cerrado en sí mismo. Solo pudo decir:

—No lo sé. Todo esto se me escapa. No sé por qué no lo sé.

Y entonces, justo cuando ella se retiraba con la resolución de pasar lo mejor posible la fría noche, él le agarró la muñeca.

Lyn se quedó paralizada. «¿Ha llegado el momento? ¿Va a exigirme que pague el precio, o piensa abandonarnos aquí?». Pero él no la estaba mirando; sus dedos parecían haber actuado por voluntad propia.

—Necesitaré tiempo esta noche —dijo el hechicero torpemente—. Pero no puedo acampar solo, lejos de aquí. Necesito enfrentarme a los enemigos que hay en mi interior, como ya hice en otra ocasión. Y tengo miedo, Lyn... Lynesse. Por lo que hemos visto, y por mi propia ignorancia. Debería ser el maestro que entiende todas las cosas extrañas de este mundo, porque mi gente conoce los secretos del universo. Viajamos por el cielo nocturno, fabricamos objetos de poder y transformamos nuestros cuerpos para dejar de ser los herederos de las debilidades humanas. Sin embargo, estoy en este bosque, con vosotros, y la oscuridad entre los árboles también me resulta aterradora. —Su voz era monótona, el tono indiferente en pugna con sus palabras.

—¿Qué necesitas, Ancestro? —le preguntó ella—. ¿Qué puedo hacer por ti?

«Aquí viene —pensó—, y no me quedará más remedio que pagar el precio».

Pero él se limitó a decir:

—No lo sé. Fue distinto con Astresse. Voy a sentir, Lyn. Y me va a doler. Y ya no querré seguir adelante. No querré hacer nada. Y si las cosas se ponen muy mal, puede que quiera morirme. Y solo puedo decirte estas cosas porque mis protecciones resisten. Ahora mismo puedo hablar muy objetivamente de todo esto, pero ha llegado la hora de la verdad. No puedo seguir escondiéndome, y mañana necesitaré pensar con claridad.

Lyn pensó en la capacidad de sentir, en lo bueno y en lo malo de sentir.

—Esta noche no tendremos fuego —dijo—, pero podemos tener las ventajas que trae el fuego cuando los amigos están juntos en una situación complicada. Tal vez eso te ayude a sentir otras cosas, cosas mejores.

Él la miró sin comprender y ella se marchó a hablar con los demás.

Más tarde, Lyn vio cómo se deshacía de su férreo control: no hubo ningún violento arrebato, ningún grito dirigido al cielo, simplemente un encorvamiento interior, un hundimiento de la

cabeza. Se dio cuenta de que hacía todo lo posible por ocultarlo, porque la vergüenza también es un sentimiento. De modo que, cuando habló, no se dirigió a él, sino a Esha y Allwer, y lo que les contó fue una historia.

Lyn había crecido con historias. Estaba metida en aquel lío, se había autoimpuesto aquella responsabilidad, precisamente por culpa de todas esas historias. Cuando aparecía un demonio como aquel, una princesa de linaje debía partir para combatirlo. Así era como debía ser el mundo. Y por eso contó la historia de una princesa de la era del amanecer que se enfrentó a otra amenaza con el acero, palabras audaces y un espíritu desafiante. Se esforzó por transmitir la historia de la mejor manera posible, recordando cómo la había hecho sentir a ella cuando la escuchó sentada sobre las rodillas de su madre, siendo demasiado pequeña para saber nada del mundo.

Esha tomó el relevo y les contó una de las rocambolescas historias de los habitantes de la costa, llena de humillaciones para los orgullosos y fortuna para los astutos. Allwer tenía lo que, al principio, parecía una historia sobre tres hermanos, pero luego se convirtió en un chiste espectacularmente soez que nadie en su tierra se hubiera atrevido a contarle a una Cuarta Hija. Luego volvió a ser el turno de Lyn, que evocó otra historia de héroes, de una época pasada y borrosa en la que otro demonio había llegado del exterior para ser derrotado con valor, espadas y acertijos. Y la cosa continuó, alrededor del círculo donde debería haber ardido una hoguera. De vez en cuando, Lyn miraba de soslayo la figura acurrucada del hechicero, tratando de discernir si algo de todo aquello estaba teniendo en él el efecto deseado. No se rio ni con el chiste ni con los divertidos giros de la historia de Esha. No parecía resultarle gracioso su discurso del héroe inspirador. Y, sin embargo, sabía que estaba escuchando.

Entonces, cuando llegó su turno por tercera vez, se armó de valor y se acercó a Nyrgoth para tocarle el brazo mientras ladeaba la cabeza en señal de invitación.

—Está bien. —Aunque hablaba lenta y sombríamente, las historias habían removido algo en lo más profundo de su ser y conseguido animarlo—. Os contaré la historia de un hechicero.

Le había contado muchas cosas antes, cosas que él esperaba que no entendiera, pero que, a pesar de todo, había entendido de forma cristalina. Historias de los antiguos, de obreros mágicos y espíritus familiares, y todo ello había encajado perfectamente con sus propias historias y con lo que sabía del mundo. Sin embargo, aquella historia era distinta. Lyn no podía seguirla, y además él la contaba mal, porque ser mago no es lo mismo que ser un bardo, y ¿con quién iba a practicar el oficio en su torre? Volvía sobre sí mismo o se repetía, hacía correcciones, caía en contradicciones y ejecutaba saltos de lógica que ninguno de los tres podía seguir. Y, a pesar de todo, comprendieron el sentido de la historia: una vez había un hechicero, pero este era solo un hombre. Había viajado desde el mundo de los hechiceros, el mismo que el de sus ancestros, hacía mucho tiempo. Había llegado a su torre —su puesto de avanzada, como él la llamaba— para observar y estudiar, y jamás interferir. Pero un día los otros antiguos regresaron a su mundo y cerraron las puertas detrás de ellos, y el hechicero dejó de oír sus voces a través del cielo nocturno y temió que todos los de su especie, todos y cada uno de ellos, hubiera sufrido un aciago destino. El arte de viajar por los ríos del cielo se había perdido hacía muchas vidas mortales. Él era el último.

Y aunque ella ya sabía que era el último de los ancestros, nunca se había parado a pensar en lo que eso significaba realmente. Qué terrible debía de ser saberse el último de algo.

No obstante, al terminar el relato, parecía haberse deshecho de parte de su carga. Aunque la postura de su cuerpo decía que la bestia aún se cernía sobre él, tal vez solo se hubiera alejado uno o dos pasos. Lyn le cogió la mano, Esha hizo lo propio con la otra y, tras un momento incómodo, Allwer terminó de cerrar el círculo.

—Háblame de Astresse y Ulmoth —dijo Nyrgoth como si fuera un niño antes de irse a la cama—. Cuéntamelo todo, como tú sabes hacerlo. Cuéntame cómo éramos.

Así que Lyn encontró un último cuento en su interior y relató todas las hazañas de su gloriosa antepasada y le contó al hechicero cómo lo recordaban: Ancestro Nyrgoth, terrible, sabio y poderoso, cuya magia había convertido los gigantes de la destrucción de Ulmoth en meras estatuas para que Astresse pudiera enfrentarse al señor de la guerra en combate singular y matarlo.

Al final, Nyrgoth sonreía y lloraba al mismo tiempo.

—Eso no fue lo que pasó —dijo—. En absoluto. Pero tu historia es mejor. Adelante, no pares. —Y tras mirarla fijamente durante un buen rato, añadió—: No eres Astresse.

Ella se estremeció, pese a que él no lo había dicho en forma de recriminación.

—Debo recordarlo. Os parecéis mucho, pero no eres ella. —Y, entonces, cuando Lyn creyó que ya lo había dicho todo—: La amé más de lo que he amado nunca a nadie. Lo que tampoco es mucho. Y aunque tú no eres ella, por nuestro pacto destruiré al demonio por ti, si es que puedo.

Nyr

Según los cálculos de Allwer, estamos a una hora de camino de la morada del demonio. Supongo que ha llegado la hora de ganarme el sustento como hechicero.

Lo primero que hago es activar el dron: el aparato del tamaño de un insecto no tiene energía suficiente para operaciones prolongadas, pero tengo la intención de hacer todo esto desde lejos, por lo que tendrá que ser mis ojos. Basándome en el mapa del satélite y en el testimonio de Allwer, lo guío hacia el lugar donde vive el demonio sin saber muy bien qué me encontraré.

No es una casa. Aparte de esa certeza, empiezo a hacer conjeturas desde el minuto cero.

La propagación de la infección aquí está sorprendentemente localizada. No ocupa más de medio kilómetro de ancho, es más tenue en los márgenes, forma un anillo de crecimiento denso y desenfadado en la parte media y después vuelve a allanarse hacia el centro. Lo bueno es que acabo de descubrir que el «demonio» no está obsesionado con controlar el terreno.

En el centro hay algo que, según los inadecuados sensores del dron, podría tratarse de los restos de un accidente o quizá alguna otra forma de intrusión. El suelo está ondulado y distorsionado, y en el medio está creciendo algo. No se trata de una estructura preexistente cubierta por capas de corrupción parecida a la que hemos visto en otros lugares, sino de una nueva erupción, una serie de zarcillos o cables retorcidos, más gruesos que un cuerpo humano, anudados y enredados unos con otros de una forma que mi mente entiende que no es aleatoria, aunque tampoco puede establecerse ningún patrón racional. La masa visceral se arquea en todas direcciones hasta alcanzar una altura de unos diez metros, donde se encuentra con su homólogo y se enreda con él formando un desagradable bulto anudado, la piedra angular del arco resultante. Realizo el análisis con la máxima objetividad y tranquilidad posible, recurriendo continuamente al SDC, pues el arco es un portal a otro lugar. No es la morada del demonio, sino una puerta.

Sospecho que los inadecuados sensores del dron no le hacen justicia al lugar. No puede procesar lo que hay dentro de los confines del arco. Creo que se trata de un paisaje, pero no puedo analizarlo en términos de perspectiva y distancia. Tengo la sensación de que estoy tratando de procesar algo que no está pensado para ser entendido con el número de dimensiones a las que estamos habituados. El dron proporciona colores a la imagen, y aunque son horribles y no pegan, también son meras etiquetas artificiales porque el dispositivo es incapaz de reproducir lo que está viendo. La información no me sirve de nada.

A pesar de todo, esta es la fuente de la señal. Cada pulso resuena a través del arco y el dron la recoge. Cuando lo hago retroceder un poco, se pierde la señal, la cual no atraviesa ningún espacio detectable. Veo cómo se envía y cómo se recibe, pero recorre el trayecto intermedio a través de un vacío que no existe para mí, y que no debería existir en absoluto.

Al demonio no le interesa reclamar territorio con su marca. Las espirales, cadáveres retorcidos y otras infestaciones son meros repetidores. Estaciones de superficie para la señal que llega a este mundo a través del portal, como una foca asomando la cabeza por el agujero en el hielo para

tomar aire antes de volver a sumergirse. Y eso es algo que me aterra porque, según todo el conocimiento científico que conozco, debajo del hielo no puede haber nada. Pero ahora comprendo que existe un mar oscuro e ilimitado ahí abajo, y cosas que habitan en él.

Cosas que no sé lo que quieren. Como le dije a Lynesse, mi breve interrogatorio no reveló ningún deseo de devorar, ninguna malicia, ni siquiera una mera necesidad de reproducirse, y, sin embargo, existe un claro impulso. Menos comprensible incluso que el de un virus.

La influencia del demonio, sea cual sea su objetivo, se propaga a medida que penetra en el mundo a través de las diversas estaciones de superficie, pero todo se inicia aquí, en este portal. Existe un anclaje físico aquí del que depende. Debo concentrarme en las cosas que puedo entender.

Llamo al robot obrero, pese a sus deficiencias, las fugas de batería y su deplorable estado general, porque, ahora que he impuesto mi autoridad sobre él, está más que dispuesto a ayudar, tal y como los ruidos esquemas de su programación original le obligan a hacer. Me bombardea con demandas para que le envíe una cola de trabajo. Solo tengo una tarea para él; de todas formas, aunque tuviera más, se olvidaría de ellas en cuanto terminara la primera.

Para Lyn y los otros dos, estoy simplemente sentado, descansando los ojos. Oyen al obrero moviéndose por encima de ellos, arrastrando sus miembros rotos y vibrando en el aire cuando los campos de repulsión fallan. No obstante, aún le queda la suficiente energía para hacer lo que necesito que haga.

Es una unidad de construcción, de modo que dispone de unos robustos dientes de diamante. Si todo lo demás falla, detonaré la batería con la esperanza de que la explosión termine el trabajo.

Debo recurrir al dron porque los sensores del robot están dañados. Lo envío imprudentemente rápido y casi desaparece en la gran anomalía que conforma el portal. Sin embargo, consigue aferrarse al marco de la puerta con sus tres patas móviles.

«Recoge muestras sin reparar en las consecuencias», le ordeno, y sus mandíbulas perforadoras se ponen en funcionamiento y empieza a sumergirse en el arco mientras arroja polvo y óxido en todas direcciones.

Mi plan se basa en la conducta de la entidad hasta el momento, siempre y cuando «entidad» sea la palabra más adecuada. Es cierto que me obsequió con un nuevo orificio corporal, pero, aparte de eso, el viaje a través del bosque ha sido un paseo. No hay ninguna parte autónoma patrullando el interior; todo lo que ha tocado parece haber terminado formando parte de las estaciones repetidoras que difunden la señal, las cuales es posible que sean el propio demonio, algo sin entidad física, pero que puede provocar cambios catastróficos en la materia viva. Estoy actuando sobre la base de que, ahora que mi campo de fuerza nos aísla de su influencia, hemos dejado de existir para él.

El robot obrero tiene un campo temporal de naturaleza similar, creado por la sobrecarga de sus restantes componentes. Es el asesino perfecto. Le ordeno que comience a dismantelar la sustancia fibrosa del arco.

El conocimiento científico me respalda y, además, confío en lo que me dijo Lyn sobre la naturaleza de los demonios. La parte científica consiste en lo siguiente: los instrumentos del dron detectan una gran cantidad de actividad electromagnética de curvatura sobre el arco, e incluso

sus sensores muestran que todos los componentes del espectro energético se ven afectados, como si el propio arco tuviera una huella gravitacional que, francamente, no tiene. Como si algo estuviera manteniendo su forma de manera antinatural por la presión ejercida a lo largo de un eje que no puedo percibir. Si corto el arco, ¿adónde irá el espacio que constriñe? Dejará de existir, y, según mi teoría, la señal, el demonio, la infección, por mucho que aplaque mi credulidad, también dejarán de existir.

No puedo demostrar mi teoría. Justo cuando los dientes del robot se clavan en el arco, este cobra vida. Zarcillos espinosos se desprenden de su sustancia parecida a una cuerda y azotan convulsivamente al robot, el cual sale despedido muy lejos, rebotando y traqueteando por el suelo escamoso. Acaba de espaldas, antes de que sus unidades de vuelo lo lancen a tres metros de altura, por lo que se precipita inclinado contra una elevación erizada de espirales corruptas que alguna vez debieron de ser árboles. Recibo una batería de informes de daños y después silencio.

Gracias al SDC, no siento la rabia que me atraviesa por dentro, aunque puedo rastrear sus pasos a través de las lecturas de mis sistemas. Sin embargo, algo debe de reflejarse en mi rostro porque Lyn asiente con vigor.

—Ha fallado.

—Sí —admito—. El arco lo ha atacado. Tengo que pensar en otra cosa.

—¿Alguna idea? —Parece tan tranquila como yo, y eso me preocupa.

—No. Todavía no.

—¿Ninguna palabra para darle órdenes?

—No es eso... —Me rindo—. Los demonios vienen del exterior, como dijiste. No respetan mis palabras.

—¿Y tu familiar? —Hace un gesto hacia el cielo.

—Espiará para nosotros, pero no actuará. No es su trabajo.

Asiente con la cabeza. El asentimiento es devastador. Mejor dicho, entiendo que lo sería si pudiera sentirme devastado en este momento. Lynesse Cuarta Hija, que fue a la torre del Antiguo Hechicero porque debía luchar contra un demonio, finalmente lo entiende. No «Tu hechicería no era lo suficientemente poderosa», sino otra revelación mucho más importante: «Te has quedado sin juguetes». Le he dicho todo este tiempo que la magia no existe. Ahora veo que al final me cree, y me doy cuenta de que confiaba en su creencia en la magia porque me he quedado sin otras opciones y la magia era probablemente lo único que podría haber superado las expectativas y acudir a nuestro rescate.

—Entonces solo queda una opción —nos dice a todos.

—No —dice Esha con rotundidad, aunque Allwer asiente lentamente.

—Esto se resuelve con dos cosas: un brazo fuerte y una hoja afilada. Es lo que dicen los cuentos. No hay otra manera. —Y me doy cuenta de que, a pesar de la admirable confianza que transmite su voz, está muerta de miedo—. Atravesaré la puerta de la morada del demonio y lo mataré. Yo sola. No puedo pedirlos a ninguno de vosotros que lo hagáis por mí.

Es obvio que Allwer no piensa presentarse voluntario, y, al final, Esha se limita a sacudir la cabeza y da un paso atrás. Y en cuanto a mí...

—Tiene que haber otro modo —le digo—. No puedes cruzar esa puerta. Haya lo que haya al otro lado, es hostil para la vida humana, incluso para la materia tal y como la conocemos. Te desintegrarías, y tu espada también. Es un suicidio. —Veo su refutación incluso antes de que abra la boca—. Dame más tiempo, por favor. Déjame descubrir cómo puedo dismantelar esa cosa, cómo puedo apagarla o romperla. Con la suficiente energía, con la suficiente fuerza...

Pero si el robot no lo consiguió, ¿qué puedo hacer yo? Lyn está a punto de contradecirme, así que me pongo de pie muy erguido; soy mucho más alto que cualquiera de los tres. Recorro a la mascarada con la que Lyn me ha investido y le digo:

—¿Para qué viniste a mi torre si no para que usara mi magia contra el demonio?

—Magia —repite ella.

Hago un esfuerzo para asentir. ¿Acaso no soy un hechicero, aunque yo me llame de otro modo?

Por fin, ella inclina la cabeza.

—Hasta el amanecer —dice finalmente—. En cuanto amanezca, me voy. Si no dispones para entonces de la magia necesaria para derrotar al demonio, tendrá que ser a brazo y espada.



No duermo. Tampoco me resulta demasiado duro, comparado con el resto de cosas de las que me estoy privando. No quiero que Lynesse Cuarta Hija cruce esa puerta. No creo ni en sus historias ni en que la criatura pueda ser derrotada con una buena cantidad de músculo y espadas. Es ridículo, ¿no? Creencias primitivas y salvajes de un pueblo que una vez caminó entre las estrellas.

Pero, después de examinar los datos recibidos del dron y del desventurado robot obrero, sigo sin encontrar respuestas a la gran pregunta. Le llaman demonio, y yo no tengo ninguna sugerencia mejor. Su actividad desafía todo conocimiento científico. Solo puedo ver los efectos de su presencia, no los medios con los que los logra. ¿Cómo puede coordinar las distintas partes sin que la señal recorra el espacio intermedio? ¿Cómo se manifiesta su marca, una profusión tumoral semiorgánica sin la suficiente masa a la que recurrir? Nada tiene sentido. Y como mi único poder sobre el mundo reside en el conocimiento de su funcionamiento, me siento impotente.

Aunque tal vez no del todo. Si pudiéramos destruir el arco... Pero si Lyn se acerca demasiado, sufrirá el mismo destino que el robot.

Encuentro la respuesta cuando, según mi reloj interno, todavía faltan dos horas para el amanecer. Para ser sincero, no es mi primera opción. De hecho, es tan peligrosa que no me apetece lo más mínimo. Desde el punto de vista científico de Nyr Illim Tevitch, es una idea completamente estúpida. Para el Ancestro Nyrgoth, supuestamente una especie de hechicero, resulta casi apropiada. Mítica, podría decirse.

Estoy a punto de tomar una decisión trascendental. Lo más probable es que sea muy mala. Ciertamente puede ser la última decisión importante que tome en mi vida. Sin duda, una terrible

y sombría decisión nacida de la desesperación. La decisión que solo tomaría un hombre superado por la bestia que lo persigue.

Y por eso conecto a máxima potencia el SDC, para desterrar todo rastro de desdicha, amor y odio; toda la parafernalia emocional. Vuelve a tu mazmorra. Los adultos están hablando.

Gracias a la claridad artificial y antiséptica, medito qué voy a hacer exactamente, indiferente como un ordenador. Espero que el plan se evapore bajo la luz escrutadora. Que no sea más que una mala idea fruto de malos pensamientos y el autodesprecio. Sin embargo, lo sorprendente es (o sería, si pudiera estar sorprendido) que el tinglado resiste. La cadena lógica, la falta de otras opciones. Si quiero llegar a ese fin, necesito hacer exactamente eso. La carencia de sentimientos con la que trabajo significa que tampoco se produce el habitual rechazo humano ante tales medidas nefastas. «Sí —dice mi mente despejada y clara—, es un plan viable». En esta hora tardía, los dos lados de mi naturaleza se dan un apretón de manos tras cruzar la respectiva frontera. «Es la única posibilidad factible».

Necesito decírselo a Lyn a la cara, así que vuelvo a desconectar el SDC para permitir que todas las emociones vuelvan a apoderarse de mí. Es como debe ser. Necesito que me tiemble la voz al explicarle el plan. Necesito que vea en mi cara que me tomo todo esto muy en serio. Sobre todo, necesito sentir. No puedo proponer una medida así como si estuviera rellenando un necesario pero oneroso formulario.

No obstante, cuando me enfrento a Lyn por la mañana, ella ya va vestida para la guerra, la mano apoyada en el cinto de la espada, por lo que lo único que puedo hacer es mirarla fijamente. Admirarla. Se parece tanto a Astresse, y Astresse nunca habría estado de acuerdo con mi plan. Como tampoco lo estará Lyn.

Noto las lágrimas pugnando por abandonar mis ojos. Peor aún, tengo la absoluta seguridad de que esto no funcionará, de que no seré capaz de convencerla para que renuncie a su estúpido plan y se una al mío, pues le parecerá mucho peor. Porque es mucho peor, ya que lo más probable es que muramos los dos, en lugar de solo ella. Me quedo frente a su mirada expectante sin decir palabra, y después sigo sin decir nada un rato más. Al final, lo único que puedo hacer es volver a conectar el SDC. Hay cosas que no se pueden hacer con todos esos sentimientos de por medio. A veces la sinceridad tiene que pasar a un segundo plano.

—Caminemos un rato —le digo—. Te acompañaré. —No le digo nada sobre el plan, todavía no. Es la decisión más lógica.

Lynesse

Esha no quería dejarla sola, pero aún quería menos adentrarse en el corazón del reino de los demonios. Al final, Lyn tuvo que recurrir a toda su autoridad como princesa de Lannesite.

—Alguien tiene que decírselo a mi madre —insistió—. Cuando hayas visto cómo terminan las cosas. Y tú —añadió dirigiéndose a Allwer—, aunque no siempre fuiste un buen hombre, en esto lo has sido. Te has ganado el indulto.

Después de eso, solo quedaba partir. La caminata no era muy larga, aunque, eso sí, tendrían que atravesar un bosque completamente conquistado por el demonio. Tuvieron que abrirse camino y hallar senderos lo bastante anchos como para poder andar por ellos. Incluso así, la tupida masa de escamas incrustada en todas las superficies se estremecía e intentaba alcanzarlos mientras caminaban, proyectando antenas en forma de látigo que pasaban a centímetros de su piel antes de retroceder ante el escudo invisible que el hechicero mantenía sobre ellos.

Algunas de las cosas que vieron, probablemente, habían sido algo más que árboles. Las formas torcidas y peludas traían a la mente otros cuerpos. La densa profusión de la marca del demonio se convirtió en una bendición al ocultar aquello sobre lo que había crecido.

El Ancestro Nyrgoth caminaba en silencio al lado de Lyn, dando pasos largos y solemnes y con la cabeza gacha.

—Crees que voy a morir —le acusó ella, aunque bien podría haber estado hablando consigo misma, pues no había dejado de pensar en el tema desde que se habían puesto en marcha.

Él se detuvo, la vista perdida, o tal vez miraba hacia su interior.

—Cuando lleguemos a la puerta... —le dijo, y entonces titubeó, cerró los ojos y se armó de valor—. Cuando lleguemos a la puerta —repitió—, debes hacer lo que te diga. ¿Me lo prometes? Puede que no quieras hacerlo. —Esbozó una leve sonrisa—. O tal vez sí. ¿Quién sabe? Pero hazlo. Prométemelo. Como un héroe o una princesa o lo que creas más apropiado.

—¿De qué se trata?

—Cosas de magos. Juramentos y palabras de gran poder. Magia —dijo él.

—La magia solo es el funcionamiento secreto del mundo. Cuéntamelo.

Lo intentó. Ella vio cómo la voluntad de hacerlo brotaba de su interior, pero no encontraba el camino en el mundo exterior.

—He vivido mucho tiempo —dijo al fin—. Un tiempo ridículamente largo. Y todo ha sido en vano.

Así es como logró comunicarle su significado a Lyn sin tener que pronunciar las palabras.

Y entonces, sin previo aviso, llegaron a la hondonada central de los dominios del demonio. Delante de ellos se levantaba el arco.

Aunque Nyrgoth había intentado describirlo, no existían palabras que pudieran prepararla para semejante espectáculo. Sintió un nudo en el estómago provocado por el vértigo de ver lo que había más allá del arco. Era brillante, escabroso. No tenía nombres para ninguno de los colores y

le dolían los ojos. Solo con mirarlo, una parte de su mente conjuró cascadas de pensamientos e imágenes caóticas. Le pareció ver cumbres y abismos, umbríos y vastos. Un momento después no eran más que arrugas de una piel demasiado cercana al ojo. La horrible distorsión resultaba tan abrumadora que el mundo se inclinaba hacia el interior del arco. Al mismo tiempo, parecía más alto, elevado, de modo que acercarse sería como subir una pendiente erizada de púas. A pesar de que no se oía ni un sonido en el claro, Lyn oía los gritos del mundo ante la herida abierta en su sustancia. El aire apestaba a estaño podrido y a oro agrio.

Desenvainó la espada y se sintió embargada por el gran peso de la desesperanza. Nyrgoth le había dicho que no podía solucionar aquello con la espada, y ahora entendía que tenía razón. Pero lo único que tenía era una espada.

Dio tres pasos hacia el arco, luchando contra el mundo y contra sí misma en cada uno de ellos.

—Lo haré —juró—. Soy Lynesse Cuarta Hija. Soy la decepción de mi madre y la burla de mis hermanas, y este es mi único propósito. Salvaré el mundo. ¡Sal y enfréntate a mí, demonio!

Un chillido de metal maltratado la sobresaltó. El monstruoso sirviente del hechicero, que había estado tumbado de forma inadvertida sobre un costado, se sacudió bruscamente, moviendo débilmente las piernas que le quedaban. Nyrgoth lo miraba pensativo.

—¿Este es tu plan? ¿Enviar otra vez a tu monstruo? —le preguntó Lyn, consciente de que le temblaba la voz.

—No, pero... —El hechicero miró bruscamente a su alrededor—. Ah.

—¿Ah? —Lo entendió en cuanto repitió su exclamación.

Sobre la corrupción circundante, se produjo una lenta ondulación, una secuencia de escamas flexionándose y erizándose, una ráfaga de pequeños zarcillos serpenteando a través de la superficie moteada. Las pequeñas cuentas que parecían ojos se movieron y fusionaron, convirtiéndose en orbes más grandes: del tamaño de un puño, de una cabeza, hasta que enormes pozos oscuros los observaban desde todas direcciones.

—Sabe que estamos aquí —comprendió Lyn.

—Ha detectado algo, aunque solo sea la ausencia de sí mismo en nuestra sombra. Oigo cómo vuelve a interrogarme. No tenemos mucho tiempo. —Nyrgoth respiró profundamente—. Dije que no podías hacer esto con una espada.

—Sí.

—Pues me equivocaba. —Unos músculos extraños se movieron en su rostro y Lyn comprendió, con horror fascinado, que estaba viendo al verdadero hombre, a la víctima amargamente infeliz de su propia mente, tratando de darse a conocer. ¿Qué podía decirle aquel hombre? Que no escuchara las tranquilas palabras que pronunciaban sus labios—. Lynesse Cuarta Hija, ha llegado el momento de hacer exactamente lo que te diga, ni más ni menos.

Lyn vio horrorizada e incrédula que el hechicero estaba tironeando de su ropa. Manipuló los lazos y los cierres, que todos estaban en el lugar equivocado, hasta que, por fin, los liberó y se quitó la toga, la túnica y la camisa, dejando al descubierto un pecho delgado y un estómago suave. A su alrededor los túmulos marcados por el demonio se movían y oscilaban, y una parte de ellos parecían abultarse como si la masa enmarañada tratara de adoptar formas de animales y

personas. Vio una breve insinuación de miembros, de rostros, y apartó la mirada precipitadamente, encontrándose con los ojos de Nyrgoth.

—Tienes que hacerlo —le dijo él—. Yo no puedo. Ni siquiera con la barrera que me impide sentir dolor. Carezco de esa clase de valor. —Dio tres pasos al frente y se situó ante el arco, ante las hambrientas antenas y las púas que se alzaban por encima de él como serpientes que olisquean el aire con curiosidad. Nyrgoth se volvió hacia ella con los brazos extendidos—. Empuña tu acero. Clávalo aquí. —El punto que indicó estaba justo debajo de sus costillas, cerca de la zona donde el sirviente del demonio lo había destripado. Lyn vio el pálido rastro de la herida, como si hubiera ocurrido hacía más de una generación—. Clava tu espada. Lo que desencadenes destruirá al demonio, si es que algo puede destruirlo. Pero hazlo rápido.

—No sé si puedo —susurró ella, pero tenía la espada desenvainada, la punta extrayendo ya una gota de sangre de su vientre. Existían historias, por supuesto: un héroe de los antiguos tuvo que descoser el Pájaro de Fuego que los había transportado a través de la noche para liberar todas las cosas buenas del mundo que se había tragado. Otro había atravesado el mundo cortando las semillas dispersas del Árbol de los Cambios para dar a luz a los primeros habitantes de la costa. Historias, mitos, parábolas contradictorias. Verdaderas, pese a no ser reales. Pero esto era real.

—Lyn —dijo él—, he vivido sin propósito durante mucho tiempo. Al menos deja que sea útil a tu mundo de esta manera.

—Dímelo sin el escudo. Dímelo con tu voz real, con tu verdadero yo —le desafió ella. Tenía dificultades para mantener la espada firme, pues le temblaban mucho las manos.

—Este soy yo, el único que hay.

Detrás de ella, el sirviente metálico se enderezó bruscamente con un tremendo traqueteo de placas sueltas. Lyn se crispó y clavó la espada cinco centímetros en sus entrañas. Pese a que su rostro empalideció, de alguna manera logró conjurar una sonrisa.

—Bien. Pero hazlo de una vez, por favor. Hay un límite al dolor que soy capaz de contener y seguir funcionando. —Extendió la punta de los dedos y tocó su mano, apretada sobre la empuñadura del arma—. Lyn...

Ella arremetió contra él, clavándole la hoja y después sacándola con un giro de la muñeca para liberarla de su carne, como le habían enseñado. El hechicero emitió un sonido suave, casi de revelación. Entonces Lyn retrocedió dos pasos, sintiendo el reptante horror del demonio aferrándose a su espalda y viendo ante ella el horror de lo que había hecho.

Nyrgoth metió sus dedos torcidos y rígidos en la herida, clavando sus garras en su propio cuerpo, tanteando con los dientes apretados y los ojos cerrados. Luego, con un sonoro grito, arrancó algo del tamaño del puño de Lyn empapado en sangre.

—Quédate ahí, pase lo que le pase a mi cuerpo. —Avanzó y dejó caer el trofeo ensangrentado a través del arco. A continuación, soltó un aullido al cielo, al demonio, al mundo—. ¡Hazlo ahora! ¡Ahora!

Cayó de rodillas y ella se apresuró a cogerlo, sintiendo cómo su largo y torpe cuerpo se desplomaba sobre ella, temblando y retorciéndose. A su alrededor había cosas que se desprendían de la corrupción del demonio, formas en parte humanas, en parte bestias,

fusionadas, mezcladas y torpes, con demasiados miembros o demasiado pocos. Alzó la espada roja y resolvió hacerles pagar muy caro aquellos últimos momentos.

Entonces el sirviente, el obrero, se abalanzó sobre ella y casi la derribó. Lyn lo golpeó con la espada, dejando una brillante cicatriz en su piel metálica, pero la criatura se quedó donde estaba, gimiendo y zumbando. Se sorprendió al ver cómo Nyrgoth lo manoseaba, pintándolo con su sangre. Sus labios se movieron y Lyn leyó una palabra en ellos.

«Encendido».

Cuando ella lo incorporó, él trató de resistirse. Tal vez porque quería que lo dejara allí o tal vez porque el dolor había atravesado sus barreras y ser arrastrado sobre la espalda de su sirviente le resultaba una agonía. Pero la princesa no tenía tiempo para sutilezas. Para cuando Lyn logró subirse a horcajadas sobre la criatura, no sabía si el hechicero estaba vivo o muerto.

—Sea lo que sea lo que vayas a hacer —le dijo a la cosa—, hazlo ya.

Cuando remontó el vuelo estuvo a punto de caerse. Todas las partes metálicas de la criatura protestaron y sus entrañas rugieron, como si estuviera compartiendo el dolor que sentía su amo. Se aferró a él y al cuerpo de Nyrgoth mientras observaba cómo se alejaba el arco que distorsionaba sus ojos, viendo cómo los largos tentáculos que se agitaban salían de la maleza demoníaca para intentar alcanzarla, y luego volver a caer como cuerdas cortadas. El sirviente los llevó lejos de ahí, surcando el cielo a sacudidas, perdiendo altura bruscamente y haciendo que el estómago le subiera hasta la boca, y volviendo a remontar el vuelo, escorándose peligrosamente hacia los lados.

Detrás de ella, el mundo se tiñó de luz y fuego.

Lynesse

Por supuesto, de vuelta en casa, en la corte de su madre, nadie creyó una palabra.

Habría sido peor si Esha y Allwer no hubieran aparecido. Lyn lo sabía muy bien porque llegaron bastantes días después que ellos. No habían hecho parte del camino subidos a lomos de un monstruo volador. Aunque eso tampoco se lo creía nadie. Durante esos días, antes de que Esha se arrodillara ante el trono de Lannesite y relatara su historia, Lyn experimentó la amarga decepción de su madre como si se tratara de un cruel látigo. Nada nuevo bajo el sol, podría pensarse, salvo que aquella fue la última gota, el último acto de su hija menos obediente. Y cuando Lyn le había recordado a su antepasada la Regente Astresse y su trato con el Ancestro hechicero, su madre se limitó a sacudir la cabeza y la castigó por derrochar semejante recurso comportándose como una niña estúpida. Para su madre, Lyn era una mujer adulta que aún no había tirado sus juguetes infantiles. El mundo se sustentaba en acuerdos comerciales, informes de inteligencia y en lo que traería la próxima temporada de cosechas. Las historias de héroes y demonios quedaban reservadas para los momentos frente a una hoguera, para las noches de borrachera y para los niños.

Entonces Esha llegó a Lannesite, sin aliento, recurriendo a todo el crédito que le quedaba en la corte para conseguir una audiencia urgente con la reina. Le explicó lo que habían visto bajo la égida del demonio; no muy distinto de lo que había visto Lyn, pero Esha Marca Libre era una testigo ligeramente más fiable.

Había visto el fuego caído del cielo. Había visto a Lyn descender y montar al monstruo, y también con el cuerpo del hechicero colgado frente a ella como si se tratara de un trofeo. Había visto más que la propia Lyn, pues esta estaba muy afligida y no dejaba de llorar, centrada solo en aquel cadáver. Esha, en cambio, había observado el mundo a su alrededor.

Contó cómo la marca del demonio había empezado a desconchar todo lo que tocaba, le habló de las escamas que flotaban como hojas muertas y se convertían en óxido, de los pequeños ojos negros que se agrietaban y marchitaban. La visión de lo que quedaba debajo, cuando la cubierta se desprendía, no era precisamente agradable. Los árboles, bestias y personas de Bosquedenso habían sido devorados, mezclados, re combinados en formas experimentales por una mente que no tenía ni idea de lo que eran ni cómo funcionaban. Esha y Allwer confirmaron que el rastro del demonio se estaba desintegrando.

Y ahora solo quedaba el Ancestro Nyrgoth.

No tenían forma de ayudarlo. Parecía muerto, pero quizá «muerto» significaba algo distinto. Tal vez significaba algo menos permanente. Si pudieran...

Lyn había gritado y chillado al monstruo mudo, exigiéndole su ayuda. Exigiéndole que llevara el cuerpo del mago a su torre, donde su magia era más poderosa. Pero la ignoró. Esha suponía que solo hablaba la lengua de los magos. Sabían que el Ancestro hablaba de un modo distinto. ¿Por qué iba su familiar a responder a las palabras de la gente normal?

Y nadie hablaba la lengua de los magos, por supuesto, aunque Esha hablaba todas las lenguas conocidas en un radio de trescientos kilómetros. La lengua del comercio y de los gremios, toda la maraña de cánticos y dialectos que la gente había llevado a todos los rincones del mundo. Además, siempre que el mago había hablado a su manera, a sí mismo o al monstruo, ella había escuchado igual que escucharía a cualquier viajero de una tierra lejana. Así que Esha interrogó al monstruo con todas las formas de comunicación que conocía, rastreando cualquier palabra que compartieran. Porque sabía que había algunas palabras que eran próximas como hermanas en todas las lenguas. Palabras básicas, fundamentalmente humanas. Palabras que incluso un monstruo podía conocer. «Madre». «Padre». Conceptos básicos que solo tenían un puñado de formas de verbalizarlos en más de treinta idiomas distintos.

Y entonces dijo algo que traspasó la barrera. Una palabra tan fundamental que humanos y magos por igual la compartían. «Hogar». Y el monstruo había vuelto a volar y se había llevado el cadáver de Nyrgoth y a Lyn, dejando a sus amigos detrás. De modo que la princesa llegó a la corte mucho antes que ellos.

Para Lyn, la llegada de Esha significó una ligera relajación del desprecio con la que la trataba su madre, al descubrir que su Cuarta Hija no había estado vagando románticamente por los bosques y luchando con palos. Y, sin embargo, como si una parte del demonio aún se aferrara a ella, demasiado arraigada para desenterrarla, la catarsis no se produjo. Su madre nunca dejó de fruncir el ceño. Como si derrotar al demonio y salvar a Bosquedenso no significara nada. Lyn comprendió que a Lannesite no le importaba realmente Bosquedenso. O tal vez era preferible un Bosquedenso más débil y dividido. Incluso con el testimonio de Esha, se daba cuenta de que todo el mundo seguía dudando de los detalles. A fin de cuentas, Esha había perdido su confianza hacía años, y Allwer no era más que un criminal. Antes sucedía algo y ahora había dejado de suceder, pero ¿realmente era plausible que Lynesse hubiera tenido algo que ver? Lynesse, la bobalicona, la soñadora...

~

En sus aposentos, sin la presencia de su madre, Lyn se aferró a lo que pudo. Había derrotado al demonio, creyera la gente lo que creyera. Había montado al monstruo familiar hasta el hogar de este, la torre. Y allí había arrastrado el cuerpo del Ancestro hasta la puerta y había gritado hasta que su guardián invisible la había abierto. Y después había seguido gritando en el interior vacío de la torre que había traído a su amo a casa para que lo enterraran según las tradiciones de los hechiceros.

Cuando por fin se había abierto un panel de la pared, revelando un espacio-ataúd en su interior, había cumplido con la última parte de su deber. Enterró al último de los Ancestros en su lugar de poder. Pronunció algunas palabras y se marchó.

~

Diecinueve días después del regreso de Esha, llegó un mensajero al palacio, una mujer cuya voz temblaba al relatar su misiva. Se le había aparecido un monstruo, aseguró: una criatura voladora con piel metálica y dientes de cristal. Permaneció colgada en el cielo sobre ella y le habló con una voz de piedra, reclamando la presencia de Lynesse Cuarta Hija en la torre del hechicero. Y había añadido que debía traer con ella a Esha Marca Libre y a Allwer, el Exiliado, por invitación expresa del Ancestro Nyrgoth.

Por lo que Lyn tuvo la profunda satisfacción de presentarse ante su madre y toda la corte y decirles:

—¿Y bien?

Nyr

El satélite ya no me habla.

No sé si se debe a que, una vez que hubo ejecutado la rutina terminal de anticontaminación, simplemente he dejado de existir para él. Después de todo, por lo que a él respecta, acaba de eliminar mi cuerpo para evitar que los nativos se apoderen de él y de toda la valiosa tecnología que contiene.

Aunque también podría ser por el localizador. Lo que me arranqué del pecho, a fin de cuentas, no fue el corazón sino una baliza, que era lo que le permitió al satélite saber exactamente dónde estaba. Estaba justo allí, junto al portal. Y ahora no estoy aquí, porque ya no tengo una baliza, así que el satélite ignora mis solicitudes de enlace. He perdido el contacto con mi espíritu familiar.

De modo que, si mis compañeros del Cuerpo de Exploradores regresan de algún modo, después de tanto tiempo, si la Tierra envía un mensaje o una nave para llevarme a casa, no lo sabré, y el satélite les dirá que estoy muerto. Y probablemente también les diga que era un antropólogo mediocre, incluso para ser de segunda clase. Y puede que lo primero sea mentira, pero lo segundo no cabe duda de que es cierto.

Pensé que el robot obrero sacaría a Lyn de allí. Cuando me conecté a él y descubrí que se había reiniciado, le di la orden. Y, de algún modo, volvió aquí y Lyn le dijo al puesto de avanzada que la admitiera, y este lo hizo. He revisado los registros. Cuando ella arrastra mi cuerpo inerte y lo yergue, apoyándolo contra la puerta, como si fuera una especie de farsa espeluznante, mi química sanguínea es reconocida por los sistemas del puesto de avanzada y la puerta se abre. Entonces grita a las paredes y, algo después, los sistemas de la torre se hacen cargo de la situación y envían una cápsula de curación y Lyn me introduce en ella.

Cuando la tapa transparente baja y se retrae, conmigo en el interior, Lyn se sienta de espaldas contra la pared y empieza a llorar. No creo que sea por mí, sino más bien debido a la liberación del dolor reprimido, la ira y la adrenalina pura y dura. Un montón de cosas que necesitan salir. Nadie mejor que yo puede entender eso.

Al final, por supuesto, vuelve a su casa.

Algún tiempo después, el puesto de avanzada me despierta y reviso la apasionante historia compuesta por advertencias de tolerancia y avisos médicos hasta que comprendo que todavía estoy vivo y funcional y completamente aislado del resto del universo. Envío un dron de largo alcance hacia el oeste, y la siguiente vez que desconecto el SDC, confío en que alguna parte del cóctel de emociones que me asalta esté motivada por la profunda satisfacción de saber que el plan ha funcionado. La tierra que el demonio colonizó tardará algún tiempo en recuperarse, y seguirá siendo una gran cicatriz en Bosquedense y en las mentes de sus habitantes. Sin embargo, sea lo que sea el demonio, se ha marchado, la señal se interrumpió cuando entró en nuestro... ¿mundo? ¿Universo? ¿Realidad? No estoy seguro.

Y llegó el momento de limpiar mi mente sin las ventajas del SDC, lo que sigue costándome, por culpa de todo ese embrollo de cosas negativas reprimidas. Solo porque hiciera algo bien no significa que no me sienta mal, porque sentirse mal no es el resultado automático de algo que haya sucedido; es solo la forma en la que estoy hecho. Pero, a pesar de todo, pienso en Lyn, en Esha y en Allwer y en toda esta locura, y puedo sonreír un poco, y pensar: «Menudos tiempos aquellos, ¿eh?». Al igual que lo hice tras lo vivido con Astresse y Ulmoth.

Y, en realidad, debería volver a dormir, para esperar... ¿exactamente qué?

Cuando Ulmoth fue derrotado, recuerdo haberme separado de Astresse. Regresar a mi puesto de avanzada para esperar a mis colegas, mi gente, noticias de la lejana Tierra. Aunque ella podía llamarme, por supuesto. Si ella o su linaje me necesitaban, yo, el Ancestro Nyrgoth, estaría allí para ellos. Nyr, como ella me llamaba. Y ese era el límite al que estaba dispuesto a llegar, una violación imperdonable de las normas, de todos modos. Quedarme a su lado habría sido ir demasiado lejos. Y ahora...

Lleva muerta cien años. Y mientras vivió, nunca me necesitó lo suficiente como para venir al puesto de avanzada y despertarme. Le hice esa promesa a su linaje y ella se tomó muy en serio mi palabra, cuando en realidad lo que le estaba pidiendo era que regresara a por mí, que me salvara de mí mismo.

O quizá, una vez inmersa de nuevo en la gestión del reino, la aventura con el hechicero pasó de recuerdo a convertirse en un mito dentro de su mente, y con el tiempo se olvidó de nuestras chiquilladas.

¿Y dónde me deja eso ahora?

Reparo el robot, al menos para un último vuelo, y lo envío a entregar un mensaje. Y luego espero.

~

Más tarde, después de que lleguen, mientras observo cómo se regeneran los dedos de Allwer, confío en poder almacenar la alegría para usarla más adelante y que no se convierta en consternación, como sucede a menudo con estas cosas. De pie al lado de Lyn, contemplo a través de los ojos del puesto de avanzada la comitiva que su madre le ha asignado para venir hasta aquí. Esta vez no son solo dos viajeros harapientos: la acompañan una guardia de honor y cortesanos que también son espías de la Corona, tiendas de campaña, lacayos, animales de monta... Los obligo a quedarse fuera y acampar en la dura tierra porque a veces puedo ser bastante mezquino. Solo Lyn, Esha y Allwer pueden entrar. Mis compañeros, los cazadores de demonios.

Y decido, con mi parte más racional, que ya no soy un antropólogo. Mis carencias de objetividad y distanciamiento significan que cualquier cosa que escribiera estaría contaminada irremediablemente por mi implicación con la cultura que pretendo estudiar. Del mismo modo, este lugar ya no es un puesto de avanzada. Para que exista un puesto de avanzada es necesario que haya algo más grande en algún otro lugar, y si de algo puedo estar seguro, es de que no hay nada más grande que esto; al menos no con una intención práctica y con unos propósitos, y lo

más probable es que tampoco sin ellos. Esto no es más que una torre, y yo no soy más que un científico con una tecnología considerablemente avanzada; es decir, un mago.

—Estaba pensando que podría ir a la corte contigo —le digo ociosamente a Lyn.

Vivir entre su gente, contar historias que para mí significan una cosa, pero que mis oyentes siempre entenderán otra. Ser el mago de la corte de Lannesite. Y envejecer, pero eso no lo digo. También omito lo de renunciar a mi existencia absurdamente atenuada. Pero por encima de todo, habré vivido.

En los ojos de Lyn veo un destello. No por mí, Nyr Illim Tevitch, sino por un mundo donde existen hechiceros, monstruos y maravillas, y donde el valor y la resolución pueden resolver problemas que la intriga y la contabilidad no pueden. La última edad de la magia, tal vez.

O quizá no. La torre seguirá en pie. Sus sistemas durarán medio milenio, cien estaciones tormentas o tal vez más. Si he de ser un hechicero, quizá debería tener una aprendiz.

Lyn me sonrío y yo levanto el escudo cognitivo, y por un momento soy feliz.

Agradecimientos

Gracias a mi agente, Simon Kavanagh; a mi editor, Lee Harris; a todos los demás implicados en Tordotcom, y a Liz Myles, por hacer las veces de lectora anticipada.

El autor



Adrian Tchaikovsky es un autor británico de fantasía y ciencia ficción, galardonado con varios premios, incluidos el Arthur C. Clarke, el British Fantasy, el British Science Fiction y el Sidewise. Es autor de la aclamada decalogía fantástica *Shadows of the Apt*, y de exitosas series como *Children of Time* y *Echoes of the Fall*, además de un gran número de novelas independientes y relatos cortos. Gran aficionado a los juegos de rol en vivo y la entomología, actualmente vive en Leeds junto a su familia.